

# LEYENDAS ARGENTINAS

POR

ADA M. ELFLEIN

DEDICADAS Á LA JUVENTUD ARGENTINA

---

Ilustraciones de Francisco Fortuny



BUENOS AIRES

---

**CABAUT y Cía., Editores**

Librería del Colegio — Alsina y Bolívar

---

1906

Donation J. L. Trenti Rocamora

Fig. to: TR 34-1-10

150

30190

Marta Eräger

# LEYENDAS ARGENTINAS



## HOMENAJE

---

*Con esta colección de mis primeras Leyendas, presento mi homenaje á las glorias argentinas y á los anhelos de alta educación moral que siento vibrar en esta tierra en la que fundaron su hogar mis padres, hijos de otro pueblo glorioso que también venero.*

*Desde niña, la historia con sus episodios grandiosos, exaltó mi alma, y á través de los años, al término de mis estudios, en aquella lectura busqué una fuente de nobles inspiraciones. Quería abordar el cuento, placentero al espíritu del hombre, grato al corazón del niño y fecundo entre el pueblo. Cual esas semillas que arrojadas á la ventura y llevadas por vientos propicios, florecen en el valle y aun en el pequeño espacio de tierra que cubre una grieta en la montaña estéril y lejana. Creía y creo como el magistral Don Antonio de Trueba, que «en el cuento cabe todo cuanto cabe en la literatura: moral, ciencias, artes, historia, costumbres, filosofía; en una palabra: todo, todo cuanto abarca el saber humano»; y traté de ponerlo en práctica en la zona de mi acción sin sentirme cohibida por cobardías ante las dificultades de la empresa y la escasez de mis recursos.*

*Mis primeros pasos merecieron un honor inesperado que si fué un poderoso estímulo entonces, es hoy una fuerza que me lleva por el camino difícil. La dirección de un gran diario argentino, «La Prensa», acogió cariñosamente mis trabajos literarios, distinguiéndome después con la cola-*

*boración permanente en los folletines dominicales destinados á la lectura en los hogares durante el año escolar. Era llevar mi obra y mi nombre delante de las gentes, y honrar en mí las aspiraciones superiores de mi sexo. Tengo de ese acto un recuerdo imborrable, como el de la aurora de un día clásico en mi tranquila y oscura vida.*

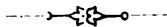
*No he ordenado estas leyendas en ciclos, empezando desde la conquista, pues que desde entonces empieza nuestra labor social; pero cuando menciono hombres y cosas de la historia, he cuidado especialmente los detalles, poniendo á contribución los escritores de los siglos anteriores á nuestra independencia y los que después han enriquecido con sus obras y publicación de documentos, la bibliografía argentina. Quiero decir con esto que la imaginación no ha volado caprichosamente por todas partes, y que el sentir ha sido regulado con el pensar, para despertar no sólo emociones, sino también para impulsar el amor al estudio en los jóvenes lectores.*

*No puedo decir más de mi propia obra. Ahora queda en manos de los lectores amables y de los críticos severos, ante los cuales manifiesto mi fe: amo sobre todo la verdad.*

*Á los niños, á quienes principalmente están destinadas estas lecturas, les diré que al escribirlas, he pensado en ellos uniéndolos al porvenir de nuestra patria.*

ADA M. ELFLEIN.

Buenos Aires, 1906.





1.

## La Cadenita de Oro.

I.

Allá, por los años de 1816, vivía en Mendoza una niñita llamada Carmen. Era huérfana y servía en una casa rica, donde la trataban duramente y la hacían trabajar con exceso, sin que nadie le dedicara una palabra de aliento ni le concediera una mirada cariñosa. Sólo de tarde en tarde podía salir y visitar á su abuela, vieja regañona que pasaba la vida fumando, tomando mate ó hilando lana con el huso primitivo que hoy todavía se emplea en las provincias andinas. Cuando Carmen iba á llevarle los pocos reales que ganaba, la vieja la reñía, porque en su ignorancia maliciosa creía que la chica se guardaba la mitad del dinero. Carmen volvía casi siempre llorando. Su vida era muy triste, porque no tenía quien la quisiera ni le hiciese cariños como á las niñas de la casa en que servía, las cuales le sacaban la lengua, la tiraban del pelo, la pegaban y la mortificaban de esas mil maneras vergonzosas que ciertos niños mal criados conocen tan bien.

## II.

En esos días se hablaba en la casa de un acontecimiento que hizo pensar mucho á Carmen. Decían que las señoras y niñas en el Cabildo, delante de todo el pueblo, habían regalado sus alhajas al gobernador (así lo entendía ella), para que éste comprara caballos, mulas y los armamentos que necesitaba.

Se nombraba mucho á una señora doña Remedios, iniciadora del ofrecimiento y de quien se afirmaba que era la esposa del gobernador.

Las señoras hablaban con entusiasmo de los montones de oro, plata, perlas y piedras preciosas que habían visto acumulados en la mesa del gran salón del Cabildo.

Carmen escuchaba estas conversaciones mientras esperaba, cruzada de brazos, el momento de volver á llenar con agua caliente el mate; las entendía sólo á medias, como es de imaginar. También sería mucho pedir que en su cabecita de doce años pudiera darse cuenta cabal de los acontecimientos que tenían lugar en aquella época.

El coronel don José de San Martín era gobernador de Cuyo. Tenía en su mente el plan grandioso de formar un ejército, con el que tramontaría la gigantesca cordillera de los Andes, para atacar y destruir el poder de los españoles en Chile y luego pasar al Perú, centro principal de la resistencia realista.

Para llevar á cabo este proyecto inaudito, que

nadie conocía aún en sus principales detalles, necesitaba recursos abundantes, y todo se lo proporcionaba la heroica provincia de Cuyo.

San Martín pedía hombres, y Cuyo le daba sus hijos ; pedía armas, y se fabricaban armas ; exi-



... la pegaban y la mortificaban de mil maneras vergonzosas...

gía acémilas, y en filas interminables llegaban las recuas de mulas ; necesitaba víveres, y venían los carros repletos de carne, harina, verduras, fruta, pastas, vino, aceite. Y si el gobernador pedía dinero, los cuyanos abrían sus arcas y cada cual daba lo que podía. Tan bien administrada se hallaba la provincia, que jamás escasearon los recursos, ni se cegaron las

fuentes de riqueza: semejaba una mina inagotable.

Tampoco las mujeres quisieron hacer excepción del espíritu de sacrificio, abnegación y patriotismo que dominaba en la provincia, y cuando la esposa del gobernador, doña Remedios Escalada de San Martín, lanzó la idea de que las señoras hiciesen donación de sus alhajas, respondieron con entusiasmo al llamado, y no hubo una sola que dejara de acudir al Cabildo para ofrecer sus joyas á la patria.

### III.

Por la noche, acurrucada en el miserable colchón que le servía de cama, Carmen siguió tejiendo el hilo de las ideas que la venían preocupando. Había comprendido que eso de entregar al gobernador sus alhajas, debía ser algo muy grande y generoso, una acción noble y digna de aplauso. ¡Oh, si también ella pudiera dar alguna cosa! Deseaba tanto ¡tanto! hacer algo para que todos vieran que no era mala, ella á quien todos trataban de perversa, mentirosa, ladrona y otras muchas cosas indecentes. Pero ¿qué podía dar ella que fuese de valor? No tenía nada. . . sí, sí, sí tenía algo; ¿cómo había podido olvidarse de eso? Se sentó en la cama y desprendió de su cuello una delgada cadenita de oro con una medalla que representaba á la Virgen del Carmen. Su padre, antiguo arriero en la cordillera, se la había traído una vez de Chile, y su mamita querida se

la colgó al cuello diciéndole que le iba á traer suerte. ¡Qué buenos tiempos habían sido aquellos en que vivían sus padres! Nunca faltaban en su ranchito el puchero, ni el pan, ni el mate, ni el arrope, ni las frutas; nadie la retaba ni la pegaba y todos vivían felices y contentos. Pero llegó un día en que hallaron á su padre helado en la cordillera, y su madre, al saberlo, se enfermó de tal manera que no volvió á sanar nunca y murió al poco tiempo.

De todo esto se acordaba Carmen mientras hacía brillar la cadenita á la luz de la luna. Era de oro, el señor cura se lo había dicho, y puesto que era de oro, debía ser de gran valor. Quizá el gobernador pudiera comprar con ella un caballo ó una mula ó tal vez un cañón entero. ¡Qué cosa magnífica sería eso! Pero ¿no se enojaría su madre si supiera que se desprendía de la cadena? ¡Oh no! seguramente, puesto que con ello hacía una buena acción, y su madre misma le había dicho á menudo que era necesario ser buena.

Se durmió, y en sueños creyó ver á la Virgen del Carmen que le sonreía; y cuando miró bien, vió que la dulce Señora tenía las facciones de su propia madre querida.

#### IV.

Por la mañana escondió, como siempre, la cadenita bajo su vestido y fué á su trabajo diario. No sabía bien cómo arreglárselas para que su

alhaja llegara á manos del gobernador. No tenía á quien pedir consejo ni menos á quien confiar el encargo. Y después de mucho pensar y revolver el asunto en su cabecita, decidió valerosamente ir ella misma á llevar la cadena.

Muy entrada la tarde pudo escabullirse sin peligro de que la necesitasen por el momento; y por las calles que invadían ya las primeras sombras de una tarde nublada de primavera, Carmen se deslizó rápidamente en dirección á la casa del gobernador. La conocía, porque en la de enfrente vivía una familia amiga de sus patronos; adonde con frecuencia tenía que acompañar á las niñas que iban allí á jugar.

El paso ligero de Carmen se volvió un poco más lento y su corazón comenzó á latir muy fuerte.

Allí estaba la casa: delante de ella se paseaba un soldado del regimiento de granaderos y contra el marco de la puerta se hallaba apoyado un joven oficial que vestía el mismo uniforme.

Carmen creía que en casa del gobernador se entraba así no más, é iba á pasar adelante sin preámbulos, cuando el oficial la sujetó del brazo:

— ¡Eh, chica! ¿Á dónde vas?

— Voy á ver al señor gobernador — repuso Carmen un poco asustada y al mismo tiempo con un aire de importancia que hizo reír al oficial.

— ¿El señor gobernador? ¿eh? ¿Y qué querías con Su Excelencia?

— Yo.... yo venía á traerle una cadena de oro.

—¿Una cadena de oro? — repitió el joven, sorprendido é incrédulo. — ¿Á verla?

— ¡Ah, no! — dijo la chica retrocediendo con desconfianza. — Se la voy á enseñar al señor gobernador, nada más.



— ¡Qué linda cadena! — dijo. — ¿Y qué quieres tú que haga yo con ella?

— Pero el señor gobernador ha mandado que todo lo que le traigan hay que mostrármelo á mí primero, para ver si sirve — insistió el oficial.

— Pero yo no quiero que la vea nadie más que él — replicó Carmen, apretando contra su pecho una manecita con algo envuelto en un papel de

color dudoso, mientras sus ojos negros miraban al joven con una expresión, mezcla de temor y desafío.

Al oficial le hizo gracia la chiquilla que tan resueltamente pedía hablar con el gobernador, y haciéndole seña de seguirle, dijo riéndose:

— Bueno, ven conmigo, vamos á ver si Su Excelencia está en casa.

Llamó á una puerta y á la voz de « ¡Adelante ! » abrió.

— Mi coronel — dijo, — aquí hay una chica que está empeñada en hablar con Vd.

— Veamos — contestó el coronel, dejando á un lado la pluma. — Hágala entrar.

Un segundo después, Carmen se hallaba en una pieza sencillamente amueblada y una voz bondadosa le decía:

— ¿ Qué querías, chiquilla ?

Carmen alzó un poco las pestañas y vió sentado junto á una mesa llena de libros y papeles, á un oficial de rostro moreno y fino y ojos negros, rasgados, que la miraban llenos de bondad.

— No me tengas miedo — prosiguió don José de San Martín.

Pero Carmen había perdido todo su aplomo ; no sabía cómo empezar y su idea de venir á ofrecer al gobernador la cadena le pareció de pronto un atrevimiento sin igual.

— Yo.... yo.... — comenzó, y se detuvo.

— Vamos á ver — dijo el coronel sonriendo y haciendo al joven que era su secretario, seña de retirarse un poco. — ¿ Me quieres dar algo ?

La chica hizo un signo afirmativo con la cabeza. San Martín notó el papelito en su mano, y atrayéndola á su lado, lo tomó y lo desdobló, hallando con asombro, una cadenita de oro.

— ¡Qué linda cadena! — dijo. — ¿Y qué quieres tú que haga yo con ella?

— Yo.... es para Vd. — contestó Carmen en voz tan baja, que el coronel tuvo que inclinarse mucho para oírla. — Yo creía que... que Vd... que á Vd. le serviría para comprar cañones.

— ¡Ah! — dijo San Martín, quien comprendió de repente; y alzando á la pequeñuela la sentó sobre sus rodillas. -- Tú has oído que las señoras han ofrecido al gobierno sus alhajas, y entonces tú también has querido dar algo. ¿No es así?

— Sí, señor — repuso Carmen tímidamente. — ¿Y podrá comprar cañones con ella?

— ¡Cómo no! — replicó el coronel, disimulando su sonrisa y pesando gravemente en la mano la cadenita, que representaría apenas unos cuantos gramos. — Si es oro verdadero, vale mucho. Pero ¿tú tienes permiso para desprenderte de esta cadena?

— ¡Oh, sí, señor, sí! — respondió Carmen, temerosa de que no se la aceptasen. — Sí, señor; es mía.

— ¿Pero puedes darla? ¿Quién te la regaló?

— Mi mamá.

— ¿Y tu mamá te ha dado permiso para regalarla?

— Mi mamá ha muerto.

— ¡Ah, pobrecita! ¿No tienes madre? Y en-

tonces, di: ¿cómo se te ocurrió venir aquí? ¿Quién te inspiró la idea? Vamos, cuéntame, no me tengas miedo.

Carmen paseó su mirada del coronel al secretario, con gravedad infantil y una atención tan profunda, que hizo sonreír á ambos. Luego la fijó en los ojos del coronel, y cobrando ánimos le refirió todo el asunto de la cadenita: cómo había oído conversar á las señoras de que todas habían ofrecido sus alhajas para ayudar al gobernador, y cómo entonces se afligió por no poder dar algo ella también, y cómo de pronto se acordó de la cadenita, y las dudas que había tenido acerca de si su madre le habría permitido desprenderse de ella si viviese; todos sus recelos y temores, hasta el momento de decidir la difícil cuestión; hasta su sueño se lo refirió al coronel que escuchaba conmovido. Y una vez roto el hielo, se atrevió á desahogar su corazoncillo oprimido, confiando al gobernador sus cuitas y refiriéndole lo triste que era su vida desde que habían muerto sus padres.

— ¿Y no te cuesta separarte de tu cadenita? — preguntóle San Martín cuando terminó Carmen.

— Sí, un poco. Pero como todos dicen que esto es una cosa buena, yo también quiero hacerlo.

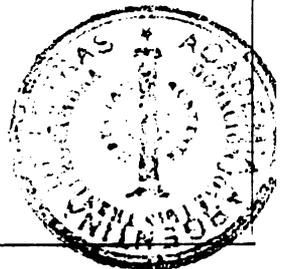
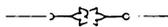
Profundamente emocionado, el coronel estrechó á la chica entre sus brazos y la besó en la frente, pensando que el modesto tributo de esta niña valía mil veces más que algunos de los bri-

llantes y perlas donados por personas que sólo daban algo de su abundancia.

—Esta cadenita, Carmen, tiene un valor muy grande y yo te la agradezco en nombre de la patria. ¿Sabes tú lo que es la patria? No, porque todavía eres muy chica; pero cuando seas más grande lo comprenderás. Has dado lo único que tenías y eso da á tu regalo más valor que si fuese un montón de diamantes. ¿Quieres quedarte conmigo, Carmen? Aquí nadie te reñirá ni te pegará y aprenderás muchas cosas. ¿Quieres?

¡Que si quería Carmen! Desde que había muerto su madre nadie la había mirado ni hablado de esa manera. Se estrechó contra el coronel como lo habría hecho con un padre y prendida de su mano, fué con él á presentarse á la señora de San Martín.

Y en el mismo instante se acordó de que su madre la había dicho, al colgarle la cadenita con que ahora se comprarían cañones, que le traería suerte.



## 2.

**El Camino de la Muerte.**

Á través de las selvas salteñas cabalgaban una noche de otoño de 1816 una joven y un muchacho. Volvían del rancho de una pobre vieja india, que vivía sola en el valle al pie de las sierras, á la cual acostumbraban socorrer con lo poco que á ellos les sobraba. La noche los tomó por el camino, y apuraban el paso porque se venía acercando una tormenta y también porque en aquellos tiempos de guerra era peligroso andar en los caminos de noche para los que no fueran hombres armados.

Todo el país estaba luchando por la independencia, desde Buenos Aires hasta el Alto Perú. En Salta, el general Güemes había organizado la resistencia con sus gauchos, nombre que la gente empleaba como un título de honor. Los gauchos eran terribles, indomables; en pequeñas partidas al mando de algún joven intrépido, ó en escuadrones á las órdenes de jefes expertos y valientes como Padilla ó Camargo, inquietaban día y noche á los españoles que desde el Alto Perú trataban de penetrar en Salta y Jujuy. En cualquier momento, apostados en las quebradas ó detrás de las rocas ó en las selvas oscuras, caían sobre los enemigos desprevenidos, mataban á los oficiales,

hacían algunos prisioneros, arrebatában las armas y los caballos y desaparecían como por encanto. Los realistas no se atrevían ya á salir de las ciudades sino en grandes partidas; y aun así les acontecía á menudo ser sorprendidos y obligados á rendirse ó á huir.

No era de extrañar, pues, que los dos jóvenes jinetes estuvieran apurados por llegar á casa. La niña, de unos veinte años, manejaba con gracia y destreza su hermoso caballo negro, de paso firme y seguro como una mula. El niño, su hermano, iba á su lado, atento á los ruidos extraños de la selva y á los relámpagos que se sucedían con mayor frecuencia.

— Aquello se nos viene acercando — dijo — y vamos á tener una tormenta terrible.

— Antes de que estalle estaremos en casa — contestó su hermana. — ¿Seguirá bueno tata? Esta tarde lo dejamos bastante mejorado.

— ¡Oh, sí! — contestó el muchacho — y por otra parte, está la chica para cuidarlo. Yo creo que, más que la enfermedad, le duele ser viejo y no poder pelear contra los *godos*.

— Yo también lo creo — dijo la joven. — Para él que es tan valiente debe ser un suplicio no poder tomar parte en la guerra. ¿Oíste lo que dijo la vieja Rosa? Anoche nuestros gauchos sorprendieron á una partida muy superior de realistas y los mataron á todos.

El chico suspiró porque su padre no le permitía aún formar parte de esas partidas, á pesar de sus súplicas ardientes. Con sus doce

años se creía ya un hombre, manejaba las boleadoras tan bien como cualquiera y en punto á valiente no le iba en zaga á nadie.

— Oye, María — preguntó, — ¿qué harías si vinieran los *godos* ahora?

— Según, Juan; es difícil de decir, pero nunca haría traición á nuestros gauchos.

— ¿Pero no les tendrías miedo?

— ¿Miedo? — repitió María indignada. ¡Miedo ella!

Al despedirse de José, su prometido, éste la había visto por primera vez con lágrimas en los ojos.

— « No quiero que llores, María, le había dicho. Cuando yo estoy fuera, debes pensar siempre que peleo por la libertad de nuestra patria, como el general Güemes y como mi bravo coronel Padilla. Y si llegara á sucederme algo, pensarás con orgullo que he muerto, no en una ocasión cualquiera, sino en la guerra por la libertad y la gloria de nuestro país. Á todos nos toca una vez, y si un día te llamara á ti la patria, María, estoy seguro que no serías sorda á su llamado ».

Y acordándose de eso, María repitió con los ojos chispeantes:

— ¿Miedo yo?

En aquel instante les llegó en alas del viento un ruido distinto de los que hasta entonces habían llenado el bosque. Ambos, acostumbrados á la soledad salvaje de los montes, supieron clasificarlo en seguida.

— Viene una tropa grande — dijo Juan.

— Están subiendo la cuesta á la derecha —  
añadió María.

— ¿Serán gauchos?

— No me parece — repuso María, y escu-



— Están subiendo la cuesta á la derecha — añadió María.

chando con atención, agregó: — No, porque no llevan guardamontes.

— Entonces vamos á atacarlos—exclamó Juan lleno de bríos, entusiasmado por la idea de venir por fin á las manos con los tan odiados *godos*, apodo con que comúnmente se designaba á los españoles.

— ¡No, no! — dijo María alarmada, no tanto por sí misma como por su hermanito. — ¿Qué dirían tata y la chica si te sucediera algo? ¡Á correr!

Puso su caballo al galope y Juan la tuvo que seguir de muy mala gana. Pero no anduvieron mucho, cuando sintieron que los perseguían y aunque llevaban alguna ventaja, fueron alcanzados.

— ¡Alto! — les gritó una voz. — ¿Quién va?

— ¡Argentinos! — contestó Juan con orgullo, empleando el nombre que ya acostumbraban á darse los patriotas.

Un relámpago reveló á los dos hermanos una partida de cuatro ó cinco hombres, y reconocieron el uniforme español. Más allá se distinguía confusamente una masa negra de caballos y jinetes.

— ¿Tú conoces estos parajes, chico? — preguntó un joven capitán.

— Sí.

— Bien, entonces nos vas á llevar al desfiladero de la Cruz.

— No, porque no soy ningún traidor — respondió Juan altivamente.

— Serás traidor á tu rey si te niegas — dijo el capitán.

— Aquí no hay ningún rey.

— ¿Y tú no eres súbdito del rey de España?

— No, yo soy un argentino libre.

— Bueno, bueno — dijo el oficial impacien-

tándose, — argentino ó español, nos llevarás al desfiladero de la Cruz.

— ¡ No quiero !— exclamó Juan relampagueándole los ojos y haciendo ademán de tomar sus boleadoras. María lo contuvo con un movimiento.

— Yo también conozco estas sierras — dijo tranquilamente, — y los voy á llevar.

— ¿ Usted ? — preguntó el oficial, mirándola entre sorprendido y dudoso.

— Sí, yo — repuso ella altivamente, y dirigiéndose á su hermanito, que había enmudecido de sorpresa, le dijo :

— Vé á casa, Juan, y dile á tata y á Anita que yo voy para que no te lleven á ti.—Y en voz tan baja que sólo Juan la oyó, añadió : — Cuando veas á José, le dirás que me llegó el turno de servir á la patria. ¿ Oyes ? No lo olvidés. Véte.

Se volvió y dirigiéndose al oficial le dijo secamente :

— Ya estoy.

— ¿ Pero usted conoce bien los caminos de la sierra ? — preguntó el oficial con aire de duda.

— Como que me he criado en estos lugares — respondió María con una altivez rayana en la insolencia ; y añadió : — Si no me tiene confianza, no tiene más que decirlo.

El capitán se mordió los labios ; demasiado conocía él á estos criollos con quienes tenía que habérselas á diario ; pero estaba muy contento de haber hallado un guía á través de los

montes para exponerse á irritar á la muchacha. En un instante, es cierto, cruzó por su mente la idea de que ella pudiera traicionarlos; pero la desechó en seguida. ¿En manos de quién podría entregarlos, ella que no estaba prevenida y que había sido sorprendida en el camino? Además, él también tenía ojos para ver á dónde iban, si acaso á ella se le ocurriera extravíarlos; y por último, el joven capitán estaba lleno de una confianza y fe en sí mismo genuinamente españolas, y jamás se le hubiera ocurrido que otros pudieran engañarle.

El camino, ó lo que como tal seguían, era una senda que serpenteaba por el cerro entre bosques enmarañados y espinosos, llenos de malezas casi impenetrables que con sus millones de púas y agarraderas destrozaban la cara y las manos de los jinetes é impacientaban á los caballos desgarrándoles la piel. La noche se volvía cada vez más oscura, iluminada tan sólo por los relámpagos que de cuando en cuando alumbraban el bosque con su luz extraña y fosfórica. Pero María no necesitaba luz: firme en su caballo negro, seguía derecho la picada estrecha donde sólo cabía un jinete de frente y que se perdía en la noche, quién sabe donde.

La joven tenía su plan hecho. La patria había llamado y ella no debía vacilar. «Á todos les llegaba su turno», había dicho José: á ella le había llegado ahora, y sencilla y serena, sin declamaciones ni ínfulas de heroína, como una cosa que se entendía de por sí, tan natural que

no había por qué hablar de ella, María se dispuso á tomarlo. La quebrada de la Cruz, llamada así porque un capricho de la naturaleza había grabado en la roca una cruz gigantesca, era un punto muy importante que daba entrada á aquella parte de la sierra. María sabía que sus compatriotas la tenían ocupada y comprendió que las tropas que ella estaba conduciendo debían ir á sorprenderlos. Era un cuerpo importante, cerca de 300 hombres, según calculaba, guiada por su fino oído; y los gauchos del desfiladero, ella lo sabía, eran pocos. ¡Oh! pero podían estar tranquilos.

—¿Queda lejos?—preguntó el capitán.

—Sí—respondió ella, y nada más.

La picada subía y subía. Los árboles de la selva gemían y entrechocaban sus ramas al recibir los latigazos helados del viento. Por fin la tropa cruzó la montaña y comenzó á bajar la cuesta del otro lado, internándose en el laberinto de la sierra. Habían caminado así por espacio de dos horas aproximadamente, cuando María penetró en un desfiladero que se abría á la derecha.

—Mucho cuidado ahora—dijo.

La advertencia no carecía de fundamento. Reinaba la obscuridad más negra, hecha más densa aún por el contraste con la luz espectral de los relámpagos que al brillar en lo alto, revelaban por segundos una fantasmagoría de murallones tremendos bañados en una claridad azul-violeta, picachos que se erguían negros, gigantes, amenazadores, y á la derecha del

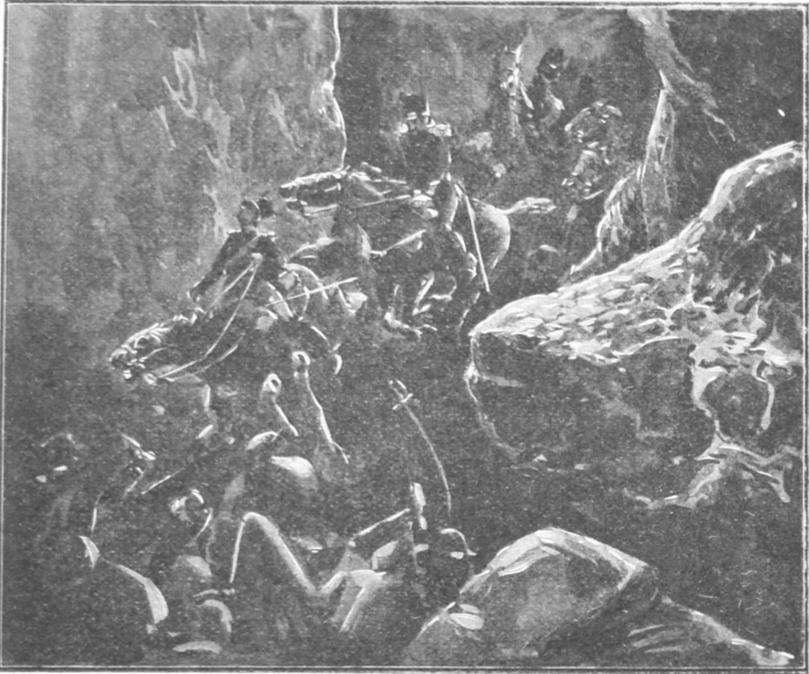
camino, un abismo pasmoso en cuyo fondo rugía un torrente hasta el cual no llegaba la luz. Los truenos retumbaban como salvas de artillería pesada, repetidos con fragor horrendo por mil ecos, de montaña en montaña, de quebrada en quebrada, de cueva en cueva, de gruta en gruta á través de las inextricables revueltas de la sierra. El huracán, desencadenado en todo su furor, se precipitaba á través del estrecho desfiladero, ya cantando como un órgano gigantesco melodías grandiosas y sublimes, ya remedando gritos, lamentos y suspiros, risas fantásticas ó los aullidos triunfantes de cien mil espíritus malignos. Era una situación como para desmayar el corazón mejor templado.

—Diga: ¿es lejos todavía?—gritó entre el fragor de la tormenta el oficial á María, quien marchaba delante al paso de su caballo montañés, tranquila é impertérrita como si aquella escena no la impresionase en lo más mínimo.

—Falta poco—respondió ella del mismo modo. Efectivamente, al cabo de algunos minutos se detuvo como tratando de orientarse. Un relámpago brilló iluminando una entrada á la izquierda en la roca.

Aquella boca negra era un sitio supersticiosamente temido por los habitantes de la comarca. La llamaban «Supayhuasi» — la casa del demonio — y en verdad que merecía ese nombre. Era una galería ó túnel en el interior de la montaña, que iba á dar á un precipicio cuya profundidad sólo la fantasía podía calcular.

—Por aquí—dijo María, y ni el más leve temblor de su voz traicionó su emoción al entrar la primera en la galería que conducía a los dominios de la noche eterna. Era ancha, seca, alta y lisa, y las tinieblas que la llenaban



... tras ella se precipitaron los trescientos españoles.

eran tan densas que afectaban un color purpúreo. Los pasos de los caballos resonaban sordamente como en una bóveda y el bramido de la tempestad se amortiguaba más y más á medida que la galería iba internándose en la montaña.

—Podemos galopar—dijo María.—El camino es seguro y perfectamente derecho.

— Pero ¿adónde va á dar? — preguntó el capitán que comenzaba á alarmarse. — Yo no veo luz ni salida... ¡oiga!

Mas ya le llegaba el eco de los cascos del caballo en que galopaba María y no tuvo más remedio que seguirla. Ella se le puso á la par, y haciendo la señal de la cruz, condujo á los enemigos de su patria por el sendero de la muerte.

Las herraduras de los caballos resonaban con eco lúgubre. Las armas chocaban en la galería sin luz.

De repente, María sintió que le faltaba el suelo, que su caballo se debatía desesperado en el vacío; oyó gritos horribles de espanto y de angustia; algo pesado se desplomó sobre ella, sus sentidos se nublaron, y cayó, cayó, cayó á las profundidades del abismo horrendo.

Y tras ella se precipitaron los trescientos españoles.



## 3.

**El Premio.**

## I.

En una finca cerca de la ciudad de Buenos Aires vivía en los años de 1824 ó 25 una familia modesta y trabajadora, compuesta de la madre, una hija de catorce años y un niño de doce. El padre había muerto hacía mucho, dejando á los suyos la pequeña propiedad. Su mujer, doña Martina, era muy hacendosa y halló medio de utilizar lo poco que tenía: crió aves, vendió huevos, legumbres y fruta, y finalmente, aprovechó una habilidad especial que tenía para hacer dulces y pastas, tan exquisitos, que muchas familias que hubieran podido hacerlos en su casa, preferían comprárselos á ella. Con esa industria, doña Martina pudo mantenerse á sí misma y á sus hijos Mercedes y José, niños felices á quienes no les faltaba alimentos, ropas, cariño, juegos ni ocupación. Sin embargo, tenían un deseo ardiente que no podían satisfacer: querían instruirse.

En los tiempos en que pasa nuestra historia, los niños no tenían las mismas facilidades que hoy para ir á la escuela.

La instrucción primaria era casi nula, pues no **había** como ahora un palacete escolar á cada vuelta de esquina, y muchos padres unían á

su pobreza, una indiferencia de profundos ignorantes.

Existían, sin embargo, escuelas de varones y de niñas, fundadas casi todas ellas durante el gobierno de Rodríguez y el de Las Heras y de sus ministros Rivadavia y Manuel José García, hombres inteligentes y de espíritu elevado. .

Delante de una de estas escuelas, Mercedes pasaba todos los días, cuando iba á llevar á casa de los parroquianos los dulces y demás golosinas que hacía su madre. Invariablemente se detenía para mirar á través de la ventana abierta y escuchar las lecciones. Contemplaba la clase, los niños con sus útiles y sus libros, el maestro que los regía, y pensaba entonces cuán hermoso sería si ella y su hermano pudieran ir también á la escuela. José podría llegar á ser médico, abogado, ministro quizá, y aún ¿por qué no? gobernador como el general Las Heras, á quien había visto el otro día en un carruaje en la plaza de la Victoria. Quería mucho á su hermano y hablándole de la escuela y de todo lo que se aprendía allí, consiguió entusiasmarle también. Pronto los dos niños no tuvieron deseo más ardiente que el de instruirse. No sabían leer ni escribir ni tenían quien les enseñara. Suplicaron mucho á su madre para que les dejara ir á la escuela; pero doña Martina, aunque muy buena mujer, era sumamente ignorante, y consideraba el saber como un lujo innecesario, permitido sólo á la gente rica y absolutamente superfluo para los pobres. En su tiempo, los

niños de la clase humilde no iban á la escuela. ¿Para qué, pues, habían de ir sus hijos?

## II.

Delante de la puerta de la cocina, Mercedes estaba pelando batatas para hacer dulce. Alrededor de ella, las gallinas picoteaban las cáscaras, las palomas blancas y grises iban y venían en giros caprichosos, batiendo ruidosamente sus alas; un lindo gatito negro jugaba amistosamente con la cola de un gran perro, el que lo toleraba con aire de majestuosa indiferencia. Llenaba el aire la fragancia de azahares y flores de limón, de jazmines y madreselvas que cubrían la pared, entremezcladas con rosas trepadoras y damas de la noche, que empezaban á abrir sus grandes cálices blancos, allí donde ya no llegaba el sol.

Mercedes había estado trabajando asiduamente. Poco á poco empezó á distraerse. Observó primero las gallinas y palomas, luego el gatito que daba brincos alrededor del perro; después sus ojos siguieron el movimiento de un gajo de jazmín del país en el cual se había posado un chingolo, y por último, se fijaron en la copa de una hermosa higuera mecida suavemente por la brisa de la tarde.

Veía todo eso, al principio con atención; pero poco á poco sus pensamientos fueron tomando otro rumbo y siguieron su cauce favorito: sus deseos de aprender.

—¡Mercedes!— llamó doña Martina desde la cocina, donde revolvía el almíbar en la olla. —¿Estás durmiendo? Van tres veces que te llamo y no me oyes. ¿Has pelado ya esas batatas?



El padre había muerto hacía mucho, dejando á los suyos la pequeña propiedad.

Mercedes se dió cuenta de pronto de que había estado soñando.

—Voy, mamá— contestó reanudando á prisa su tarea. Cuando llevó las batatas y éstas estuvieron por fin en la olla sobre el fuego, doña Martina preguntó:

--¿En qué estás cavilando?

Mercedes vaciló un poco; **sabía que su madre** se impacientaba cada vez que ella le hablaba de sus deseos.

—Pensaba en lo lindo que sería si nos dejaras ir á la escuela.

Doña Martina siguió revolviendo el dulce, pero la miraba de reojo.

—¿Otra vez con esas, eh? Ya te he dicho que no quiero oír nada de tus tonterías.

—Pero mamá, no son tonterías. Los niños de Gutiérrez, donde voy á llevar el turrón, estudian con su mamá.

—Eso está muy bien para los niños de Gutiérrez, que son ricos; pero nosotros los pobres tenemos que trabajar y no podemos entretenernos con libros.

—Aunque sólo fuera por José, mamá. ¡Tiene tantas ganas de aprender! Yo le he hablado de la escuela...

—Has hecho muy mal en ponerle esas cosas en la cabeza.

—¡Oh, mamá! ¿Por qué no ha de aprender el pobre como otros muchachos? Así podría llegar á ser algo.

Doña Martina dejó la cuchara en la olla y poniendo los brazos en jarra, se volvió, bastante enojada, para mirar á su hija.

—Mira, muchacha, no me vuelvas á decir eso, porque no te lo he de permitir. Tu difunto padre tampoco sabía leer ni escribir y no podrás decir que no ha servido de nada. Fué un hombre honrado y trabajador; defendió la ciudad cuando

vinieron los ingleses y estuvo en el Paraguay con el general Belgrano, y siempre se portó con honor y todos le respetaron. Yo he trabajado para ti y para tu hermano; nunca les ha faltado nada y, sin embargo, tampoco he ido á la escuela. En la escuela sólo aprenderían á despreciar á sus padres y á creerse más que ellos. No, mi hijita, no me vengas más con eso. ¡Válgame Dios! ¡Las ínfulas de esta muchacha!

Doña Martina se puso á revolver el dulce con mucha energía y Mercedes comprendió que por el momento sería imprudente continuar la discusión.

### III.

Todos los días, al volver á casa, Mercedes daba una vuelta para pasar delante de la escuela de varones. En realidad, le quedaba fuera del camino; pero la chica se apuraba para que le sobrara un poco de tiempo, en la vaga esperanza de poder aprender así algo.

Sucedió que el maestro fijó su atención en ella y un día la llamó.

Mercedes, asustada, creyó que la iba á reñir por haberse parado á mirar, y su primer impulso fué echar á correr; pero el maestro, con su semblante bondadoso, venció sus temores y aunque temblando, se aproximó.

— ¿Te gustaría aprender? — le preguntó sin preámbulos el joven maestro.

Mercedes estaba tan sorprendida que no supo qué contestar. El maestro repitió su pregunta y leyó la respuesta en los ojos de la chica, que de pronto se iluminaron.

—¿Por qué no vas á la escuela?— prosiguió.

—Mi mamá no me deja— contestó Mercedes.

—¿No te deja? ¿Por qué?

—Porque dice que no necesito aprender.

El maestro comprendió que se hallaba en presencia de una niña de aspiraciones elevadas, en lucha con prejuicios viejos é injustos, y resolvió acudir en su ayuda.

—¿Y para qué quieres aprender?

—Para enseñar á mi hermanito, porque quiero que más tarde llegue á ser instruído y rico; pero yo no sé nada y así no puedo ayudarle.

El joven maestro la contempló conmovido. También había sentido en su niñez el ardiente deseo de saber; había vivido casi en la indigencia y sólo á costa de los mayores sacrificios pudo instruirse y luego ingresar en la Escuela de Medicina. Felizmente, una dama de noble corazón le consiguió el empleo de maestro en esa escuela de varones, y así, sin dejar de luchar con la necesidad, pudo continuar sus estudios superiores. Como había tenido que vencer dificultades tan grandes para satisfacer sus deseos de instruirse, sentía compasión por aquellos que se veían en el mismo caso.

—Escucha— dijo á Mercedes:—¿te animarías á venir todos los días á las cuatro de la tarde? Puedo darte media hora justa de lección; no

tengo más tiempo, pero en esa media hora te enseñaré. ¿Quieres?

Mercedes pudo apenas balbucear un «sí», olvidándose, en medio de su gran alegría, de dar las gracias á su bienhechor.

—Hasta mañana entonces—dijo éste sonriendo, y haciéndole un signo con la mano, volvió á su clase.

Mercedes corrió á casa á contar á José su buena suerte. Los dos hermanos supieron apenas disimular su alegría para que no la notara su madre, á la cual, aunque con gran sentimiento, tenían que engañar.

Desde entonces, hiciera frío ó calor, con lluvia ó con sol, con viento ó tiempo apacible, á las cuatro de la tarde Mercedes esperaba delante de la escuela que salieran los niños y el maestro la llamara.

Entonces dejaba á un lado la cestita vacía en que había llevado á repartir los dulces y durante media hora sólo existían para ella el maestro y el libro. Las explicaciones se le grababan en la memoria; su cerebro absorbía todas esas maravillas nuevas para ella, como una planta sedienta que de pronto fuese abundantemente regada. Su aplicación y gratitud conmovían al maestro, al cual encantaba la ingenuidad con que le refería las luchas que había tenido en su casa y los remordimientos que ella y su hermano sentían por tener que disimular; pero el joven la tranquilizó, diciéndole que ese engaño tenía un objeto muy laudable y que su madre,

cuando lo comprendiera, también les perdonaría

Mercedes aprendió, pues, á leer, á escribir y los elementos de la aritmética, y todo se lo enseñaba á su vez á José, quien estudiaba con la misma avidez.

#### IV.

Así pasaron algunos meses. Se aproximaba el 25 de Mayo, fecha siempre festejada con algún acto público de caridad, repartición de socorros á los pobres y últimamente, con la distribución de los premios creados por la Sociedad de Beneficencia, fundada bajo el gobierno del general Rodríguez. Cuatro eran estos premios, dos de los cuales estaban destinados á las niñas que más se distinguieran por su aplicación.

El joven maestro, al acordarse de la fecha, pensó en su discípula y de pronto se le ocurrió una noble idea á su respecto. Fué á ver á la bondadosa señora que le protegía y que era miembro de la Sociedad de Beneficencia y habló largamente con ella acerca de Mercedes. La señora se interesó vivamente por la niña y su hermano, prometiendo hacer en su obsequio las averiguaciones del caso.

La consecuencia de esta entrevista fué que una tarde paró ante la huerta de doña Martina un carruaje, del cual descendió una señora elegantemente vestida. Mercedes corrió toda azorada á llamar á su madre, la que salió al mo-

mento muy sorprendida, pues no estaba acostumbrada á recibir semejantes visitas. Mas su sorpresa creció de punto, cuando la señora pasó el brazo alrededor de la cintura de Mercedes y atrayendo á la niña á su lado, dijo :

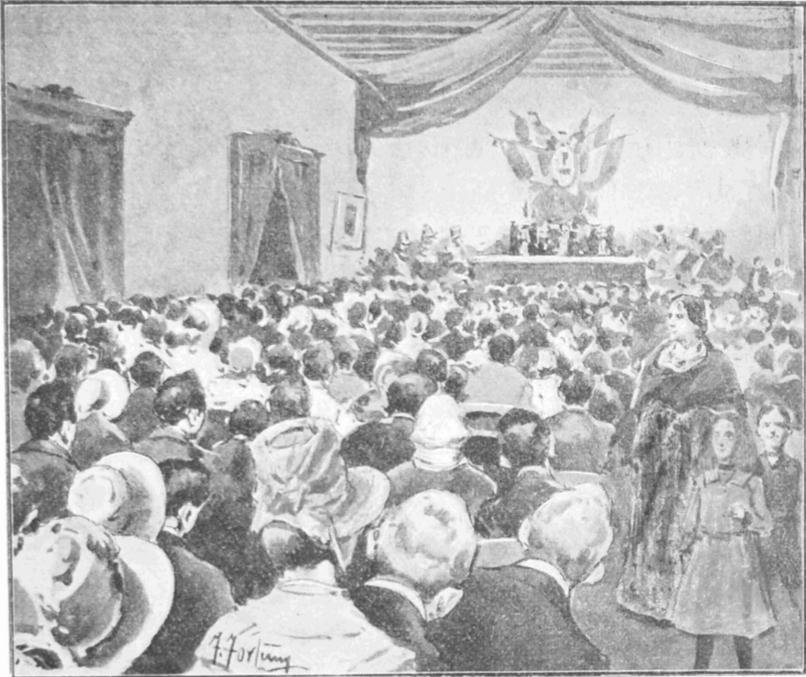
—Vengo por esta niñita y su hermanito, señora. He oído hablar mucho de ellos y quisiera conocerlos.

Doña Martina creyó soñar, cuando oyó que la señora se interesaba por sus hijos ; pero su asombro no tuvo límites cuando aquélla le refirió lo que había oído del maestro. No quiso creer lo que decían ; no podía concebirlo ; era imposible. Sólo se convenció cuando la señora mandó á Mercedes traer el libro y la pizarra que le había regalado el maestro y le hizo leer y escribir, sin que cometiera un solo error. Llamaron á José y el niño escribió y leyó correctamente como su hermana.

Doña Martina quiso reñir á los niños ; pero no pudo hacerlo. Sentía vagamente que había algo más fuerte, más grande que ella ; algo con lo cual no podía luchar. Sentía que los tiempos cambiaban ; que existía un espíritu nuevo, un deseo de trabajar, de instruirse, de adelantar. No pudo dejar de admirar la energía y perseverancia y de sentirse secretamente orgullosa de sus hijos, que se habían atrevido á resistir á su voluntad y merecían el honor de que personas ricas y educadas se ocuparan de ellos. Lo único que temía doña Martina era que, cuando se viesen instruídos, la despreciaran

como ignorante. Se secó los ojos con el delantal y dijo con tristeza:

— Parece que ahora los niños quieren ser más que sus padres. En mis tiempos, la gente de



Doña Martina y sus hijos hallaron asiento en una de las últimas filas...

nuestra clase, no pensaba en esas cosas. Yo he llegado á los cuarenta años sin haber ido nunca á la escuela, y siempre he sido respetada. Á nadie se le ha ocurrido jamás echarme en cara que no sabía leer ni escribir; pero ahora será distinto. Los niños irán á la escuela, aprenderán, y luego tendrán vergüenza de la ignorancia de sus padres.

— Señora, no diga eso — repuso la dama. — ¿Cómo puede Vd. pensar semejante cosa de sus hijos? Al contrario, la tendrán como á una reina y á todo el mundo le dirán :

— « Ésta es nuestra madre, que ha trabajado para nosotros, que nos ha educado y á quien debemos todo, y ¡ay! del que se atreva á faltarle al respeto ».

Mercedes miró agradecida á la señora que expresaba en tan pocas y claras palabras lo que ella sentía agitarse confusamente en su cerebro. Abrazó á su madre y la besó en la mejilla con efusivo cariño, mientras José le acariciaba la mano.

Doña Martina consintió al fin en que Mercedes continuara sus estudios con el maestro, y la señora se despidió felicitándola por sus hijos y augurando á todos un porvenir dichoso.

## V.

Poco después el maestro dió á Mercedes una tarjeta de entrada para la repartición de los premios de la Sociedad de Beneficencia, el día 26 de Mayo.

Á fuerza de mucho suplicar, Mercedes consiguió que su madre consintiera en llevarla con José.

La gran sala estaba llena de gente.

En el fondo se había levantado un estrado,

adornándolo con los colores patrios, y en él tenían su asiento el gobernador con sus ministros especialmente invitados al acto, y las damas de la sociedad. En las primeras filas se habían colocado las niñas de los asilos, la mayor parte de ellas pobres huerfanitas. El resto del salón estaba lleno de familias.

Doña Martina y sus hijos hallaron asiento en una de las últimas filas, donde se sentaron con humildad y timidez. Reconocieron entre las damas que se hallaban en el estrado, á aquella que había ido á visitarlas. Después Mercedes vió á su maestro que cruzaba la sala recorriendo con la mirada á la concurrencia como buscando á alguien. Muy contenta ella le saludó desde su asiento, y entonces él la llamó y la condujo hacia adelante, donde la hizo sentar al lado de una de las huérfanas.

Las niñas cantaron un hermoso coro, y luego la presidenta de la sociedad explicó el motivo de la fiesta. Al final dijo, que casi á última hora se había resuelto conceder, por excepción, un quinto premio á una niña que se había distinguido por su perseverancia en el estudio.

— ¡Qué dichosa es esa niña! — pensó Mercedes con un poco de tristeza.

Después una pequeñuela declamó una poesía y se procedió á la distribución de los premios. El primero, de \$ 200, se discernió á una señora que á pesar de su pobreza socorría á otras más pobres que ella, é iba á cuidar á los enfermos sin recibir jamás la menor remuneración. El

segundo, de \$ 100, á la industria, se concedió á una joven que mantenía con su trabajo á su madre enferma y á sus hermanitos. El tercero y cuarto, de \$ 50, á la aplicación, fueron adjudicados á dos huérfanas que se habían distinguido entre todas sus compañeras por su amor al trabajo y su contracción al estudio; y el quinto premio....

Mercedes creyó haberse equivocado, pues le parecía haber oído que en el estrado pronunciaban su nombre. Pero no...

— Mercedes Vázquez — repitió la señora.

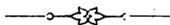
— Es otra del mismo nombre — pensó Mercedes aturldida; pero sintió una extraña debilidad repentina en todos sus miembros. Al mismo tiempo advirtió que la señora que había ido á su casa le hacía señas desde arriba, y el maestro dijo á su lado:

-- Vamos, Mercedes.

Mercedes nunca supo decir cómo había subido al estrado; el hecho es que de pronto se halló arriba, frente á centenares de caras que fijaban en ella sus ojos: oyó, como si viniera de muy lejos, la voz de la señora que explicaba al auditorio por qué se concedía á Mercedes Vázquez el premio extraordinario, agregando que sería admitida gratuitamente en una de las escuelas de niñas sostenidas por la Sociedad, y su hermano en otra de varones.

Con la cabeza hecha un torbellino, Mercedes sintió que la abrazaban algunas de las damas; que el general Las Heras le dirigía con voz llena

de bondad palabras de felicitación y de estímulo: recibió el premio de mano de la presidenta, oyó que la concurrencia aplaudía con entusiasmo, y de pronto se dió cuenta que aquello no era un sueño. sino realidad palpable, deliciosa, y olvidándose de todo, bajó las gradas del entarimado, atravesó la sala y entre risas y lágrimas, se echó al cuello de su madre.



## 4.

**Promesa sagrada.**

## I.

En una estancia situada entre los pueblos de Chascomús y Dolores, se hallaban una noche de Octubre de 1839, diez ó doce hombres, estancieros del Sur y algunos militares, sentados alrededor de una mesa cubierta de planos, mapas y otros diversos papeles: hablaban en voz baja, como temerosos de que los oyeran de fuera.

— Ya que estamos todos reunidos — dijo el comandante don Manuel Rico, — díganos, señor Martínez Castro, las noticias que ha recibido.

El señor Martínez Castro, que era el dueño de casa, sacó del bolsillo una cantidad de papeles, y hojeándolos sacó una carta, que leyó en voz alta. Era del general don Juan Lavalle, y en ella manifestaba que seguía dispuesto á cumplir lo prometido al señor Martínez Castro, de desembarcar con su Legión Libertadora en el puerto del Tuyú y acudir en auxilio de los que en el Sur de Buenos Aires organizaban la revolución contra el tirano Juan Manuel de Rosas.

— Según esto — dijo el comandante Rico — podremos esperar al general para dentro de un mes aproximadamente.

— Eso nos da tiempo — añadió un señor Ezeiza — de terminar nuestros preparativos. El pue-

blo de la campaña está dispuesto y podemos, en un momento dado, contar con tres mil hombres por lo menos, bien armados y montados. Falta reunirlos y organizarlos, y eso se está haciendo activamente.

— Tengo aquí una lista de los recursos de que disponemos por el momento — dijo el coronel Cramer, oficial que había estado con San Martín en los Andes y en Chacabuco.

— Oigamos — dijo el comandante.

— Tenemos — dijo Cramer consultando la lista — toda la peonada de las estancias de Dolores, Chascomús y Monsalvo, que no bajan de 1.500 hombres. El señor Castelli ha puesto á nuestra disposición toda su fortuna. El juez de paz de Dolores, que es de los nuestros, ofrece cien fusiles. El señor Burgos, de Monsalvo, ha donado 5.000 pesos. Y no debemos olvidar al joven Luis Aguirre...

Al pronunciar este nombre, pasó por los ojos graves del coronel, una expresión cariñosa.

— Sí — dijo el mayor Castelli, hijo del prócer de la independencia, — ese joven nos es indispensable: la gente de la campaña lo adora y su influencia es inmensa.

— Aparte de que su fortuna es muy grande y que la ha puesto toda entera al servicio de la buena causa — agregó un señor Ramos Mexía.

— Ahora que el coronel ha leído la lista y yo la carta del general — dijo Martínez Castro, — diga usted, señor comandante, las noticias que trae del Azul.

—Traigo muy buenas noticias — contestó Rico. — He hablado con varios oficiales del regimiento de caballería y me han prometido sublevar á sus soldados. Eso nos asegura una buena fuerza y al mismo tiempo nos libra de un gran peligro, pues tendríamos en contra nuestra y muy cerca de nosotros, un regimiento entero de soldados veteranos.

— Esa es, en verdad, una buena nueva — dijo el dueño de casa. — Podemos felicitarnos. Ahora falta saber lo que hay de nuevo en Buenos Aires y si los trabajos de nuestro amigo Ramón Maza están adelantados. Luis Aguirre debe llegar en estos días y quizá nos traiga alguna buena noticia. Al menos sabremos por él lo que se dice y lo que hacen en la ciudad...

Se interrumpió porque afuera los perros comenzaron á ladrar furiosamente y se sentía el galopar de caballos. Momentos después entraron en la habitación dos hombres, uno vestido de gaucho y el otro envuelto en una gran capa negra y con el sombrero calado hasta los ojos. Al desembozarse apareció un joven de varonil hermosura, pero intensamente pálido y al parecer en un estado de excitación terrible.

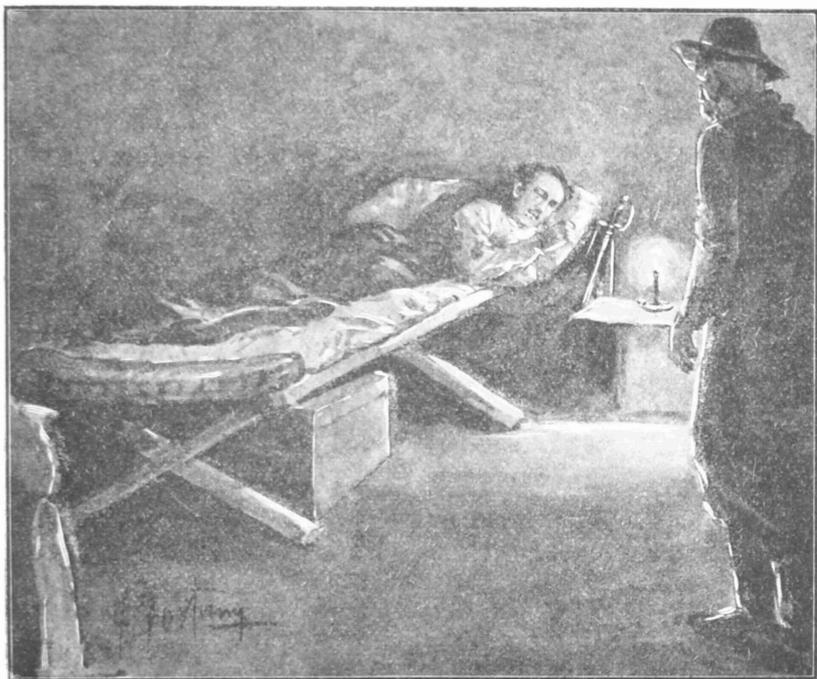
— ¡Aguirre! — exclamaron todos sobresaltados.

— ¿Qué trae, Luis? — preguntó el coronel.

El joven no pudo contestar al momento, pues le acometió como un violento temblor nervioso. El gaucho que había venido con él le sostuvo; le hicieron sentar, diéronle una copa de vino

y al cabo de algunos minutos el joven se había repuesto y pudo responder al coronel en pocas palabras, terriblemente claras y concisas:

—¿Qué noticias traigo? ¡Que se acabó todo! Hubo un instante de silencio absoluto, el si-



—Ven, siéntate aquí á mi lado y conversaremos.

lencio elocuente del espanto. Luego se entrecruzaron las exclamaciones, las preguntas, los lamentos.

—Lavalle nos abandona—explicó Luis.—En vez de venir al Sur ha desembarcado en Entre Ríos. La conspiración de Ramón Maza ha sido descubierta. Lo han fusilado, y asesinado á pu-

ñaladas á su padre. Rosas ha dado orden á los jueces de paz de la campaña para que tomen presos á los principales estancieros unitarios, es decir, á nosotros. Lo supe por el juez de paz de Chascomús, que es de los nuestros, al pasar por allí esta mañana. De suerte que todo está perdido.

—No, no puede ser—dijo Rico, que en medio de la consternación general era el único que no había perdido la cabeza;—si Lavalle nos abandona á nuestra suerte, él sabrá por qué. Nosotros no conocemos sus móviles. Debe haber tenido sus razones muy poderosas, porque no es un traidor. Nosotros no debemos acobardarnos porque él nos deje. Si no podemos contar con él y el pobre amigo Maza ha muerto, quedamos nosotros y queda la campaña de Buenos Aires para hacer la guerra justa al tirano. Conservemos el valor y la serenidad necesaria, para no cometer imprudencias ni injusticias.

—Dice bien el señor—repuso el hombre que había venido con Aguirre, un gaucho alto, robusto, de cabello y barba entrecanos, curtido por la intemperie, con ojos negros de águila, y, á pesar de sus sesenta años, derecho como un álamo y flexible como un junco.—Dice bien el señor, y es lo que yo le dije también á mi *patroncito*; pero él se dejó aplastar por la desgracia.

—No, Juan—protestó el joven;—me he desanimado un poco al ver que todos nuestros esfuerzos han sido inútiles.

—Inútiles no, mi joven amigo—observó el

comandante, poniendo su mano en el hombro de Aguirre, quien fatigado por su largo viaje y descorazonado por la adversidad había dejado caer la cabeza sobre sus brazos cruzados en la mesa. — ¡Cómo! Usted, siempre el más animoso y alegre de todos, que siempre tenía una palabra de aliento cuando los demás desmayábamos, ¿usted ha perdido la esperanza? No se diga eso de Luis Aguirre. No; seguiremos hasta el fin el camino que nos hemos trazado; y en el último caso, aunque no triunfemos, se dirá de nosotros, que supimos cumplir con un deber sagrado. ¡Ánimo, amigos!

Y todos estrecharon la mano al valiente comandante.

## II.

Los conspiradores tuvieron poco tiempo ya para prepararse; debían obrar pronto si no querían exponerse á perderlo todo, puesto que Rosas estaba sobre aviso. En la precipitación, empero, no pudieron organizarse debidamente; ningún plan tuvo tiempo de madurar.

En la mañana del 29 de Octubre de 1839, el comandante don Manuel Rico se presentó en la plaza del pueblo de Dolores con unos cien hombres, proclamando el alzamiento de los pueblos libres contra el tirano Juan Manuel Rosas. Su gente llevaba la escarapela nacional que el tirano había prohibido para reemplazarla con la banda roja. Al lado del comandante, el joven Aguirre

llevaba la bandera de la patria, la gloriosa bandera celeste y blanca que Belgrano hiciera flotar en Salta y Tucumán, que aclamaran los pueblos libres de Chile y del Perú, y cuyos colores habían sido siempre y en todas partes emblema de libertad y de gloria. Inmenso fué el entusiasmo del pueblo al verla flamear en el asta de una lanza, brillando al sol y dando sus pliegues al viento.

La revolución había estallado al mismo tiempo en Dolores, en Chascomús organizada por Cramer, y en Monsalvo dirigida por el mayor Castelli. De todas partes acudieron los habitantes de la campaña, para agruparse alrededor de la bandera. Contaban con aquel regimiento de caballería del Azul, que en un momento dado debía venir en ayuda de la revolución. Pero, cuando los diferentes grupos se habían concentrado, esperando á cada momento la noticia de la sublevación del regimiento, cundió de pronto el rumor de que esa misma tropa marchaba contra ellos. Los oficiales no habían cumplido su palabra.

En la noche del 6 de Noviembre los revolucionarios concentrados cerca de Chascomús tuvieron noticias de que Prudencio Rosas, el hermano de don Juan Manuel, se acercaba con sus tropas. La batalla era, pues, inminente. Los jefes se reunieron por última vez en un rancho que servía de alojamiento á Aguirre, quien tenía el mando de un escuadrón de caballería. Todo estaba dispuesto; las órdenes habían sido dadas. El momento supremo se acercaba. Los amigos

se separaron en silencio, con un apretón de manos; se habían dicho cuanto tenían que decirse.

Tendido en un catre, Luis Aguirre trató de conciliar el sueño. Era una noche fresca y estrellada; muy bajo llegaba desde lejos el murmullo de las aguas de la laguna: cantaban las ranas su estribillo monótono y de vez en cuando una lechuza pasaba veloz, lanzando su grito odioso.

El joven no podía dormir; estaba nervioso, triste, preocupado. La confianza y el ánimo juvenil con que había alentado mil veces á sus compañeros cuando desfallecían en su tarea patriótica y penosa, le habían abandonado por completo. No le faltaba el valor: pero sí toda esperanza.

— ¡Juan! — exclamó.

El viejo gaucho que fumaba afuera bajo el alero del rancho, acudió inmediatamente.

— ¿Qué quería, *niño*?

— Ven, siéntate aquí á mi lado y conversaremos. No puedo dormir; no sé lo que tengo; me parece que pronto debo morir.

El gaucho lanzó una exclamación:

— ¿Y por qué, patrón?

— No sé. Es un presentimiento. Ya sabes que no soy de genio triste y que no acostumbro á cavilar; pero esta noche no sé lo que me pasa. Me parece que estuviese volviendo á vivir mi vida entera; y en todas partes te veo. Desde que quedé huérfano, de muy niño, tú has sido mi amigo constante. Si valgo algo, á ti lo debo. Has

estado conmigo cuando era feliz y no me has abandonado en el peligro. Has sido para mí más que un amigo, más que un hermano, más que un padre. Me has servido con los consejos y con los hechos; me has corregido cuando obraba mal y me has consolado cuando estaba triste. Has administrado mis estancias hasta hacerlas producir el triple de antes; y si nunca me ha faltado dinero para mis estudios, para mis diversiones y luego para mis planes revolucionarios, á ti lo debo.

El viejo gaucho estaba muy enternecido; pero como buen campesino que era, ocultó su emoción bajo una apariencia de mal humor y preguntó en tono brusco:

— ¿Y para qué me cuenta hoy todo eso?

— Yo mismo no lo sé, Juan. Quizá porque, como ya te dije, tengo presentimientos tristes y antes, quiero decirte que sé cuánto te debo y que te lo agradezco.

— ¡Vale la pena! — gruñó el viejo, contento porque su *patroncito* no podía verle la expresión afligida de su cara.

— Mira, viejo... — continuó Luis sin hacer caso de la interrupción — si muero en la batalla que pronto debe tener lugar, no dejes que mi cuerpo caiga en manos de los enemigos, para que no lo mutilen... ¿Verdad que harás todavía eso por mí?

Al rudo campesino se le nubló la vista al pensar en que la hermosa cabeza de su *niño* sería cortada del cuerpo gallardo y enastada en una

pica como acostumbraban hacer los soldados de Rosas con los oficiales enemigos que caían.

Sintió un nudo en la garganta y una sensación como si le estuvieran oprimiendo las sienes.



— No les dejes mi cuerpo...

Buscó en la obscuridad la mano del joven y la estrechó entre sus dedos de hierro.

— Sé que eres fiel hasta la muerte — dijo Luis.

— ¡Fiel hasta la muerte y más allá...! — repuso el viejo haciendo un esfuerzo, y luego, avergonzado é irritado consigo mismo por su propia debilidad, se levantó y salió precipitadamente.

## III.

Antes de rayar el alba sonaron los clarines y el grito de « ¡ Á las armas ! » voló de extremo á extremo, á través del campamento. Era el 7 de Noviembre de 1839.

Los revolucionarios, en número de unos tres mil, mandados por Cramer, Castelli, Ricó y otros patriotas, resistieron valerosamente á las tropas federales. La batalla tuvo lugar en Chascomús, y á pesar de todo el heroísmo desplegado, los unitarios fueron batidos. No hubo cuartel; los oficiales prisioneros fueron degollados y sus cabezas cortadas para exponerlas en picas en la plaza del pueblo. Así murieron Castelli y Cramer, y sus cuerpos espantosamente mutilados, quedaron tendidos en el campo.

En lo más recio de la batalla, Luis se batía al lado de Juan. Luchaba como un león, y, á pesar de que manaba ya sangre por varias heridas, su espada hacía estragos y de todos lados huían los enemigos. Pero de pronto sonó un tiro y Luis cayó del caballo mortalmente herido. Juan pudo justamente recibirle en sus brazos y oír sus últimas palabras :

-- No les dejes mi cuerpo...

Juan atravesó delante de la montura á su amo muerto y espoleando al caballo huyó á través de los campos. Una terrible gritería se levantó y veinte hombres se lanzaron en su persecución, para apoderarse del cuerpo del oficial. Pero Juan

tenía una ventaja bastante grande : montaba un caballo excelente y estaba resuelto á no abandonar el cadáver. Así corrieron por el campo el fugitivo y los perseguidores, veloces como el pampero que barre las llanuras.

El caballo del viejo con la doble carga del vivo y del muerto, comenzó á cansarse, las fuerzas empezaban á faltarle, y, aunque seguía corriendo, era fácil ver que no podría conservar esa velocidad por mucho tiempo. Ya los federales ganaban terreno, ya Juan oía sus gritos y el resollar de sus caballos. Tenía una pistola cargada, pero quería reservar el tiro para el caso extremo.

Más y más se acercaban los perseguidores; el alazán de Juan se cansaba visiblemente; sus flancos estaban cubiertos de espuma y de sangre.

De pronto algo brilló delante del gaucho con reflejo argentino. Allí, ante él, se extendía la laguna de Chascomús, de aguas frescas y profundas; los rayos del sol convertían su centro en una placa de plata con marco de terciopelo azul celeste, alrededor del cual las orillas trazaban su línea verde. Exigiendo un último y supremo esfuerzo á su caballo, Juan voló hacia la laguna, resuelto á alcanzar un vado que conocía á algunas cuabras de distancia. Tendría que nadar, pero ¿qué le importaba? « Fiel hasta la muerte y más allá », entró resueltamente en el agua para salvar el cuerpo de su *niño*.

— Entregue el cadáver y le damos cuartel — le gritó el soldado que le seguía más de cerca.

El gaucho contestó con una imprecación y sacando la pistola del cinto hirió de muerte al soldado.

El suelo de la laguna bajaba gradualmente hasta que el caballo perdió pie y tuvo que nadar. Extenuado como estaba, avanzaba muy lentamente. En la orilla los perseguidores aprontaron los fusiles y las pistolas...

Para aliviar al caballo, Juan quiso deslizarse al agua sujetando el cadáver en el lomo del alazán; pero esa operación era difícil y su realización dió tiempo á los perseguidores á acercarse.

Cuando muy poco le faltaba para alcanzar el vado, se oyeron varios tiros; el caballo dió un brinco, luchó un instante y se hundió; y al mismo tiempo el gaucho, asiendo convulsivamente el cadáver de Luis y tiñendo con su sangre el agua, desapareció arrastrado por el remolino.

Los federales prorrumpieron en gritos y entraron en el agua para recoger los cuerpos.

La laguna, trazando círculos temblorosos y murmurando misteriosamente, no devolvió al malogrado joven y á su fiel amigo, que habían caído para dormir eternamente en sus profundidades sombrías.



## 5.

**Una lección de nobleza.**

## 1.

Mister Morris había venido á la República Argentina después de 1861, cuando el país, reorganizado, con poderes constituídos, comenzaba á reponerse de sus largas guerras civiles y á marchar resueltamente en el camino del progreso.

Los estados europeos dirigieron entonces sus miradas hacia este pueblo que luchaba por conquistarse un lugar entre las naciones civilizadas de la tierra. Los inmigrantes principiaron á afluir en gran número. Vinieron los que no hallaban en su propia patria los medios de subsistencia. Vinieron los que nada tenían que perder y todo que ganarlo, á probar fortuna. Vinieron otros cuyo espíritu aventurero se sentía fascinado por la vida libre é independiente de las campañas argentinas. Vinieron por fin aquellos que deseaban emplear su dinero en empresas industriales ó de otra especie de las innumerables que se brindaban á los capitalistas en aquella época de progreso.

Entre estos últimos se hallaba Mr. Morris. Compró terrenos en la provincia de Buenos Aires, sobre la costa del Paraná y estableció allí un saladero.

La empresa floreció. Pronto hubo que ensan-

char los edificios y adquirir más tierras; el número de los animales beneficiados aumentaba de año en año.

-- Tiene suerte el inglés -- decían los paisanos, sin darse cuenta de que el secreto de aquella prosperidad no estaba en la suerte, sino en la perseverancia y el trabajo.

Cuando Mr. Morris se convenció de que aquello marchaba bien, hizo levantar, á distancia conveniente del saladero, un lindo chalet, alrededor del cual, aprovechando los incidentes naturales del terreno, formó un hermoso parque. Llegaron carros llenos de muebles, enseres domésticos, objetos de adorno: carruajes y caballos finos de tiro y de silla.

Cuando el chalet estuvo alhajado y todo pronto, Mr. Morris partió para Buenos Aires y al cabo de algunos días volvió con su esposa y dos niñas de diez y doce años, bulliciosas é inquietas como pajarillos.

El chalet se pobló de semblantes risueños y de sonidos alegres; lo habitaba una familia feliz.

## II.

El dueño del saladero era inglés hasta la medula de los huesos. Había traído á la Argentina no sólo su capital, su inteligencia y su voluntad para trabajar, sino también toda la altivez, toda la superioridad, todo el menosprecio que el europeo, orgulloso de su cultura, suele traer á este país.

Medía cuanto veía con la vara de la civilización secular de Inglaterra. Miraba con ironía las costumbres y las cosas criollas, comparándolas con las de su tierra, sin detenerse á averiguar el porqué de ellas. Tenía el desprecio del anglo-sajón, serio, enérgico y contraído al trabajo, por los latinos, más indolentes, más dejados, acostumbrados á tomar la vida por el lado liviano. Sin comprender el medio en el cual se hallaba, desdeñando estudiarlo más allá de lo que pudiera fomentar ó perjudicar sus intereses, indiferente á todo lo que pasaba fuera de su esfera de acción, Mr. Morris era tan extraño en la República Argentina como el día de su llegada. El establecimiento se llamaba « Saladero de York », en honor de la ciudad natal de su dueño. El ingeniero que había dirigido su instalación era inglés; ingleses eran todos los empleados superiores, y aun entre el personal subalterno, la mayoría eran ingleses, ó por lo menos anglo-argentinos. Las costumbres, el modo de vivir de la familia; todo era idéntico á lo que había sido en Inglaterra. El chalet era un pedazo de *Old England* trasplantado en plena provincia de Buenos Aires.

### III.

El paisanaje no quería mucho á Mr. Morris, á pesar de lo cual todos buscaban trabajo en el saladero, porque el « místico » pagaba bien. Éste

sentía no poder tener también peones ingleses; pero de mal grado tuvo que confesar que para atender el ganado no había como los criollos.

— Para eso únicamente sirven — solía decir. — Forman un pueblo sin instrucción, sin energía, sin moral; perezosos, despreocupados, indiferentes á todo progreso. Trabajan para no morir de hambre y aun á veces prefieren robar á trabajar. Ahí los tiene Vd. tomando mate, fumando; ya aquel prepara su inevitable guitarra; aquel otro se ha tumbado para dormir la siesta. Cada uno de ellos es capaz de asesinar á su propio hermano si le ofrezco cincuenta pesos.

Esta era la firme convicción de Mr. Morris. Con dinero se conseguía todo en la República Argentina. No había nada que no estuviese en venta: el ganado y la vida de un hombre, los campos y el honor personal, cereales y casas lo mismo que empleos y favores. Todo se hacía por interés.

Á su vez los gauchos, cuando le veían pasar, grave, correcto, impassible, con la cabeza rubia bien alta y rozándolos apenas con la mirada fría y desdeñosa de sus ojos grises, bordaban alrededor de su persona los más variados comentarios, mezclados de ironía y de admiración tributada de mala gana.

— ¡Esos ingleses! — decía uno. — Vienen al país sin un centavo y á la vuelta de unos cuantos años ya los tienen Vds. ricos.

—Este no vino pobre — objetó otro. —Traía algún capital y lo invirtió todo en el saladero.

—Ese saladero es una mina de oro.

—Y el inglés también sabe extraer todo el oro que contiene; y hay que confesar que no es mezquino.

—Es cierto, paga bien y jamás queda debiendo nada á nadie.

—Pues yo, con todo, prefiero al dueño de la estancia Los Sauces. Siquiera ése nos trata como gente, mientras el inglés ni se digna saludarnos.

—¿Y Vd. qué dice, don Antonio?—preguntó un paisano á otro, medio viejo, el cual escuchaba la conversación sin terciar en ella.

Don Antonio trabajaba en el saladero, á cuyo dueño había prestado en varias ocasiones importantes servicios. Mr. Morris, según su costumbre los había remunerado bien, aunque sin considerar necesario decir al paisano alguna palabra de agradecimiento.

Al oír la pregunta, don Antonio volvió lentamente hacia el otro sus ojos ocultos bajo cejas tupidas y en los cuales había siempre un guiño malicioso.

—¿Yo?—repuso.—Pienso que el *mister* es muy vivo y que sabe mucho; pero que todavía le falta mucho que aprender.

—¿Aprender, en qué sentido?

Don Antonio hizo un gesto vago con la mano en que tenía el cigarrillo, y no contestó.

## IV.

Las dos hijitas de Mr. Morris, Lily y Ruth, no conocían mayor placer que el de galopar por los campos, trepar por las barrancas y hacer viajes de exploración por la comarca.

—Allá van las inglesitas—decían los paisanos cuando las veían pasar á rienda suelta, con los rizos castaños de Lily y los rubios de Ruth volando al viento, resplandecientes los ojos y rosadas las mejillas que no había podido tostar el ardiente sol argentino.

Una mañana, como de costumbre, las niñas montaron á caballo y después de galopar un rato sin rumbo fijo, se detuvieron para consultar.

—¿Á dónde vamos?—preguntó Ruth.

—Vamos á ver los potrillos en la estancia Los Sauces—propuso Lily.

—¡Oh! los potrillos. Todos los días podemos ver los potrillos.

—Entonces, di tú algo mejor.

—¿Vamos al río?

—También podemos ver el río todos los días.

—Sí, pero dicen que hoy está muy crecido.

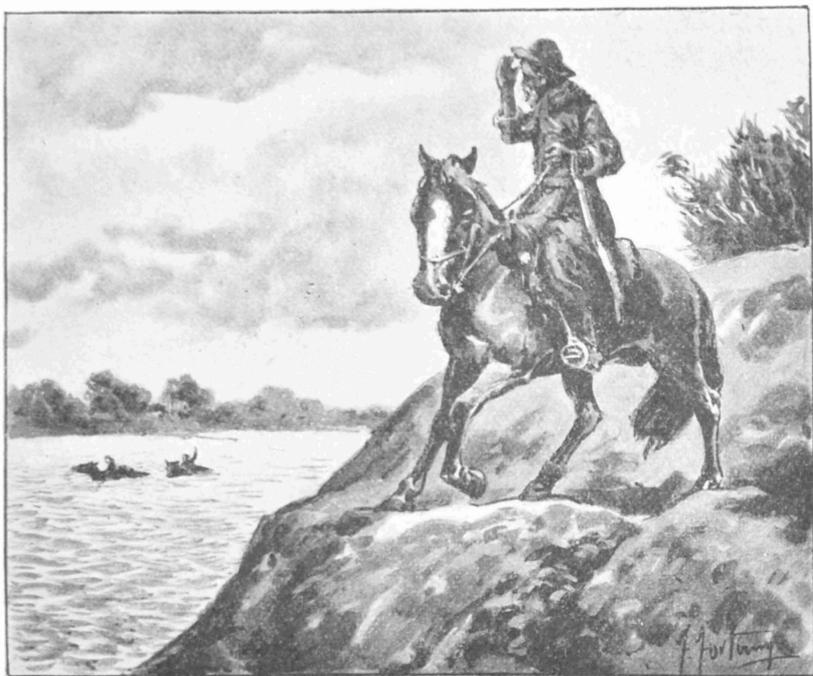
Ruth, como siempre, se salió con la suya y las dos hermanitas se dirigieron hacia el río.

No era éste el Paraná-Guazú, sino uno de los innumerables riachos, canales ó brazos que cruzan y cortan las islas del Delta. /

Hacia varios días que bajaba mucha agua; las

islas comenzaban á inundarse y existía el temor de que el río siguiera creciendo.

Desde la barranca las niñas vieron correr á sus pies el caudal de aguas amarillas y turbias, tan espesas que ni siquiera ondulaban, arrastrando



El gaucho no titubeó. Se lanzó cuesta abajo por la barranca...

camalotes, trozos de leña, cañas y otros objetos. El sol apenas conseguía encender centellas en ese líquido sucio, tan azul otras veces, que se deslizaba rápido, con murmullo maligno y traicionero, formando de vez en cuando algún remolino que interrumpía la superficie lisa.

La estrecha faja de playa al pie de la barranca

ya se estaba inundando. La isla de enfrente había desaparecido casi por entero bajo el agua; sólo se veía de ella la parte media, más elevada, en la cual existían algunos árboles.

—¿Atravesemos?—propuso de pronto Ruth.

Lily la miró atónita.

—¿Á dónde quieres ir?

—Á la isla, pues. Siempre he deseado cruzar el río mientras estuviera crecido.

—Pero papá nos ha prohibido cruzarlo aún cuando no esté crecido—objetó Lily, más prudente.

Ruth vaciló un poco. Era intrépida y decidida y la tentación era grande, hecha mayor todavía por la prohibición y el peligro. Trató de persuadir á su hermana.

—Nadie nos va á ver. Tendremos cuidado de no mojarnos, y en todo caso, el sol nos secará pronto. Vamos, Lily.

—En fin: ¿qué es lo que buscas en la isla inundada?

Ruth no habría podido decirlo. No existía absolutamente nada de interesante en la isla; pero á la pequeña caprichosa se le había ocurrido visitarla y estaba resuelta á hacerlo.

—Yo voy á ir—anunció, y en efecto comenzó á bajar la barranca. Lily se asustó seriamente.

—Si vas, le aviso á papá—amenazó.

—Eso es, vé con cuentos—replicó la menor en tono sarcástico.

—Pero no, si no voy con cuentos—protestó la pobre Lily casi llorando;—sólo quiero decir que

no trates de cruzar, porque hay mucha correntada y podría arrastrarte.

—Oh bueno, si tienes miedo, no vengas—repuso Ruth desdeñosamente.

¡Miedo! Nunca lo hubiera dicho.

No había para las dos inglesitas mayor insulto que decirles que tenían miedo.

Lily se puso encarnada y olvidando en su indignación toda prudencia, siguió á Ruth, quien reía á escondidas al sentir el paso del caballo que bajaba detrás del suyo.

Las dos chicas conocían el vado por el cual acostumbraban pasar los animales que pastaban en la isla.

Allí las dos se detuvieron un momento, vacilando. Realmente, no valía la pena mojarse para ir á la isla desierta; pero Ruth había declarado que iría y Lily tenía que probar que no era miedosa. Á una y otra su honor—querían decir su obstinación—las impedía echarse atrás.

Ruth entró resueltamente en el agua y Lily la siguió de cerca.

Al principio los caballos pisaban fondo, caminando con precaución y visiblemente de mala gana. Luego el de Ruth se detuvo, tanteando en el suelo y negándose á seguir. La niña le tocó con el látigo, el caballo obedeció y empezó á nadar. Ruth estaba encantada.

—Cuidado—advirtió á su hermana,—aquí no se toca el fondo. ¡Qué lindo es!

Pero la risa desapareció de pronto de su carita rosada. Había llegado al medio del canal, donde

la corriente era más poderosa. El caballo luchaba para resistir al empuje violento de las aguas que lo desviaban más y más, envolviéndolo en sus masas amarillas y sucias.

Ruth se asustó, mas no perdió la cabeza. Trató de ayudar al animal, pero éste se hallaba ya en poder de la correntada que arrastraba á ambos, amazona y caballo, hacia un remolino que giraba más abajo.

Entonces la pequeña atolondrada perdió toda su sangre fría y presa del espanto, se aferró convulsivamente á la montura, prorrumpiendo en gritos desesperados. Lily nada podía hacer para auxiliar á su hermana en peligro, pues su caballo, asustado, no obedecía al freno, exponiéndola á ser arrebatada ella misma por la corriente. La muerte extendía hacia las niñas su mano descarnada.

## V.

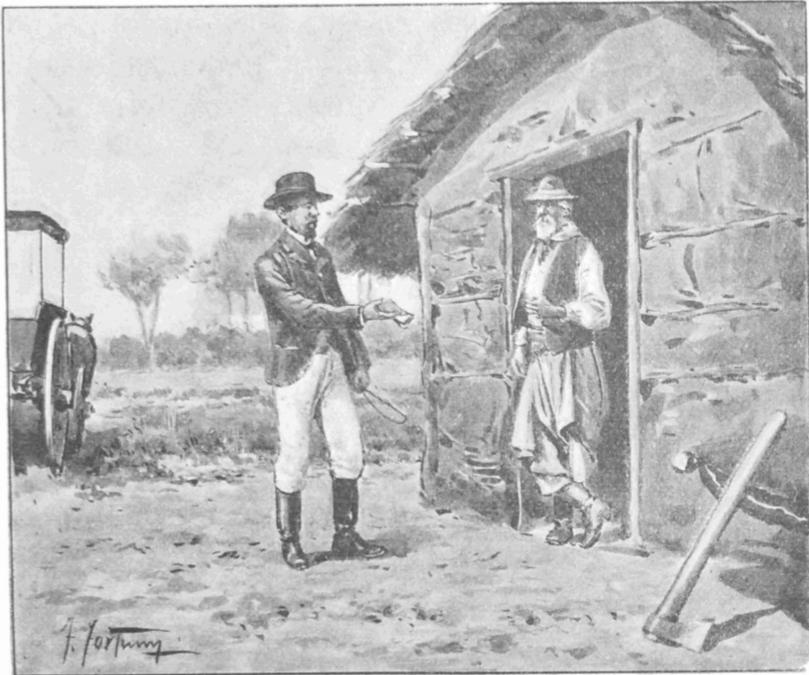
Don Antonio cruzaba el campo, al paso de su caballo, y distraído, camino del saladero.

Un grito agudo que partía del lado del río, hirió de golpe su oído. Subió precipitadamente á la barranca y desde allí divisó á las dos hijitas de Mr. Morris luchando en el agua, ambas en grave peligro.

El gaucho no titubeó. Se lanzó cuesta abajo por la barranca desmoronadiza, á riesgo de rodar con su caballo y obligó á éste á entrar en el agua. Consiguió sujetar el tordillo espantado de Lily

y conducirlo á tierra. Luego acometió la empresa más difícil de socorrer á Ruth.

La tentativa era en extremo peligrosa aun para un hombre fuerte y de nervio como don Antonio. Con mirada rápida y segura calculó el punto



Mister Morris permaneció atónito, con la mano siempre estirada...

de la orilla desde el cual debía partir para que la corriente lo condujera hacia el lugar donde brillaba al sol el cabello rubio de Ruth.

Tras de grandes esfuerzos y muchas tentativas inútiles, durante las cuales estuvo en serio peligro, don Antonio alcanzó á la niña. Llegó en el momento supremo; pudo precisamente

sujetar á Ruth y alzarla sobre su caballo en el instante mismo en que iba á perderse arrebatada por las aguas.

Con mucho trabajo don Antonio volvió á la orilla, llevando en sus brazos á la pequeñuela, cuya cabecita pálida reposaba contra su pecho, con los ojos cerrados. Lily, llorando y riendo á un tiempo, corrió á su encuentro. El gaucho envolvió á Ruth en su poncho y ordenando á Lily que le siguiera, emprendió á carrera tendida el camino del saladero.

## VI.

Cuando Mr. Morris llegó á casa para almorzar, halló á sus dos niñas en cama, Ruth durmiendo tranquilamente y Lily, colgada del cuello de su madre, refiriéndole entre sollozos la aventura de aquella mañana y la salvación de su hermanita.

Mr. Morris no era hombre de quedar debiendo nada á nadie. Por el contrario, era de opinión que todo servicio, grande ó pequeño, debía ser recompensado en una forma ú otra.

Don Antonio había salvado la vida á sus hijas; la retribución debía estar en proporción con la importancia de ese acto.

Como el gaucho distaba mucho de ser rico, Mr. Morris pensó que una buena suma de dinero sería la forma mejor, más cómoda y más conveniente de manifestar su gratitud, y dispuesto á proceder así, se echó al bolsillo cinco billetes

de mil pesos moneda corriente, tomó el tilburi y se dirigió al rancho de don Antonio.

El paisano fumaba tranquilamente, recostado contra el marco de la puerta, cuando el tilburi se detuvo frente al rancho.

—Usted ha salvado del río á mis niñas—dijo Mr. Morris.—Mi señora y yo se lo agradecemos mucho. Tome ésto como señal de nuestra gratitud—y le ofreció los billetes de banco.—Tome—insistió al ver que don Antonio no se movía.—Son cinco mil pesos... Si le parece poco, no tengo inconveniente en...

Se cortó, un tanto incómodo, porque el gaucho no hacía ademán de tomar el dinero. Miraba fijamente á Mr. Morris y la expresión semihumorística de sus ojos se transformaba gradualmente en una del más profundo desprecio:

—No, señor—contestó;—guárdese su plata. Más que agradecimiento, es un insulto.

Mr. Morris permaneció atónito, con la mano siempre extendida sujetando los billetes de banco. Durante medio minuto estuvo inmóvil, con los ojos clavados en ese hombre que desdeñaba su dinero; y luego, lenta, muy lenta, casi inconscientemente, el caballero inglés, educado, elegante, rico y orgulloso de su cultura, se descubrió ante el gaucho despreciado.



## 6.

**La última fiesta.**

## I.

Las niñas salían de la escuela. Las había grandes y chicas, de todas las edades, entre cinco y catorce años, morenas y rubias, vestidas con elegancia ó sencillez, con sombrero ó sin él: pero todas, sin distinción, vocingleras y azogadas, bajaban de dos en dos las gradas, atropellándose, corriendo, saltando, gritando. Al ver esa deliciosa confusión multicolor, hubiérase dicho que á las flores de un jardín se les había ocurrido la travesura de escaparse en ausencia del jardinero.

Salieron primero las chicas de los grados elementales, luego las más grandecitas, que ya debieran haber sido un poco más juiciosas, pero que eran precisamente las que más bulla hacían. Algunas se iban solas; otras, con la mamá ó la institutriz; á no pocas, el coche las esperaba en la puerta.

Entre las niñas del cuarto grado, bajó una rubia que por sí sola alborotaba tanto como diez de las otras juntas. Pasó entre los grupos haciendo á sus compañeras mil travesuras, cambió saludos alegres con todas y, entregando su canasta á la criada que la esperaba, ordenó:

--Vamos «á lo» de Enriqueta.

## II.

Enriqueta era, ó mejor dicho, había sido condiscípula de la rubia Celina. El invierno anterior había contraído una grave enfermedad, de la cual no se hallaba repuesta, viéndose obligada á faltar á las clases de la escuela.

Sus padres eran pobres ; á pesar de lo cual no desdeñaban la amistad de Enriqueta las niñas ricas de su clase, pues era tan servicial y amable, viva é inteligente, buena y modesta, que habría sido imposible no quererla. Cuando se supo en el cuarto grado que Enriqueta ya no vendría á la escuela, lo sintieron vivamente, y Celina más que ninguna. Ella tenía su asiento al lado de su amiga y más de una vez, ésta había venido en su ayuda cuando el problema de aritmética «no salía» por nada, ó cuando la rubia desordenada no tenía pluma, lápiz ó papel.

Desde entonces, Celina acostumbraba pasar casi todos los días á ver cómo seguía su amiga. Estas visitas eran la única alegría de la pobre enfermita, la que no se conformaba con no poder ir más al colegio. Cuando venía Celina, era cosa de nunca acabar: si la maestra estaba mejor, y si á Juanita la habían impuesto nuevas penitencias, y si estuvo bien el ejercicio de gramática que habían hecho juntas; que Anita había llevado por fin el vestido nuevo anunciado desde hacía tanto tiempo, y que no era ni la mitad tan lindo como había asegurado; y mil otras cosas

de esas que tienen tanta importancia á los once ó doce años.

### III.

Celina encontró á Enriqueta en cama. No era una cosa rara ; pero ese día Celina, aunque no acostumbraba fijar mucho su atención en nada, no pudo dejar de notar la palidez de su amiguita y los círculos negros que rodeaban sus ojos.

—¿Estás enferma?—le preguntó.

—No he dormido en toda la noche—repuso Enriqueta.—He tenido mucha fiebre y esta mañana vino el médico.

—¿Y qué dijo?

—Lo de siempre: que me cuide y coma mucho para ponerme pronto buena y poder jugar con las otras chicas. Pero yo no tengo ganas de comer y estoy tan cansada que no te lo puedes figurar.

La rubia calló, perpleja como todos los niños felices en presencia de la desgracia.

—Ya vas á mejorar—dijo al cabo de una pausa, y para cambiar la conversación, continuó:

—El jueves es 25 de Mayo.

—¡ Ah, sí! 25 de Mayo—repitió Enriqueta tristemente.—¡ Cómo me gustaría ver el desfile!

—¿Y por qué no vas?

—Porque no puedo estar tanto tiempo parada en la calle. ¡Y cómo me gusta ver los soldados! El año pasado ya estaba enferma y no pude salir.

Celina la miraba compasiva. De pronto tuvo una idea generosa.

—¿Sabes? Nosotros muchas veces, cuando no queremos ir á ver el desfile desde algún balcón, tomamos el coche y lo hacemos parar en una bocacalle, desde donde se ven bien las tropas. Si quieres, le pido á papá que nos lleve.

Celina esperaba, naturalmente, una acogida entusiasta de su idea; pero permaneció atónita ante el efecto que produjo.

Enriqueta mudó de color; de pálida que estaba, se volvió encarnada y otra vez blanca. Sus ojos se fijaron en Celina con la mirada de quien no se atreve á creer en una felicidad grande é inesperada. En pocos segundos, su semblante cambió diez veces de expresión, reflejando claramente todas las ideas y dudas que se cruzaban en su cabecita, y al último, las resumió todas en esta pregunta:

—¿De veras?

—Sí, de veras—aseguró Celina, muy satisfecha con el efecto de su propuesta.—Después, si quieres, iremos á Palermo—continuó generosamente, admirándose en secreto, al ver el júbilo de Enriqueta, de cómo podía uno entusiasmarse por cosas que á ella ya la tenían cansada. Luego recordó que su amiga era pobre y al momento se sintió muy importante en su papel de protectora.

La pequeña enferma hacía mil proyectos para el día de la fiesta. Lo más importante era el vestido; si serviría el blanco del año pasado, con la faja celeste; quedaría corto, seguramente; pero su

mamá podría alargarlo sin dificultad; de todos modos, sería bueno probarlo. Todo esto salía en un aliento, sin pausas, como un arroyuelo desbordado. Enriqueta consideró indispensable levantarse al punto, para probarse el vestido. Á duras penas su madre, que había escuchado encantada, pudo convencerla de que si se levantaba entonces, estaría enferma para el 25 de Mayo. Solamente así se conformó la pequeña, transportada al séptimo cielo de la felicidad, con la perspectiva de ir á ver el desfile.

#### IV.

La semana pasó entre proyectos y anticipaciones de fiesta. Enriqueta se levantó al otro día de la visita de Celina. El médico la halló muy atareada, descosiendo el dobladillo del vestido blanco. Parecía encontrarse muy bien; estaba animada y hasta tenía color en las mejillas; pero quien hubiera observado al doctor, habría notado en sus ojos una expresión de ternura y compasión.

En cuanto á Celina, se sentía tan satisfecha con la alegría de su amiguita, que ella misma se entusiasmó y ayudó á hacer proyectos.

Así llegó el 22 de Mayo.

Cuando Celina volvió de la escuela, le entregaron un sobre rosado, con cantos dorados. En la elegante cartulina que contenía, Mercedes Silvano la invitaba á presenciar el desfile desde los balcones de su casa de la calle Florida, junto con un grupo de amiguitas.

Celina dió un salto de alegría y entró como un torbellino en la pieza donde su mamá estaba co-siendo.

— ¡Mamá! ¿Has visto la invitación?

La señora leyó la tarjeta y miró á su hijita.



— ¡Ah, sí! 25 de Mayo! — repitió Enriqueta tristemente. — ¡Cómo me gustaría ver el desfile!

— ¿Y Enriqueta? — preguntó gravemente.

La cara risueña de Celina se demudó de pronto. Había olvidado por completo á Enriqueta.

— Has prometido á esa niña llevarla en coche á ver la parada. La pobrecita está tan contenta, ¿y ahora no quieres cumplir?

— Sí... bueno... pero... — murmuró Celina,

doblando y desdoblado un pedazo de cinta, sin levantar los ojos y con una pequeña arruga entre las cejas que la hacía parecer mucho menos bonita.

Su madre no dijo nada y siguió cosiendo.

—Todas las niñas van á estar allí—prosiguió Celina.

—Entonces lleva á Enriqueta contigo.

—¡Mamá! ¿Qué dirían si voy con esa chica que no es amiga de ellas?

—Celina, ¿no tienes vergüenza?

La rubia bajó la cabeza.

—Podría llevarla á pasear otro día.

—Enriqueta quiere ver el desfile.

—Pero siempre lo puede ver, el 9 de Julio hay otra vez parada.

—Mi hijita, tu amiga está muy enferma: quien sabe si... — la señora se corrigió:—si podrá salir el 9 de Julio.

Celina miró á su madre, sorprendida é impresionada por su tono grave. Algo había en esas palabras que la asustó. Sin embargo la tentación era demasiado grande.

—Entonces ¿qué hago? — preguntó medio llorando.

—Lo que quieras.

—Bueno, pero ¿qué te parece á ti?

—Haz como quieras—repitió su madre.

Celina se retiró de muy mal humor. ¿Renunciar á la fiesta? Era demasiado pedir. Y si llevaba á Enriqueta ¿qué cara pondrían sus amigas elegantes y ricas?

¡Bah! el 9 de Julio vendría pronto y entonces cumpliría su palabra.

## V.

El día 23, Celina no se animó á ir á ver á Enriqueta. El 24, como de costumbre, hubo fiesta en la escuela. Celina fué, pero no se divirtió mucho y volvió á casa callada y mohina. Su madre la observaba á escondidas. Quería que su hijita resolviese por sí sola y esperaba con bastante ansiedad lo que dictaría á la niña mimada su co-razoncillo bueno, pero un poco egoísta.

—¿Y? ¿Qué hacemos mañana?—preguntó el dueño de casa en la mesa.

—Yo voy á ver la parada—gritó Alberto, el hermanito de Celina.

—¿Y tú, Celina?

—Yo... estoy invitada en casa de Mercedes—contestó la niña, muy atareada en pelar una naranja. Su padre advirtió su turbación.

—¿No ibas á llevar á esa amiguita enferma, á ver el desfile?—preguntó, recordando de pronto una conversación de algunos días antes.

Celina se puso encarnada y no contestó. Sus padres cambiaron una mirada de inteligencia y no la interrogaron más.

Cuando Celina se despidió de su madre, para ir á acostarse, ésta conoció en su carita preocupada y tímida que la niña tenía algo que decirle. No se había equivocado. Avergonzada y confusa,

en voz muy baja, Celina anunció su propósito de llevar á Enriqueta á casa de Mercedes.

—Pero—añadió—¿qué dirá la señora?

Su madre, feliz porque su hija había dominado su egoísmo, quiso aliviarla de su inquietud y le prometió hablar con la madre de Mercedes.

Aquella noche, Celina se durmió contenta.

## VI.

Enriqueta se inquietó un poco al ver que su amiga no venía ni el día 23 ni el siguiente; pero se tranquilizó pensando que Celina estaría ocupada y que al fin y al cabo, lo principal era que no faltase el 25.

El día patrio llegó, templado, radiante, sin nubes, como un último saludo del suave otoño que se iba. Enriqueta estaba vestida desde la mañana. Se había negado resueltamente á ponerse otro vestido que el blanco, y su madre, demasiado contenta al ver tan animada y feliz á su hijita enferma, le hizo el gusto.

Celina había prometido venir á las doce y media.

Á las doce próximamente, Enriqueta se hallaba asomada á la ventana, cuando acertó á pasar una condiscípula de ella y de Celina, y se paró un momento á conversar.

—¿Tan paqueta, *ché*? ¿Vas á ver el desfile?

—Sí, me viene á buscar Celina — repuso Enriqueta con no poco orgullo.

—¿Celina? ¿Estás segura?

— Sí, me lo ha prometido.

— Pero si Celina está invitada á ver el desfile desde los balcones de Mercedes Silvano.

Enriqueta quiso responder; pero le faltó la voz. Parecíale que le hubieran dado un golpe en la cabeza. Se puso tan pálida que su amiga se asustó.

— Entonces... entonces, ¿crees que Celina no viene ?

— Puede ser que venga — contestó la niña, que se sentía incómoda ante el semblante demudado de Enriqueta. — Sí, ha de venir. Bueno, adiós, que te diviertas — y echó á andar tras de los suyos.

Enriqueta se apartó de la ventana; le parecía que ya no había sol en el cielo.

— ¿Qué tienes, Enriqueta ? — preguntaron sus padres asustados al verla entrar tan triste. — ¿Qué te ha sucedido ?

La chica no contestó; sólo dos gruesas lágrimas asomaron á sus ojos y corrieron lentamente por sus mejillas.

Después de muchas instancias, los padres supieron por fin la causa de su aflicción. Trataron por todos los medios imaginables de consolarla. Que no llorara; papá había cobrado algún dinero el día anterior y tomarían un coche; no por antojo de Celina se quedaría Enriqueta sin ver el desfile. Y por la noche irían á ver la iluminación y después una sección en el teatro. Sería un verdadero día de fiesta.

Pero Enriqueta á todo movía la cabeza. No,

no sería ya lo mismo. La alegría había desaparecido; y mientras sus padres censuraban amargamente á la niña rica que con tanta ligereza prometía sin pensar en cumplir, Enriqueta fué á quitarse su lindo vestido blanco con faja celeste, que no le causaba ya ningún placer.

Eran las doce y media; Celina estaría ya en camino á casa de su amiga. ¡Cómo se divertiría! Era natural que prefiriese la compañía de las niñas ricas á la de ella. Ahora comprendía por qué había faltado los últimos días.

Pasaban coches y tranvías llenos de gente: un escuadrón de caballería cruzó al trote. Enriqueta ni aun se asomó para verlo. Todo le era indiferente.

Pero ahora, ¿qué era eso? Cascabeles y cadenas de plata, pasos pesados de caballos de raza, un coche que llegaba velozmente y se detenía ante la puerta; en seguida una voz alegre de niña que gritaba:

— ¡Enriqueta! ¡Vamos!

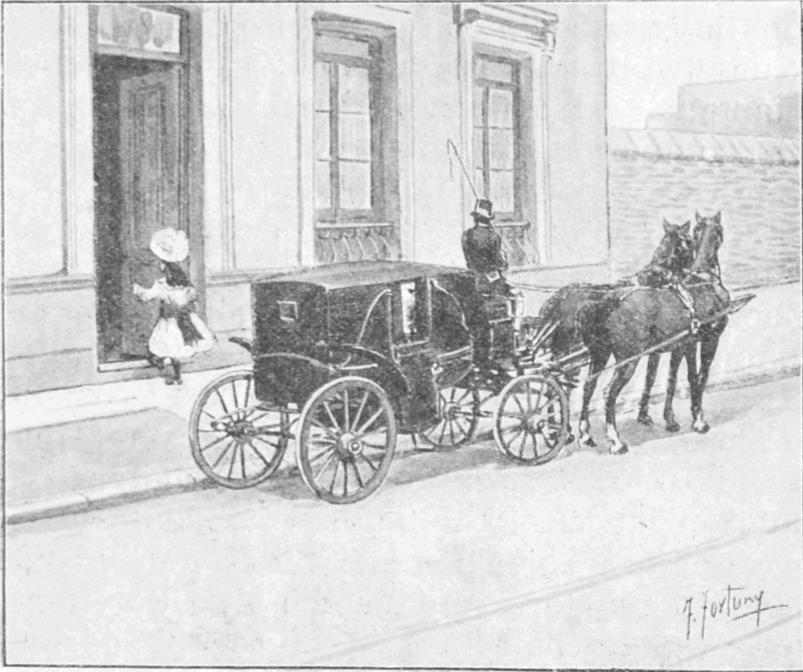
Era Celina quien venía á buscarla.

Como en sueños, Enriqueta se dejó vestir de nuevo y sin saber bien cómo, se halló en el coche con Celina y su mamá.

Mientras trataba de convencerse de que no estaba soñando, su amiga le explicó á donde iban.

La transición de la tristeza á la felicidad fué tan repentina como había sido el desencanto. Enriqueta tuvo una verdadera explosión de júbilo, de tal manera, que contagió también á Celina é hizo sonreír á la señora.

Cuando llegaron, ya todas las niñas estaban reunidas. La dueña de casa había aprovechado la ocasión para hablarles de Enriqueta y suplicarles que se mostrasen amables con la pequeña enferma.



— ¡ Enriqueta ! ¡ Vamos !

Las niñas lo hicieron á tal punto, que Enriqueta se halló inmediatamente á sus anchas y también Celina se vió libre de su secreta inquietud.

Á lo lejos se oían ya las músicas militares.

— ¡ Ahí vienen ! ¡ Ahí vienen !

Al momento los balcones se llenaron de chi-

quillas graciosas y veinte pares de ojos chispeantes se fijaron en las tropas que avanzaban.

Enriqueta era feliz, feliz á más no poder, feliz sin deseos. No se sentía débil ni enferma, no le atormentaban los dolores al pecho y había olvidado por completo el mal rato pasado. Gozaba intensamente con el cuadro animado que se desenvolvía ante sus ojos. Ya se acercaba la infantería. ¡Qué derecho marchaban los soldados, cómo brillaban las armas, cómo agitaba el viento los girones de la vieja bandera gloriosa! Al sonido vibrante de los clarines y al redoble grave de los tambores se mezclaban las exclamaciones de la multitud y el sordo rodar de los cañones que se aproximaban. Y ahora, la caballería, el encanto de Enriqueta: coraceros con armas resplandecientes, granaderos con uniformes históricos; lanzas erguidas, banderolas que flotaban al viento, hermosos caballos que se encabritaban bajo la mano fuerte de los jinetes. ¡Y el ruido, el movimiento, el brillo y tanto sol y tanta gente! En esa hora feliz olvidó toda la tristeza que tan bien conocía ya, á pesar de sus pocos años.

Pasado el desfile, las niñas se reunieron alrededor de la mesa y el comedor pareció entonces convertido en una enorme pajarera. Cada cual charlaba, reía y gritaba por su cuenta y entre todas se distinguía la vocecita fina y aflautada de Enriqueta, quien con su gracia é ingenio divertía mucho á las otras.

Como era temprano y el día tan hermoso, la

madre de Celina propuso á ésta llevarla á Palermo con algunas de sus amigas.

La enfermita no cabía en sí de gozo. Su alegría se comunicaba á las demás ; ella era el centro del grupo.

Así pasó ese día de luz y llegó el momento en que el coche volvió á detenerse ante la casa de Enriqueta. Los padres de ésta acudieron para recibir á su hijita y dar las gracias á Celina y á su madre.

— ¡Adiós! — gritaron las niñas.

— Hasta mañana — agregó Celina.

— Hasta mañana — repuso Enriqueta, respondiendo á los saludos que desde lejos le hacían las muchachas.

Encantados, sus padres escucharon todos los detalles de la fiesta, cobrando nuevas esperanzas al ver tan animada y alegre á su pequeña enferma.

— ¡Qué lindo día! — murmuró Enriqueta, ya medio en sueños, cuando al fin, cansada y feliz, se halló en cama. Y se durmió.

## VII.

Al día siguiente, antes de ir á la escuela Celina hizo una escapada para ver cómo estaba su amiga y le extrañó notar grupos de personas que hablaban en voz baja, delante de la casa.

Al reparar en Celina, á la cual todos conocían, parecieron consultarse entre sí. Una mujer se adelantó hacia ella y le dijo :

— Mejor es que no entre, niña.

— ¿Por qué? — preguntó Celina asombrada.

— Porque... — la mujer evidentemente no sabía cómo expresarse. Celina creyó oír gritos en la casa.

— ¿Qué hay? — exclamó, presa de un vago temor.

— Enriqueta ha muerto — prorrumpió la vecina.

Celina entreabrió los labios y fijó sus ojos espantados en la mujer. Sintió frío en todo el cuerpo ; por un momento no pudo pensar. Luego, junto con un dolor intenso, le vino como un relámpago, este pensamiento :

— ¡ Si no hubiese cumplido ayer !



## 7.

**La Laguna del Oro.**

## I.

Existe en el norte de la República un pequeño lago, ó mejor dicho una laguna, á la cual los habitantes de aquellos lugares llaman «La Laguna del Oro». Es un paraje de belleza agreste y sombría. Rodeada de montañas escarpadas y cubiertas de vegetación, la laguna ocupa un hueco casi circular, profundo y misterioso. El agua, tranquila, fría, sin corriente, de un verde obscuro aterciopelado, jamás azotada por la tempestad, lame con ondas apenas perceptibles el pie de las rocas cortadas á pico. Nada se oye allí sino el rumor suave del agua y del follaje del bosque que comienza más arriba. No hay desagüe visible, arroyo ni manantial.

Los naturales aseguran que tiene comunicación subterránea con uno de los grandes ríos de la región. No hay playa, no hay ensenadas, y sólo al oeste una estrecha quebrada permite el acceso á la laguna.

Durante todo el día ésta permanece sumida en la penumbra; la luz es atajada por las montañas elevadas y los grandes árboles que se inclinan sobre el precipicio. Únicamente cuando el sol está en el ocaso, sus rayos penetran á través de la estrecha abra y el agua resplandece

entonces con fulgores de fuego; una luz anaranjada deslumbradora llena el espacio circular de reflejos fantásticos. Esto dura pocos minutos: el sol se hunde, los rayos se deslizan á lo largo de las rocas dorando las hojas finas de los helechos que brotan entre las grietas, desaparecen luego y todo vuelve á quedar en la sombra.

En el fondo de la laguna —según una leyenda local—yace desde hace muchos siglos, un tesoro inmenso y el que conociera la fórmula mágica y la pronunciara á orillas del agua, en el momento preciso de la iluminación fantástica, se haría dueño de fabulosas riquezas.

## II.

En los tiempos anteriores á la conquista habitaban aquellas regiones numerosas tribus de indios, vasallos de los Incas, cuyo dominio se extendía hasta Tucumán y Córdoba. Constituían una raza valiente, con un grado de civilización bastante adelantada. Regíalos un «curaca», respetado y querido por su pueblo, é inmensamente rico. En su casa veíase por doquier objetos de oro y plata, cobre y bronce, cerámica preciosa, pieles finas, trabajos maravillosos de plumas y tejidos de colores brillantes y trama delicada.

Como el más valioso de sus tesoros, consideraba una urna de oro macizo, que provenía del Perú y á la cual la tradición atribuía virtudes sobrenaturales. Se decía que en otros tiempos

había pertenecido al Inca Huiracocha, el cual la había regalado á un ascendiente del curaca actual, en señal de agradecimiento por un importante servicio que le prestara. Desde entonces había pasado de generación á generación como



Hombres audaces y atrevidos cruzaban las espesuras de sus selvas vírgenes...

un legado de inestimable valor, no sólo material, sino moral. Mientras existiera intacto este tesoro, gobernarían en paz los curacas, y el pueblo viviría bajo su amparo, tranquilo y feliz; mas el día en que cayera en manos enemigas, perecería la dinastía y un pueblo extraño y más poderoso reinaría soberano en *Tahuantisuya*.

Todos los años en la gran fiesta del Sol, cuando el pueblo se reunía en banquete y ricos y pobres se sentaban juntos fraternalmente, sin odios ni rencores, la urna sagrada era puesta en exhibición, custodiada por jóvenes guerreros que se disputaban este honor. El pueblo iba á visitarla en una especie de peregrinación, á convencerse de que el tesoro, que era considerado como una propiedad nacional, existía aún.

### III.

Todas las razas americanas tenían una tradición, cuyo origen se perdía en la bruma de los tiempos. Un día debían llegar de tierras lejanas hombres de lengua extraña, piel clara y costumbres y creencias desconocidas, que conquistarían las naciones indígenas. Según unos, un dios benéfico anunciaba de ese modo su llegada; según otros, era un espíritu maligno que traería consigo la destrucción y la muerte. Los pueblos que vivían á las orillas del mar, esperaban á los forasteros del otro lado del océano, de regiones fantásticas é ignotas; en las naciones del interior, debían venir de allende las montañas ó de los desiertos ó de más allá de las inmensas selvas vírgenes. El fondo de la leyenda era siempre el mismo, bajo diversas formas.

---

## IV.

Sin que lo sospecharan los quichuas, la antigua leyenda se estaba convirtiendo en realidad. Los misteriosos forasteros ya habían pisado las costas del continente americano. Hombres audaces y atrevidos cruzaban las espesuras de sus selvas vírgenes, desafiaban los obstáculos que les oponía la naturaleza salvaje y la tenacidad de los habitantes que luchaban por la libertad de su suelo nativo, y penetraban en el corazón de esas regiones desconocidas, en busca del oro que suponían acumulado en inmensos tesoros.

Un día del año 1532, un chasqui trajo del Cuzco la noticia de que llegaban del norte hombres nunca vistos, que respondían exactamente á la descripción recordada por la leyenda.

En el pueblo se levantó un sordo rumor de inquietud, y se hicieron sacrificios humanos al Sol para aplacar su ira y apartar la desgracia que amenazaba á la «Nación de las Cuatro Partes del Mundo».

Poco después se supo que el Inca Atahualpa había caído prisionero de los invasores. Todo el país estaba en conmoción. Los guerreros, que ardían en deseos de combatir por su soberano, se prepararon para marchar al norte.

---

## V.

Contrariamente á la costumbre de los nobles, el curaca tenía una sola esposa, á la cual quería con ternura.

Cuando se recibieron del Cuzco las primeras noticias funestas, la frente serena de la joven Inca comenzó á nublarse. Tuvo sueños de mal agüero y presentimientos sombríos la atormentaron. El curaca trató de tranquilizarla y hacerla olvidar sus preocupaciones.

—Tú estás inquieta—le decía;—la mala nueva te ha alarmado. Pero no desesperes, de todos lados llegan los guerreros: pronto el Inca estará libre y los invasores muertos ó prisioneros.

—Yo he soñado que las hojas caían de los árboles en todo su verdor—repuso Inca,—y esto significa desgracia.

—Los sueños engañan á menudo—dijo el curaca.—No todos son enviados de los dioses.

—Pero éste sí lo era—insistió Inca.—Y ayer—continuó—vi una bandada de pájaros que volaban hacia el norte. De pronto se detuvieron, parecieron vacilar y luego se desbandaron en todas direcciones. Un sacerdote me explicó que una calamidad nos amenaza.

—También los sacerdotes pueden equivocarse—la tranquilizó el curaca, disimulando su propia inquietud, pues como todos los indios, creía firmemente en los sueños y presagios.

Antes de partir para el norte con sus tropas,

encomendó á Ima, la cual era inteligente y resuelta, que velara por la urna sagrada. La hizo prometer que antes de dejarla caer en manos de los enemigos — en el caso de que éstos llegaran hasta allí — la arrojaría á una laguna sombría, oculta en medio de la sierra. Ella se lo juró y el curaca se puso en marcha.

## VI.

Transmitida de posta en posta por los chasquis veloces, llegó á la lejana provincia otra noticia: El Inca Atahualpa había prometido al jefe de los forasteros, en cambio de su libertad, una sala llena de oro y dos piezas más pequeñas, llenas de plata. Se habían despachado comunicaciones á los cuatro vientos para recoger en todo el imperio cuanto hubiere de metales preciosos.

Nadie se opuso, nadie murmuró cuando llegó la orden de entregar los tesoros para rescatar al príncipe venerado, al Hijo del Sol. Caravanas interminables cargadas de riquezas maravillosas, que iban aumentando á su paso, cruzaban el país en todos los sentidos, atravesando montañas casi inaccesibles, bosques enmarañados, desiertos inmensos, abismos sobre los cuales colgaban puentes de mimbre, y ríos torrentosos que se precipitaban entre peñascos y escollos.

Una de aquellas caravanas llegó también á casa del curaca, donde recibió numerosos objetos de oro y plata.

El guerrero encargado de la recolección notó que Ima apartaba una urna de oro de gran valor.

Nunca había estado en aquellos lugares é ignoraba las propiedades sobrenaturales que el pueblo atribuía á la vasija sagrada.

—¿Por qué apartas esa urna?—preguntó á la mujer del curaca.

—¿No lo sabes?—repuso ésta, sorprendida de que pudiera haber alguien que no conociera ese objeto venerable. Luego le explicó por qué lo reservaba.

Mas al guerrero poco le importaba de eso. Tenía orden de recoger todos los objetos de oro y plata, y no podía permitir que fuese apartado uno tan grande y de tanto valor, sólo porque se relacionara con él alguna tradición local.

—Eso no me atañe á mí—repuso. — Dame esa urna.

—No. Llévate todo lo demás, lo doy gustosa para el rescate del Inca nuestro señor. Únicamente esta vasija he jurado no entregarla jamás.

—En el nombre del rey te ordeno que me la entregues.

—No, no te la daré.

Viendo que Ima no consentía en desprenderse de la urna á las buenas, el guerrero trató de arrebatársela á la fuerza. Mas los servidores de la casa se interpusieron y se trabó una verdadera lucha á mano armada. El ruido del combate atrajo gente que, enterada de la causa, tomó parte en favor de Ima. Los guerreros del norte fueron atacados con furor; se defendieron vale-

rosamente y pronto la casa resonó con los gritos y los golpes. En la confusión de la riña, Ima pudo escapar con el tesoro. Estaba resuelta á cumplir su juramento de arrojarlo al lago antes de dejar que cayera en manos de los forasteros que tenían cautivo al Inca.



... y empuñando la vasija de oro, se arrojó con ella al agua...

## VII.

Mas el jefe la había visto huir y la siguió. Ima le llevaba mucha ventaja. Corría con velocidad increíble á través del valle y subió ágilmente una cuesta empinada. El guerrero podía

apenas seguirla y varias veces estuvo á punto de perderla de vista. Ella se internó por una quebrada estrecha que bajaba hacia lo que parecía un vallecito encerrado en el seno de la montaña; mas luego apareció á los ojos del jefe indio la superficie lisa y opaca de un pequeño lago de forma circular, que se tendía como una alfombra de raso verde obscuro entre murallas de roca gris. Una semiclaridad fría y húmeda llenaba aquel paraje misterioso, sobre el cual se cernía el silencio absoluto.

El guerrero alcanzó á Ima en el momento en que ésta ponía el pie en la orilla del lago y levantaba el brazo con la urna.

El la sujetó y forcejearon breves instantes. Entonces la mujer del curaca, viendo que no podría sostener con éxito una lucha tan desigual, tomó una resolución suprema. Con un movimiento repentino se desprendió de las manos del guerrero y empuñando la vasija de oro, se arrojó con ella al agua, la cual, herida de golpe, saltó como la de una fuente, se agitó con rumor de voces bajas y excitadas, se formaron círculos pequeños que aumentaban gradualmente en diámetro y por fin todo el hervor se calmó y el lago presentó como antes su superficie inmaculada y tersa.

El jefe permanecía en la orilla, sin haberse repuesto aún de su sorpresa mezclada con despecho, cuando un fenómeno inesperado llamó su atención.

El pozo profundo se iluminó de pronto con

una claridad extraña. Una luz color de oro llenó el círculo de piedra; un brillo intenso, enceguecedor reverberaba en el agua y encendía chispas en el cuarzo de las rocas.

El mágico espectáculo duró sólo breves instantes. El resplandor ígneo fué apagándose gradualmente, el color de oro palideció; algunos débiles rayos de luz vibraron aún durante algunos instantes iluminando las piedras y desaparecieron por fin, dejando en la sombra el pequeño lago.

El guerrero contempló absorto este fenómeno incomprensible para él. De pronto se le ocurrió que esa iluminación fantástica provenía de la urna sagrada que la joven había llevado consigo al arrojarse al agua; creyó haberse atraído la ira de los dioses y, sobrecogido de espanto, olvidando su altivez de guerrero, volvió la espalda al lago misterioso y huyó precipitadamente á través de las rocas escarpadas.



## 8.

**De vasallo á hombre libre.**

## I.

Junto á la ventana de una lujosa sala, conversaban una tarde de Junio de 1810 dos lindas niñas de diez y seis y diez y siete años respectivamente.

—¡ Cuánto tiempo hace que no vienes !—dijo la menor, una preciosa rubia.—Tengo muchas cosas que contarte.

—¡ Qué quieres, Juanita !—respondió la otra, que era de un tipo diametralmente opuesto al de aquélla.—No puedo venir todas las veces que quisiera por no dejar solo á abuelito.

—¿ Pero por qué no viene él también ? ¿ No es él un viejo amigo de la casa ?

—Sí, pero sale muy poco ahora. Los acontecimientos del 25 de Mayo le han afectado mucho.

—¿ Por qué ? ¿ No está contento ?

—¿ Contento ?—exclamó la morocha.—¿ De qué quieres que esté contento ?

—¡ Pues, de esta revolución ! Papá dice que ahora vendrán tiempos nuevos, de más libertad y progreso, y que todos los hijos del país debemos regocijarnos.

—Olvidas que abuelito no es hijo del país—observó su amiga con cierta frialdad.

—Bueno, pero tú lo eres. ¿ Ó acaso no eres criolla, Pilar ?

—¿ Yo criolla? ¡ Qué idea!—dijo Pilar airada.

—Vaya. no te enojés. Yo creía que todos los nacidos aquí eran criollos.

—Pero yo no quiero serlo. Mi abuelo es de la nobleza española, mis padres lo fueron y yo tam-



Juanita corrió hacia él y lo abrazó.

bién lo soy. ¿ Cómo quieres entonces que abuelito y yo estemos contentos porque la colonia se ha rebelado contra el rey?

—¡ Pero si no hay tal cosa! Papá dice que la Junta se ha constituido precisamente en el nombre del rey.

—Y entonces ¿ por qué han destituido al virrey?

Á esta pregunta la rubia no supo contestar, y por tanto la eludió con habilidad.

—No nos peleemos por eso—dijo.—¿Ó acaso no seremos más amigas porque tú piensas de un modo y yo de otro?

—¡ Oh no, no!—exclamó Pilar abrazando á Juanita,—dejemos eso para los hombres. Cuéntame más bien algo de tu hermano.

Juanita se dió un golpecito en la frente.

—¡ Pero si es cierto ! Llegó esta mañana ; nos ha tomado de sorpresa. Figúrate nuestra alegría. —Y comenzó á hacer á Pilar una descripción entusiasta de su hermano, mayor que ella de varios años, que había cursado los estudios superiores en la universidad de Chuquisaca. En lo más interesante del relato se presentó en la sala un joven que reía alegremente.

—Me parece que mi hermanita me está elogiando demasiado—dijo.—Es tiempo de que yo mismo venga á rectificar las cosas.

Juanita corrió hacia él y lo abrazó.

—¿ Te acuerdas de María del Pilar Castillos ? —preguntó.

—¡ Cómo no !

Pero á pesar de esta respuesta, el joven se detuvo asombrado ante la niña á quien recordaba como una chicuela y á la cual volvía á ver convertida en una señorita muy linda y muy formal. También Pilar tuvo dificultad en reconocer en aquel joven gallardo y caballero al buen amigo de su niñez. Al principio hubo cierto embarazo, pero poco á poco volvieron á hallarse á sus

anchas el uno al lado del otro; sólo que evitaban el *tú* familiar y se hablaban formalmente de *usted*. Entre risas y bromas se hicieron recordar mutuamente las peripecias y percances de sus juegos de antaño. Luego Alejandro habló de sus estudios y de su viaje y por fin la conversación recayó en los sucesos de los días de Mayo.

Ya le he explicado á Juanita que abuelito y yo somos partidarios del rey.—dijo Pilar.

—Admito que lo sea el señor de Castillos; ¿pero Vd. también?

—Yo también. Abuelito dice que los criollos son rebeldes y yo me atengo á lo que dice él.

—Entonces reñiremos—dijo Alejandro en tono de broma.

—Reñiremos—repuso ella con una mirada de desafío. Luego, con más dulzura, añadió:—Le aconsejo que cuando converse con abuelito no aborde ese tema.

Poco después Pilar se retiró, pidiendo á Juanita que fuera á verla.

## II.

Don Luis de Castillos llegó al Río de la Plata con el primer virrey, D. Pedro de Cevallos. Había, pues, conocido el régimen colonial en todo su apogeo, y jamás hubiera entrado en su mente la idea de que un día España pudiera dejar de ser la soberana de América. Cuando en Mayo de 1810 comenzó el movimiento de emancipación, se re-

sistió primero á creerlo, y ante la realidad de los hechos declaró que no sería duradero el nuevo estado de cosas y que muy pronto España volvería á reducir á la obediencia á sus colonias rebeldes. Supo con indignación los sucesos del 24 y 25 de Mayo, la formación de la Junta y sus primeros decretos. Le indignaba asimismo el entusiasmo popular, las ideas de libertad y progreso predicadas por los hombres nuevos que surgían. No comprendía esa corriente de vida fresca y generosa que barría como un viento purificador la colonia somnolienta.

Su nieta María del Pilar, único miembro sobreviviente de una larga familia, había sido educada por el anciano según sus principios severos. No tenía otra opinión ni otra voluntad que la de su abuelo y todavía no se había formado un juicio propio sobre el mundo.

Algunos días después de la visita de Pilar en casa de su amiga, vino Juanita con su hermano Alejandro. Don Luis quería mucho al joven y le recibió cariñosamente.

— Yo le recordaba á Vd. muchacho — dijo después de los primeros saludos, — y ahora le veo convertido en hombre. ¿Qué piensa hacer Vd. ahora? ¿Supongo que primero querrá descansar algunos meses?

— ¡Quién sabe, don Luis! No están los tiempos comó para descansar. Hay mucho que hacer para los hombres de energía y buena voluntad.

— Es verdad — repuso el anciano. — Restable-

cer el poder del rey, dar en tierra con esta rebelión...

— Pero yo no pienso así — interrumpió Alejandro. En seguida recordó la advertencia de Pilar, de no abordar ese tema y sintió haberlo hecho.

— Nosotros los jóvenes... — comenzó ; pero don Luis le cortó la palabra.

— ¡ Ah sí ! ya comprendo. Vd. también es de los que se dejan ofuscar con bandos y proclamas, con dianas y escarapelas celestes. También á Vd. se le ha subido á la cabeza eso de libertad y pueblo soberano ¿ verdad ?

— Confieso que soy del partido nuevo — contestó Alejandro, dejándose arrastrar á pesar suyo.

— En lo cual obra Vd. muy mal — observó don Luis.— Precisamente los hombres jóvenes é inteligentes como Vd., que han estudiado, no debieran dejarse impresionar como el vulgo por palabras huecas y altisonantes.

— ¿ Y por qué no hemos de regirnos según nos convenga los hijos del país ? España no puede gobernarnos ahora : constituyamos, pues, un gobierno propio hasta que se halle otra vez en estado de hacerlo.

Á esto repuso don Luis que el hecho de destituir al virrey y armar expediciones para incitar á los pueblos á la resistencia, era un acto de rebelión. Alejandro se entusiasmó y explicó al anciano los anhelos, los ideales, las esperanzas de la juventud. Don Luis sostuvo

que esas aspiraciones eran criminales y merecían el castigo más severo. Después de una discusión larga y apasionada, los dos se separaron sin haber podido comprenderse mutuamente. Encarnaban el uno el tiempo viejo que se iba, y el otro la era nueva que llegaba. No era posible ponerse de acuerdo.

Pilar no había perdido una sola palabra de lo que decía Alejandro. Era la primera vez que veía las cosas desde este punto de vista, y se asombró de cuán diferentes parecían así. Una vaga idea surgió en su mente, de que no todo lo que decía su abuelo acerca de los derechos de España fuese exacto y que pudiera estar en un error. Esto no fué, empero, al principio, sino una impresión indefinida. Las antiguas ideas se hallaban demasiado arraigadas en ella para poder ser arrancadas de pronto.

Desde entonces, don Luis veía con desagrado las visitas de Pilar en casa de Juanita ; pero no las prohibió por no privar á su nieta del placer de ver á su amiga más querida.

Siempre que Pilar se encontraba con Alejandro, sostenía con él disputas acaloradas sobre política. No quería confesar, naturalmente, qué su modo de ver se modificaba más y más y que en el fondo ya no era realista sino patriota. Contribuía á este cambio — fuerza es decirlo — la persona del joven, cuya franqueza, caballerosidad y nobleza de sentimientos le inspiraban cada vez mayor simpatía.

Un día sorprendió á su abuelo declarándole

inesperadamente que los patriotas no dejaban de tener alguna razón en sus pretensiones.

Don Luis miró á su nieta, demasiado asombrado para poder hablar. Luego se irritó mucho, le echó en cara su falta de lealtad por su rey y le prohibió terminantemente volver á decir semejante cosa.

### III.

Alejandro se había alistado en el ejército que debía conducir al Paraguay el general Belgrano.

Días antes de marchar, halló á Pilar sola, la dijo con sencillez y franqueza que la amaba y le preguntó si quería ser su esposa. Ella no ocultó tampoco el cariño que le profesaba y con la misma sencillez le respondió que sí.

Los novios resolvieron guardar el secreto ante don Luis, temerosos de una negativa. Mientras Alejandro estuviera en el Paraguay, Pilar prepararía el ánimo del anciano, para que acogiera favorablemente el noviazgo.

Alejandro partió, pues, á la guerra, lleno á la vez de pesar y de esperanza, y para Pilar comenzó un tiempo de inquietud y angustia. Sólo muy de tarde en tarde llegaban noticias de la expedición, inseguras y contradictorias. Una daba al ejército por victorioso, otra lo decía totalmente destruído; otra, que todos los soldados estaban prisioneros. El único consuelo de Pilar era conversar con Juanita, cuya charla alegre la distraía y le infundía ánimo. El tiem-

po pasó entre alternativas de esperanza y desaliento. El ejército del Paraguay obtuvo un armisticio honroso y regresó á Buenos Aires, y Pilar tuvo la alegría de ver á su prometido, después de tantos meses de separación.

Alejandro venía resuelto á pedir á don Luis la mano de su nieta. Pilar hubiera preferido esperar aún, pues su abuelo no había cambiado de ideas, y la única vez que ella se atreviera á hablarle de Alejandro, le había respondido con dureza hiriente. Su novio, sin embargo, quiso poner término á las dudas y Pilar cedió con el corazón oprimido, pues conocía al anciano y temía que pudiera hacer á su prometido algún desaire cruel.

Así sucedió en efecto.

Don Luis escuchó á Alejandro hasta el fin, sin interrumpirle ni una sola vez.

— Desengáñese, joven— respondió fríamente.— Pilar es vástago de raza noble y no será jamás la esposa de un vasallo en armas contra su rey.

Alejandro palideció.

— ¿ Es éste el único motivo porque me niega Vd. la mano de su nieta ?

— El único, y le considero más que suficiente.

— ¿ Me la negaría Vd. aun el día en que yo dejase de ser vasallo ?

— Ese día no llegará nunca — respondió don Luis. — Aténgase Vd. á la segunda parte de mis palabras: « un vasallo en armas contra su rey ».

Alejandro comprendió. Se le daba una esperanza si abandonaba la causa de los patriotas

y abrazaba la del rey. Pero eso no podría suceder nunca, pues se haría despreciable á los ojos del mundo y á los suyos propios. Sólo le restaba atenerse á la declaración de que Pilar no sería jamás la esposa de un vasallo.

—Un día vendrá en que los criollos no seremos vasallos —dijo— y entonces Vd. no tendrá ya derecho á negarme lo que le pido.

—Ya le he dicho que ese día no llegará jamás —repuso don Luis con altivez.

—Pues yo le digo á Vd. que sí llegará—insistió Alejandro; y saludando, se retiró precipitadamente, exasperado y temeroso de perder su calma ante la fría serenidad del anciano aristócrata.

#### IV.

Cuando Belgrano fué nombrado general en jefe del ejército del Norte, Alejandro se incorporó á las tropas. Al patriotismo se unía ahora el amor, impulsándole á poner de su parte cuanto pudiera para ver libre á su patria. No logró ver á Pilar antes de marchar, pues don Luis había prohibido á su nieta visitar á Juanita mientras estuviese allí el hermano; pero Alejandro le escribió cuanto había ocurrido en su entrevista con el anciano, agregando que no perdiese la esperanza, pues llegaría la hora de verse reunidos para siempre.

Don Luis se volvía cada día más sombrío y taciturno. No se conformaba con el nuevo orden de cosas. ¡Qué! Él, un español de ilustre cuna,

que había desempeñado cargos elevados en la administración del virreinato, á quien habían honrado con su amistad Cevallos, Vértiz, el marqués de Loreto y el malogrado Liniers.... ¿él habría de reconocer el gobierno de los rebeldes? ¡No, nunca, nunca! Y afirmábase en su resistencia vana, obstinada é inútil, luchando contra lo que no podía remediar y esperando contra viento y marea ver restablecido el poder del rey. Olvidaba en su ceguera los esfuerzos heroicos que poco antes hiciera su propia patria para librarse del yugo de Napoleón.

Á este dolor se unía el que le causaba su nieta. Ésta se negó terminantemente á aceptar la mano de varios jóvenes españoles que sucesivamente la pidieron en matrimonio, y declaró que permanecería fiel á su prometido. Á pesar de su dulzura, era tan enérgica como su abuelo. Era sumisa, dócil y obediente; pero en ese único punto estaba resuelta á no ceder.

De Alejandro le llegaban noticias de cuando en cuando. Comenzó á distinguirse: fué de los primeros en Tucumán; se le nombró entre los héroes de Salta. El general Belgrano le confió misiones honrosas, le recomendó en sus partes. Más tarde, en los días aciagos de Vilcapugio y Ayohuma, se debió á su valor y serenidad la salvación de gran parte de las tropas. Así, siempre luchando, ya victorioso, ya vencido, pero siempre cubierto de gloria, Alejandro recorrió el país desde Tucumán hasta Potosí, en cuatro años de luchas casi continuas.

Por fin, en Abril de 1816, obtuvo licencia para venir á Buenos Aires.

La alegría de los novios al volver á verse tras tan larga separación, fué indescriptible ; pero la templaba el hecho de que aun no se verían satisfechos sus anhelos, porque don Luis no consentiría jamás en su unión mientras Alejandro continuase siendo patriota.

## V.

En Tucumán acababa de instalarse un congreso con diputados de casi todas las provincias : abogados, militares, sacerdotes, ancianos serenos y jóvenes fogosos, hombres de pensamiento y hombres de acción. Allí estaba Belgrano, estaba Pueyrredón, el Deán Funes, el sanjuanino Laprida y veinte otros. Se hablaba abiertamente de declarar la independendia, único medio de salvar la revolución. El 9 de Julio de 1816, Laprida preguntó á los miembros del Congreso si querían que las Provincias Unidas del Río de la Plata fuesen una nación libre é independiente.

— ¡Sí, sí! — respondieron todos, y la sala repercutió con las aclamaciones y aplausos. La gran noticia, llevada por chasquis veloces, voló de extremo á extremo del territorio argentino, provocando en todas partes el mismo júbilo.

Cuando la supo don Luis, permaneció un momento como anonadado. Luego, sin decir una palabra, se encerró en su cuarto.

Pilar recorría la casa de un extremo á otro, en un estado de expectativa nerviosa. Declarada la independendia, no había ya vasallos, y entonces... no se atrevió á pensar hasta



...se cubrió la cara con las manos y rompió á sollozar.

el final todas las consecuencias posibles de este hecho.

En el patio se acercaron pasos rápidos que ella conocía bien. Un segundo después entró Alejandro y la asió ambas manos.

- ¿No sabes?
- Sí, sí lo sé.
- ¿Y don Luis?

Antes de que ella pudiera responder, el anciano apareció en el marco de la puerta. Su figura, poco antes tan derecha, estaba encorvada, su paso lento, su mirar apagado; en tan breves horas parecía haber envejecido de muchos años. Dirigió á Alejandro una mirada en la cual se mezclaban extrañamente la tristeza y el desafío.

El joven se adelantó hacia él.

— Señor — dijo, — Vd. me declaró una vez que jamás daría su nieta á un vasallo rebelde. Yo le respondí entonces que vendría un día en que dejaríamos de ser vasallos. Ese día ha llegado. Se ha declarado la independenciam, los argentinos formamos una nación libre y no reconocemos por señor á ningún rey. Señor de Castillos: vuelvo á pedirle la mano de su nieta.

El anciano español extendió la mano temblorosa para buscar un apoyo y se dejó caer en un sillón. Su fe inquebrantable en la causa del rey le abandonó; se sintió viejo, cansado, sin fuerzas para continuar la lucha estéril contra los tiempos nuevos, y desesperado, vencido, se cubrió la cara con las manos y rompió á sollozar. Los jóvenes, arrodillados á su lado, respetaron su dolor.



## 9.

**La huerfanita.**

## I.

La gente salía de oír misa en la catedral de Buenos Aires. En el atrio, multitud de pordioseros, ciegos, paralíticos ó mutilados, exhibían su miseria, real ó fingida, para excitar la compasión del público.

Una niñita de diez años apenas, tendió tímidamente la mano á un señor que pasaba. En ese momento, un violento empujón la echó á un lado. Urra vieja pordiosera, al ver una intrusa entre los mendigos que tenían su puesto fijo en el atrio, había olvidado en la indignación egoísta, su pretendida parálisis, y empujado rudamente á la chica. Ésta, intimidada, no osó ya tender la mano y se retiró ocultándose detrás de uno de los pilares, por temor á la vieja, que le dirigía miradas amenazadoras.

La columnata se desocupó rápidamente, sin que nadie se fijara en la pequeñuela pálida, de labios amoratados y grandes ojos de mirar tímido y suplicante, que imploraban mudos, pero con elocuencia conmovedora, la caridad cristiana.

Dirigió á su alrededor una mirada de desconsuelo y echó á andar lentamente y sin rumbo fijo. ¡Qué frío hacía y cómo la atormentaba el hambre! ¿Adónde iría ahora? ¿Dónde hallaría qué comer,

dónde podría calentarse? ¿No había, pues, nadie que se compadeciera de una pobre huerfanita?

## II.

Anita había perdido á su padre cuando era muy pequeña. Mientras vivía su madre, jamás le había faltado nada, aunque ésta era una pobre lavandera que tenía que ganarse el pan con el sudor de su frente. Pero también ella había muerto y Anita quedó desde entonces sola en el mundo, completamente sola.

Como no tenía dinero para seguir pagando el alquiler del cuartito, el dueño de casa, hombre sin corazón, la echó á la calle. Una vecina caritativa, que había asistido á la madre de Anita en sus últimos momentos, la tuvo consigo un día ó dos; pero también era muy pobre, lo que ganaba le alcanzaba apenas para sus propios hijos y á pesar de su buena voluntad no podía hacerse cargo de la chica. Le dió un pedazo de pan y una naranja y le aconsejó que fuese á pedir limosna.

Anita pasó el día en la calle sin poderse resolver á seguir este consejo. Por la noche, se acurrucó en el rincón de un atrio, temblando de frío y de miedo, hasta que el sueño la venció. Al otro día, domingo, aterida y acosada por el hambre, se atrevió á mendigar, con el triste resultado que vimos.

Todos tenían dinero para divertirse, para pasar un día alegre, pero á nadie le sobraba un real para darlo á la pobrecilla. Ésta no se animaba á insistir; y en cuanto á llamar á las puertas, ni se

le ocurrió una idea tan audaz. Continuó vagando hasta que, vencida por la debilidad, se dejó caer en un umbral. Trató de cubrirse los pies con su vestidito corto, cruzó los brazos para almacenar el poco calor que conservaba aún en su cuerpo y rendida, abandonó la lucha inútil.

El corto día de invierno, helado y claro, tocaba á su fin. Al oeste el cielo ardía en llamaradas áureas. Poco á poco, ese resplandor amarillo se tornó escarlata, luego carmesí, luego púrpura sombrío, y este color de sangre, cruzado por una sola nube negra, larga y horizontal, como una barra, duró hasta que el crepúsculo se esfumó en la noche. Las calles se volvieron silenciosas; las tiendas cerradas contribuían á hacer menor aun la escasa animación que en aquella época — 1865 — solía ofrecer de noche la ciudad de Buenos Aires.

¡Pobre Anita! Ni siquiera tenía, como la niña del cuento de Andersen, una caja de cerillas para encender y contemplar á su luz maravillas esplendorosas. No vió salas resplandecientes ni árboles de Navidad, ni ángeles que le sonreían y la llamaban: sólo vió la calle oscura, desierta y fría; sólo sintió las rachas del viento pampero y las punzadas del hambre, y de pronto la acometió con fuerza tan abrumadora la sensación de abandono y de miseria, y un deseo tan desenfrenado de estar con su madre que, loca de desesperación, rompió á llorar. Ni aun le restaban fuerzas para llorar fuerte, eran sollozos y gemidos débiles, apagados, pero, por lo mismo, más conmovedores que si se hubiese lamentado á gritos.

## III.

Pasos pesados se acercaron y se detuvieron junto á Anita. Una voz de hombre le habló:

—¿Qué estás haciendo ahí, chiquilla?



—¿Qué estás haciendo ahí, chiquilla?

La pequeña, que escondía la cara con el brazo, alzó los ojos y reconoció á un agente de policía. Como para todos los niños, un vigilante era para ella un ser terrible, dotado de toda clase de poderes misteriosos. Al verse, pues, presa de uno de ellos, rompió á llorar con más fuerza y trató de escapar.

—¿Por qué no vas á tu casa?—preguntó el vigilante; y como ella no contestara, añadió:— ¿Dónde vives ?

No obtuvo respuesta. Entonces la tomó del brazo y echó á andar con ella.

—Vamos á la comisaría—dijo.

Al oír esta palabra, que en su cabecita se asociaba con mil ideas fantásticas y espantosas, la chica prorrumpió en gritos agudos y resistió con todo el resto de sus débiles fuerzas.

En ese instante, un jinete se detuvo junto á la pareja. El agente reconoció á un superior y saludó.

— ¿Á quién lleva Vd. ahí? — preguntó éste.

— Es una chica que estaba sentada en un umbral, señor comisario. Parece que no sabe donde vive.

El comisario saltó del caballo.

— Vamos á ver, chica. — Tomó á Anita de la mano y poniéndole el índice bajo la barbilla, alzóle su carita inundada de lágrimas. — Dinos donde vives para poder llevarte á casa.

Anita abrió mucho los ojos y miró á ese caballero que se inclinaba hacia ella y le hablaba con tanta dulzura.

— ¿Será que no tienes casa? — continuó el comisario. — ¿No tienes padres? ¿Eres solita?

Al oír esas palabras tan bondadosas, la pequeña volvió á acordarse de su miseria y del contraste tan grande que formaba su vida presente con la que había llevado hasta hacía poco y echó á llorar otra vez amargamente.

El comisario, en su larga práctica como empleado de policía, había adquirido un golpe de vista casi infalible y sobre todo, una profunda piedad por los desgraciados que á diario cruzaban su camino. En el semblante pálido y los ojos llorosos de la chiquilla leía toda una historia de padecimientos. Él mismo había sufrido mucho ; la muerte le había arrebatado á una esposa querida y á dos niños encantadores, dejando su hogar solitario y triste. ¿ Si llevara consigo á esta criatura abandonada ?

— ¡ Pobrecita ! — dijo. — ¿ Quieres venir conmigo ?

Anita le miró y con el instinto infalible del niño, conoció que ese hombre era un amigo. No opuso resistencia cuando el comisario la alzó sobre su caballo y la envolvió en su capote.

Creía soñar. Sí, debía ser un sueño todo cuanto le estaba sucediendo. Se sentía tan confortada al abrigo del manto caliente, sostenida por un brazo fuerte y mecida por el galope del caballo. Ahora le darían comida y ropa abrigada y no la llevarían á la comisaría.

#### IV.

Anita debió haberse dormido en brazos de su protector, pues de pronto se vió en una pieza bien iluminada y caliente. El comisario la puso en el suelo y llamó en voz alta.

— ¡ Doña Paula !

Entró una mujer gruesa, sencillamente vestida, de aire gruñón y resuelto. Al reparar en Anita, se detuvo asombrada.

— ¿Y eso? — preguntó.

— Es una pequeñuela á la cual he recogido en la calle — repuso el comisario.—Un vigilante iba á llevarla á la comisaría, pero á mí me dió lástima y resolví traerla. Hágame el servicio de darle algo que comer.

— ¡Dios nos ampare! — exclamó el ama de llaves. — ¿Quiere decirme para qué necesita Vd. á esta criatura vagabunda?

— Es huérfana, está sola en el mundo y no tiene quien mire por ella.

— ¿Y Vd. cree eso? ¡Qué cándido es Vd.! Esos chicos están enseñados á fingir miseria é inspirar compasión, para que los lleven á las casas. Después roban cuanto pueden. Lo que Vd. debe hacer es llevarla allí de donde la trajo.

El comisario puso la mano sobre la cabeza de Anita.

— Vea, doña Paula — dijo tranquilamente, — he traído á esta niñita porque me ha dado compasión y porque así me ha parecido bien. Yo sé que Vd. no es tan mala como quisiera aparentar y que, al contrario, tiene muy buen corazón. Conque me hará Vd. el favor de dar de comer á la chiquilla y de prepararle una cama ¿no?

— ¡Oh, bueno, bueno! — rezongó doña Paula, quien realmente no era mala y además parecía hallar muy persuasivo ese «¿no?» pronun-

ciado en tono particular con que el amo había terminado su frase. Salió, y al cabo de un rato Anita pudo por fin saciar su hambre feroz. El comisario y el ama la miraron comer.

— ¿Desde cuándo no has comido? — preguntó aquél.

— Desde ayer por la tarde.

Esta vez doña Paula no dijo: «No lo crea»; se estaba convenciendo ella misma de que la chica decía la verdad.

Después de haber comido, Anita sintió sueño, ese sueño de la infancia, irresistible, pesado. Puso los brazos sobre la mesa, la cabecita encima, y se quedó dormida en su asiento.

El comisario mismo la llevó á la cama. Doña Paula la acostó y ambos se detuvieron algunos instantes al lado del lecho para contemplar á la pequeña durmiente. Ésta, al sentir en sueños el contacto de las sábanas suaves y de las frazadas calientes, se arrolló deliciosamente en la cama como un ovillito, del cual nada se veía sino los rulos negros y desgredados esparcidos sobre la almohada blanca.

El comisario salió sin hacer ruido y montando otra vez á caballo, partió de nuevo en cumplimiento de su deber.

## V.

Al otro día, el comisario interrogó á Anita, tomó informes en la casa donde ésta había vivido y comprobó que cuanto ella había dicho era verdad.

Anita temblaba ante la idea de que pudieran volver á echarla á la calle, mas no fué cuestión de hacerlo.

Á medida que pasaba el tiempo, cobró el comisario señor Ruiz gran cariño á Anita y ella á su vez profesaba á su protector una gratitud infantil que la hacía mirarle como á un padre. Al cabo de poco tiempo hubiera sido imposible reconocerla. La pequeña vagabunda se había transformado en una niñita linda y bien vestida, cuyos rizos negros y sedosos caían alrededor de una carita redonda de mejillas rosadas y ojos llenos de brillo y alegría. Iba á la escuela, y cuando regresaba y terminaba sus deberes, ayudaba á doña Paula en sus quehaceres domésticos, llenando la casa con sus charlas y sus risas. Cuando el comisario llegaba cansado de sus tareas, hallaba en lugar de la cara mal humorada de doña Paula, una chicuela alegre que corría á su encuentro, se colgaba de su cuello y le cubría de besos llamándole papá: le quitaba el sombrero, le arrimaba el sillón favorito y se encaramaba sobre sus rodillas para referirle las importantes novedades ocurridas en casa y en la escuela. Había flores en la mesa, bonitas labores por todos lados, y se notaban esos mil detalles que revelan la presencia de una niña hacendosa. La misma doña Paula, de genio agrio y acostumbrada á hallarlo todo mal, venció poco á poco su aversión hacia la pequeña, servicial, obediente y buena, y le cobró afecto.

## VI.

Hace unos treinta años, la ciudad de Buenos Aires no era la gran metrópoli que es hoy. Un escritor argentino la llamó «la gran aldea», y con razón. Carecía de obras de salubridad y de aguas corrientes. Se bebía agua de pozo ó de aljibe, y las casas donde no existía ni uno ni otro, eran surtidas por los aguadores que recorrían las calles con sus carros en forma de barril anunciándose con el sonido de una campana. Esta agua era de río, impura, barrosa, sin filtrar, llena de gérmenes infecciosos. El pavimento era muy defectuoso; cuando llovía se formaban pantanos que llenaban el aire de emanaciones pestíferas.

Nadie se preocupaba de ello; las ciencias no estaban tan adelantadas como en el día, y á ninguno se le habría ocurrido que podría ser malsano beber agua impura y tener en las calles lagunas estancadas. Los hospitales eran escasos y se hallaban en estado pésimo; la higiene pública estaba descuidada y nadie pensaba en el peligro de una epidemia. Buenos Aires descansaba apenas después de la larga serie de revoluciones y guerras civiles que, durante tantos años, la habían convulsionado y no había tenido tiempo aun para preocuparse de su aseo y administración interna.

Un día de otoño de 1871, cundió por la ciudad un rumor terrible: había una peste en Buenos

Aires. Nadie sabía á punto fijo lo que tenía de cierto esa noticia ni de qué enfermedad se trataba.

Pronto esos rumores tomaron consistencia, la incertidumbre se convirtió en realidad y la duda, en terror pánico.

— ¡Fiebre amarilla! ¡Fiebre amarilla! — se repetía por todos lados. — Es una enfermedad terrible, nadie se salva, el que la contrae está perdido sin remedio.

La fiebre se propagó por Buenos Aires con rapidez increíble; invadió palacios y ranchos, quintas y conventos. Los que podían, huían al campo; los demás esperaban atemorizados que les tocara el flagelo. Murieron familias enteras; el terror era tan grande que á menudo todos abandonaban la casa donde había un enfermo, dejando á éste morir solo, en medio de atroces sufrimientos. Los hospitales estaban repletos; los médicos se desvivían en el cumplimiento de su deber.

Durante las primeras semanas, nadie sintió su salud alterada en casa del señor Ruiz; pero una tarde, éste llegó pálido, sacudido por escalofríos y con una extraña sensación de debilidad en todos sus miembros.

Había contraído la fiebre.

Cuando lo supo doña Paula, perdió la cabeza de tal manera que olvidó todos los beneficios que debía á su amo y no quiso permanecer en la casa ni un minuto más.

—Ven conmigo—aconsejó á Anita.—De todos

modos, de nada puedes servir al patrón, porque de la fiebre, nadie sana.

—No es cierto—objetó Anita, quien en vano trataba de hacer quedar á la vieja.

—¡Cómo no! Eres una loca en no venirte conmigo. El peón también se va. ¿Acaso quieres quedarte aquí para morir de fiebre?

—Yo no me voy—declaró Anita con firmeza.—Yo me quedo con papá.

—Bueno, bueno, como quieras, hijita. Ojalá no tengas que pagar muy caro tu capricho. Que se mejore el patrón.

—Trate por favor de enviarme un médico, ¿quiere?

—¿Médico? ¿Y dónde quieres que encuentre uno? Pero vaya, haré lo posible.

Diciendo esto, doña Paula recogió su atado de ropa y se marchó de prisa.

Anita volvió al lado del enfermo, el cual gemía en la cama y se quejaba de una sed insufrible. La niña—que ya no era una chiquilla, sino una linda jovencita—le dió de beber y le aplicó todos los remedios que se recomendaban contra el mal. La noche vino á aumentar su aflicción; la enfermedad se agravaba por momentos y el médico no llegaba. Sin embargo, era necesario que viniera uno con urgencia. En la vecindad vivía el doctor Pérez, uno de los que con más abnegación trabajaban para atender á los atacados de fiebre. Iría á llamarlo. Anita no reflexionó en la poca probabilidad que tenía de hallarlo en casa, sólo pensaba en que su bienhechor moriría si no era

socorrido. Dejó al lado del comisario, que parecía dormir, todo cuanto pudiera necesitar y salió á la calle.

—El doctor acaba de llegar rendido—le dijo el criado que la atendió en casa del médico.—Quiere descansar un poco.

—¡Oh! Pero tiene que venir, mi papá se está muriendo!

—No me atrevo á llamarlo. Ha venido casi desmayado de fatiga.

—¡Llámelo, por piedad! No es lejos, es aquí á la vuelta. No tardará mucho. Vaya, por favor: mi papá se muere.

—Pero le digo que tengo orden de no llamarlo—objetó el criado, conmovido ante las súplicas de Anita.

—Se lo va á perdonar. . . ¡es tan bueno el doctor!—insistió la niña.—Vaya, vaya—y le empujaba suavemente para que fuera.

El criado se dejó ablandar y se atrevió á despertar á su amo. Éste, extenuado como estaba, no vaciló, sin embargo, un instante á la voz del deber: se levantó y acompañó á Anita, quien con la sola presencia del médico creía ya salvado al señor Ruiz.

Hallaron á éste en un estado de postración tal que parecía muerto. El doctor Pérez le prodigó sus cuidados y dió algunas órdenes á Anita. Conocía á ésta por haberla atendido varias veces y sabía su historia.

—¿Vd. va á cuidar al enfermo, Anita?

—Sí, señor.

—¿ Tiene quien la ayude?

—No, estoy sola en la casa. Los demás se han ido.

—Y Vd. ¿ no tiene miedo de la fiebre ?

—No he pensado todavía en el contagio.



Cien veces Anita creyó que todo había concluido...

—Vd. es una niña valiente. No se va á enfermar.

Prometió volver á la madrugada y se retiró.

Pasaron tres días terribles para Anita, sola con el enfermo que ya se revolcaba entre dolores espantosos, ya deliraba ó yacía como exánime; con el fantasma de la muerte acechando á la cabece-

ra de la cama, en medio del silencio sepulcral interrumpido sólo por el rodar de los carros que pasaban llenos de ataúdes. El médico, á pesar de estar agobiado bajo el peso de sus tareas, iba todos los días, interesado por esa niña que aceptaba con tanta valentía el reto de la muerte y daba en esa ocasión la prueba más elevada de su gratitud. No contrajo el mal, sea porque éste no pudiera hacer presa en su naturaleza joven y vigorosa, sea porque tuviera la firme convicción, hábilmente fortalecida por el médico, de que no se enfermaría.

Llegó una noche terrible. Cien veces Anita creyó que todo había concluído, y otras tantas reaccionó el enfermo. El doctor Pérez le había dicho que se acercaba la crisis final y que si se salvaba el comisario, sería debido á los cuidados de ella. Pero no parecía que fuera á sanar, pues á medida que avanzaba la noche, los accesos se repetían y se agravaban. De pronto, después de un ataque violentísimo, el enfermo cayó en las almohadas con los ojos cerrados y sin movimiento.

Anita se arrojó sobre él con un grito de desesperación y rompió á llorar desconsoladamente, llamando á su padre adoptivo é implorándole que no la dejara sola.

Mas ¿ qué era eso ? El comisario se movía, respiraba; abrió los ojos y su mirada clara y consciente se fijó en Anita. La reconoció por primera vez desde que se había enfermado y una sonrisa vagó por sus labios. Luego, se durmió con el sueño profundo de la convalecencia.

En ese momento entró el médico y tomando el pulso al enfermo, declaró:

—Se ha salvado; ya tenemos una seguridad sobre todas las esperanzas.

Entonces Anita cayó de rodillas al lado de la cama y elevó sus dulces plegarias al cielo. Su alma había palpitado con la vida de ese hombre que la salvó del vicio y de la miseria.



## 10.

**El deber.**

Una noche triste de invierno envolvía en tinieblas la ciudad de Buenos Aires. Llovía á torrentes y el viento helado del Sur barría las calles desiertas, convertidas en lodazales y alumbradas sólo de trecho en trecho por algún farolillo de débil claridad. Los vecinos estaban en sus casas, escuchando el rumor monótono de la lluvia y el silbido melancólico de las ráfagas frías, con las puertas y ventanas bien cerradas, contentos de no tener que estar fuera en noche semejante.

Dos caballeros, sin embargo, se habían atrevido á desafiar la inclemencia del tiempo. Su vehículo, pesado y poco elegante, que dos vigorosos caballos arrastraban penosamente á través del barro pegajoso, se detuvo delante de una casa grande y silenciosa, donde los señores preguntaron por el doctor don Mariano Moreno. El esclavo que fué á anunciarlos, volvió al instante, rogándoles que le siguieran. Los condujo á un gabinete de estudio, amueblado con la mayor sencillez y cuyo único lujo consistía en dos candelabros de plata, muy hermosos, en los cuales ardían numerosas bujías.

Al entrar los dos caballeros, se levantó del si-

llón del escritorio un joven, cuya personalidad interesante llamaba inmediatamente la atención. Tenía apenas treinta años de edad, y su rostro pálido, sus ojos negros y llenos de luz, sus movimientos rápidos y nerviosos, traicionaban un temperamento fogoso, hecho para la lucha, para el mando y la actividad. Era el doctor Mariano Moreno, graduado hacía poco en la Universidad de Charcas ó Chuquisaca. Á un lado, un poco en la sombra, se hallaba otro joven á quien Mariano presentó como su hermano Manuel.

Después de los saludos, uno de los caballeros—hacendados y agricultores—tomó la palabra.

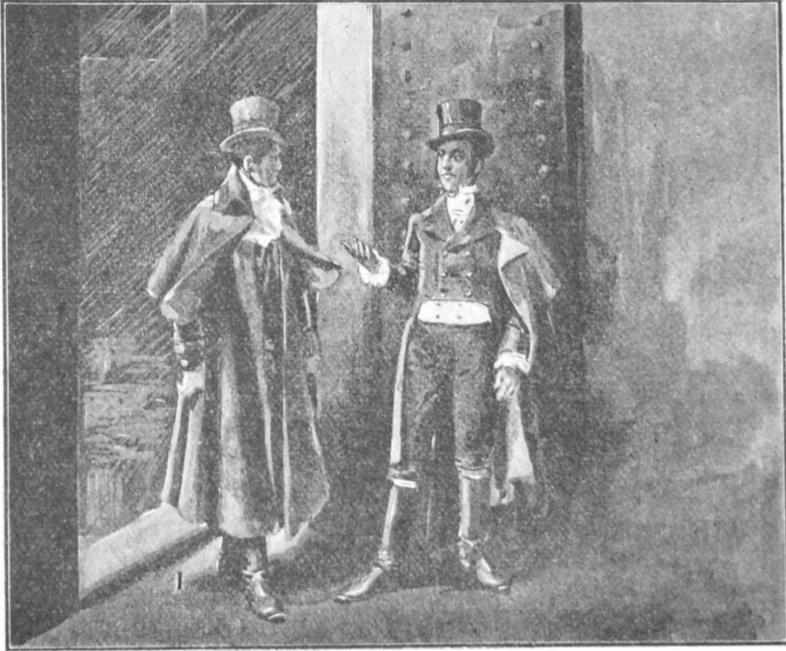
—Hemos venido, doctor, para hacerle algunas observaciones acerca de lo que quedó últimamente resuelto en la asamblea y pedirle su parecer.

—Estoy á las órdenes de ustedes—respondió el abogado.—Todavía no he terminado el trabajo que leeré mañana y llegan ustedes muy á tiempo. ¿Desean que recapitulemos primero?

—Íbamos á suplicárselo.

—Muy bien. Como ustedes saben, le proponemos en una solicitud, al virrey, una nueva política, pidiendo entrada libre al puerto para los buques ingleses y portugueses. Á causa de la guerra con Francia, en que está enredada España, ésta no nos puede mandar mercaderías como antes, ni nosotros podemos vender las nuestras, puesto que existe la prohibición absoluta de negociar con otros países. En consecuencia, el virrey carece de dinero hasta para

los gastos más necesarios de la administración. Ahora, si hubiese libertad de comercio, entraría dinero en el país, la aduana percibiría rentas, el pueblo podría pagar los impuestos y la colonia prosperaría de una manera nunca vista.



— Anda tú — dijo — y vuelve para informarme ...

— Sin duda; y es acerca de la solicitud que quisiéramos consultarle. Hemos vuelto á conversar con nuestros amigos y varios entre ellos creen que sería mejor presentarse personalmente al virrey y no dejar documentaciones. Se discutió mucho el punto y al fin decidimos someterlo á la resolución de usted. ¿Cuál es su opinión?

—Creo que es preferible presentar la petición por escrito, detallando y dando todas las razones; así el señor Cisneros podrá estudiar el asunto detenidamente y convencerse de que nuestra petición es justa. Su fallo, no lo duden ustedes, será favorable.

—¿Usted lo cree así?

—Estoy convencido de ello. El virrey se verá entre dos fuegos: la ley que prohíbe el comercio libre y la falta de dinero. Dudará tal vez, vacilará un momento; pero acabará por decidirse en nuestro favor. ¡Si no puede obrar de otra manera! Está reducido á la necesidad vergonzosa de quedar debiendo los sueldos á los empleados. Nuestra petición no sólo es justa: es oportuna.

—Perfectamente, doctor, nos sometemos en todo á su juicio superior, y se hará como usted lo crea conveniente. Sólo nos resta suplicarle que tenga la petición pronta para ser leída mañana temprano á las ocho, pues muchos de nosotros hemos venido de muy lejos, expresamente para este asunto, y nos perjudicaríamos en nuestros intereses si tuviéramos que permanecer fuera de nuestras estancias más tiempo del absolutamente necesario.

—Lo comprendo, señores, y pueden ustedes estar seguros de que no faltaré á mi palabra.

Los dos hacendados se levantaron para despedirse.

—He oído decir que su señor padre está muy enfermo—observó uno de ellos, mientras se envolvían en sus capotes.

—Sí, es exacto—repuso Don Mariano, y su hermoso rostro se nubló,—aunque esta noche seguía un poco más aliviado.

Los caballeros expresaron en términos corteses su esperanza de que el enfermo sanara pronto y se despidieron de los dos hermanos.

Cuando se hubieron retirado, el abogado se volvió hacia Manuel:

—Ven á sentarte aquí—le suplicó indicándole el sillón del escritorio.—Ayúdame en esta tarea: ya sabes que siempre me ha gustado tenerte por secretario.

Manuel obedeció; estaba habituado á doblegarse con respeto y admiración exenta de envidia á su hermano mayor, cuya inteligencia brillante y voluntad dominadora se imponían á todos. Mariano, por su parte, sabía apreciar en lo que valían la sólida instrucción y el juicio recto, acertado y frío de Manuel; de manera que había entre los dos hermanos un mutuo aprecio y un gran cariño.

Manuel se preparó, pues, á escribir, y Mariano comenzó á pasearse por la habitación, con los ojos clavados en el suelo y la frente arrugada, como un hombre cuyo cerebro trabaja intensamente. Cada vez que penetraba en el círculo de luz de las bujías, Manuel hacía un movimiento instintivo como para escribir; pero su hermano seguía callado. Al fin se detuvo, haciendo un ademán impaciente.

—Estoy irritado contra mí mismo—dijo.—No puedo pensar, siempre me persigue la imagen de

nuestro padre enfermo y me impide trabajar con calma. Y, sin embargo, necesito concentrar todas mis ideas en esa petición.

Manuel no respondió, sólo miró suspirando el reloj, deseoso de que pasara más veloz el tiempo, para velar otra vez al lado de su padre.

—Hagamos un esfuerzo—continuó Mariano frotándose las sienes y la frente con sus dedos blancos y nerviosos, como para aclarar sus ideas; y reanudó su trabajo sin abandonar su paseo lento por el gabinete.

De pronto Manuel se estremeció.

—¿Qué fué eso?

—¿Qué?

—Me pareció oír un grito.

Ambos escucharon conteniendo el aliento.

—Te has equivocado—dijo Mariano al cabo de un instante de silencio. —Continuemos. — Un momento después sintieron pasos en el corredor y un esclavo se precipitó dentro del gabinete.

—¡Señores! — exclamó fuera de aliento, — ¡el amo! . . . .

Manuel saltó de su asiento y Mariano permaneció clavado en el sitio.

—¿Ha empeorado de pronto?

—Sí, han mandado llamar al médico.

Los dos hermanos corrieron hacia la puerta. De pronto Mariano se detuvo é hizo detenerse también á Manuel.

—Anda tú—dijo—y vuelve para informarme; creo que han extremado las alarmas. Avísame;

ya sabes que tenemos que terminar ahora este trabajo.

—¿La petición?

—Sí, la petición.

—¡Oh, déjame, hermano! No puedo acompañarte ahora. No me alejaré otra vez de la habitación de nuestro padre.

—No eres allí indispensable y la petición debe quedar terminada esta noche. Cumplamos con nuestro deber, Manuel.

—Nuestro deber nos lleva allá —repuso éste, indicando las habitaciones interiores.

El hermano le miró fija y profundamente y luego, con voz serena y firmeza imponente, replicó :

—No discuto tu dolor que no es mayor que el mío propio; pero no olvides en este caso que tiene circunstancias inesperadas de prueba, que ningún dolor debe impedir el cumplimiento de un deber.

El hermano menor vaciló, impresionado por la severidad de aquél, y casi instintivamente se dirigió otra vez hacia la mesa.

—No ahora—dijo Mariano, empujándole suavemente con la mano;—vé á informarte.

Manuel salió del escritorio y el ruido de sus pasos rápidos se perdió en el corredor.

Mariano se sentó á escribir. En su espíritu rígido é inflexible, el deber sofocaba las aflicciones. En medio del torbellino de ideas que se revolvía en su cabeza, midió las dificultades que ocasionaría á los hacendados si faltaba á su palabra, él en quien habían puesto su confianza ; y al mismo

tiempo flotaba ante sus ojos, como una visión, la imagen de su padre, yacente en su lecho. Creía oír gritos, exclamaciones, sollozos en el interior de la casa, sonidos imaginarios, pero enloquecedores. El doctor Moreno se oprimió la cabeza entre las manos, y luego, resuelto y austero como uno de aquellos romanos del tiempo de la República, en cuyo ejemplo de severidad terrible y grande se había inspirado, se puso á escribir. Su pluma voló por el papel con rapidez pasmosa; sus pensamientos, bajo la misma tensión nerviosa, eran maravillosamente claros y nítidos, las ideas brotaban brillantes, inagotables, y la mano que escribía podía apenas seguirles, á pesar de su ligereza. Así fué terminado ese documento de inestimable valor, que se conoce con el nombre de « Representación de los Hacendados » y que, por sí solo, bastaría para cubrir de gloria el nombre de Moreno.

Volaron las horas y el abogado, febriciente, nervioso, escribió este último párrafo: « Estos son los votos de veinte mil propietarios que represento, y el único medio de establecer con la dignidad propia del carácter de V. E. *los principios de nuestra felicidad y de la reparación del erario* ». — Trazó la última raya y arrojó la pluma.

El hermano no había vuelto; su ausencia era también una contestación.

Mariano se internó en las habitaciones de la casa solariega y llegó al aposento de su padre. El anciano fijó en su hijo predilecto una mirada de intenso cariño y en sus labios dibujóse una

sonrisa de satisfacción. Pareció comprender que la ausencia de aquel hijo, que era su gran esperanza, respondía á las serias tareas que su profesión le imponía.

Mariano se aproximó al lecho, tomó suavemente la mano descarnada y laxa del enfermo, é inclinándose, le besó en la frente, como si en ese beso depositara el homenaje de su veneración. El anciano cerró los ojos y su sonrisa, al acentuarse, dió al conjunto de su semblante una expresión de tranquila felicidad.

Mariano se reunió con Manuel, en un ángulo del aposento.

—¿Qué dice el médico?—preguntó ansioso.

—Que nos quedan pocas esperanzas. ¡Mariano, nos amenaza una fatalidad!

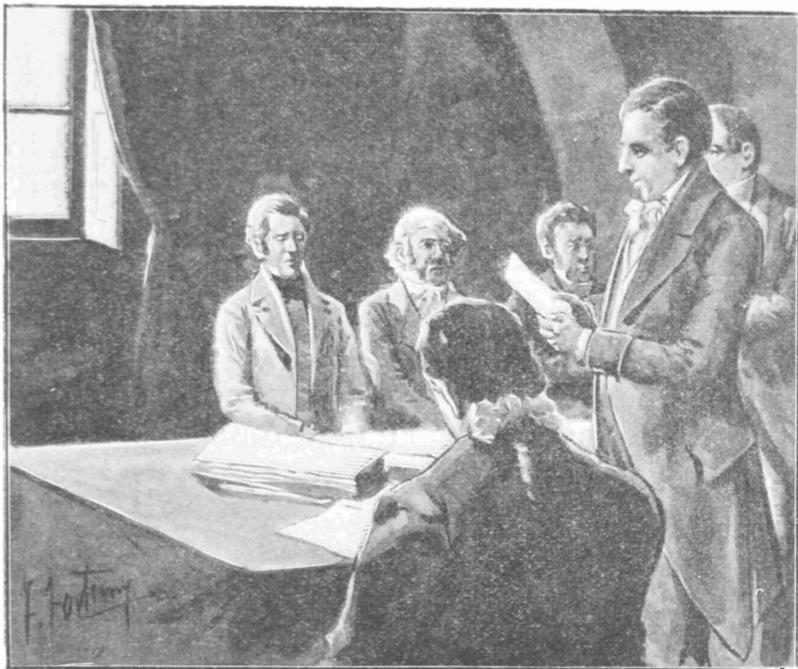
Mariano midió conmovido aquella aflicción que ya humedecía los ojos de su hermano y le anudaba la voz en la garganta, y respondió con dulzura:

—Preparemos nuestro espíritu, hermano mío, templándolo en este gran dolor, inevitable capítulo de toda vida humana, y tratemos de sobrellevarlo con dignidad viril.

Abrumado por el cansancio y las emociones, se sentó en un sillón. Sus sentidos comenzaron á embotarse; entre dormido y despierto, oyó el viento que continuaba su gira caprichosa y violenta en el espacio. De repente, una gran ráfaga penetraba en el patio, sacudía las plantas en los arriates y las ramas de los árboles, y prisionera, se revolvía furiosa, empujaba las puertas, murmu-

raba sus misteriosas canciones ó silbaba sus aires melancólicos por las rendijas.

Arrullado por el ruido monótono, el fatigado joven se durmió. Los otros, compadecidos, le dejaron dormir.



... llegó donde estaba Moreno y le dijo algunas palabras en voz baja...

Lentamente el día disipó las sombras pesadas de aquella noche de tormenta. Un crepúsculo ceniciento, indeciblemente triste, que daba á los objetos un tinte lívido, empezó á inundar la habitación del enfermo.

Con gran sentimiento, Manuel se resolvió á despertar á su hermano.

Mariano se recordó sobresaltado, con la cabeza pesada y los miembros entumecidos.

—¿Qué hay?—murmuró; y luego, con una exclamación de alarma, se puso de pie:—¿Mi padre?

—Parece que duerme: no hay novedad. Te desperté porque ya han sonado las siete y media y se aproxima la hora que tenías señalada.

En un momento Mariano fué otra vez el soldado del deber, sereno y austero. Se inclinó sobre el enfermo, escuchó durante algunos segundos su respiración regular y después de recoger en el escritorio su manuscrito, se dirigió al Consulado, donde le esperaban los hacendados.

De pie junto á la mesa, daba lectura á la solicitud, cuando alguien, informado á su vez con urgencia, llegó donde estaba Moreno y le dijo algunas palabras en voz baja, trémula, agitada.

El abogado le miró con una extraña fijeza, dejó caer la mano con el papel y cerró después los ojos. Por un instante quedó lívido; pero reaccionando con energía, continuó en la lectura de la solicitud, retirándose después sin esperar nada y evitando el encuentro con sus clientes, amigos y conocidos.

Lo buscaron; todos querían significarle una satisfacción, rendirle un aplauso por su obra talentosa, pero empezó á difundirse la triste nueva; el anciano padre de Moreno había muerto, en momentos en que su hijo cumplía serenamente con su deber, y la terrible noticia que lo sumía en el más profundo dolor, si lo hizo vacilar, no quebró la energía moral de aquella alma superior.

## 11.

**El maestro de Escuela.**

## I.

Durante la presidencia de Sarmiento, la instrucción en la Argentina, hasta entonces descuidada, recibió un gran impulso. Fundáronse numerosas escuelas y colegios de enseñanza primaria y secundaria, bajo la dirección de maestros y maestras norteamericanos y europeos. Esta reorganización bienhechora, que constituye el timbre de gloria del Presidente Sarmiento, se dejó sentir no sólo en las ciudades, sino también en los pueblos de campaña, donde hasta entonces la instrucción pública había sido casi nula. En todas partes, hombres y mujeres valerosos abandonaban la vida agradable y cómoda de las ciudades para combatir la ignorancia en la campaña, en medio de una población indiferente y á menudo hostil.

Entre otras, se fundó una escuela elemental en un pueblecito del Sur de la provincia de Buenos Aires, bajo la dirección de un joven porteño.

Eduardo García partió á su destino lleno de ánimo, esperanzas y buena voluntad. Estaba orgulloso de su misión, la cual consideraba con lógica, muy elevada y noble. Pronto se granjearía las simpatías de los campesinos;

los niños acudirían gustosos á la escuela, la que no tardaría en ser un modelo en su género. Veía su camino lleno de flores é iluminado por el sol. ¡Qué hermoso sería instruir y educar á la juventud, inculcar en las almas de los niños sentimientos grandes y nobles, redimirlos de la esclavitud á que condena la ignorancia, hacer de ellos hombres útiles y buenos ciudadanos, enseñándoles el principio que es la base de toda moral: el respeto á sí mismo y á los demás!

Esto pensaba y soñaba Eduardo, sentado en la galera que, arrastrada por seis caballos briosos, rodaba dando tumbos y saltos por la llanura sin fin. Era un hermoso día de principios de primavera: el cielo tenía un color azul profundo; el aire, fresco é impregnado de olor de tierra fértil; el sol, brillante; el horizonte, amplio y diáfano permitía á la mirada hundirse en la lejanía azul. Era imposible que en un día como ese los pensamientos del joven maestro, dejaran de ser gratos y halagüenos.

Llegado al pueblo, después de veinticuatro horas de viaje en ferrocarril y en diligencia, se vió al punto rodeado por un grupo de paisanos. Preguntó por el juez de paz que debía esperarlo.

El juez de paz estaba en una estancia cercana, le contestaron; pero volvería pronto. Entre tanto, Eduardo esperó en la pulpería y fué el blanco de las miradas de los paisanos, que le examinaban con curiosidad no exenta de burla.

— ¿Usted ha de ser el maestro? — preguntó un mozo guapo, pero con aire de petulancia.

— Sí, yo soy el maestro.

El otro dijo algo que Eduardo no entendió, pero que hizo soltar la carcajada á los demás. El maestro se sintió penosamente impresionado, pues comprendía que se reían de él. Felizmente en ese instante un jinete se detuvo ante la pulpería. Era el juez de paz. Saludó cordialmente á Eduardo, se disculpó por haber tardado y le invitó á acompañarle á su casa. En el camino, pasaron delante de un rancho grande y desvencijado.

— Ésa es la escuela — dijo el juez de paz.

Las escuelas de Buenos Aires no eran en esos tiempos muy distintas de aquélla, y Eduardo no podía haber esperado otra cosa; pero al verla tan obscura y silenciosa á la media luz gris de la tarde, experimentó un sentimiento indefinible de tristeza.

## II.

Pronto, muy pronto, el maestro se dió cuenta de que su tarea era mucho más difícil de lo que había imaginado.

Los paisanos se cuidaban poco de la nueva ley de instrucción obligatoria, y no se preocupaban de enviar sus hijos á la escuela, á la que miraban con cierta burlona superioridad. El día que se abrió, de treinta niños que debieran haber concurrido, sólo doce estaban presentes;

doce chicos entre seis y catorce años, sin la más remota idea de disciplina y que no comprendían por qué se les obligaba á estar sentados quietos durante tantas horas al día. Todo en la escuela les parecía ridículo, y más que nada el maestro con su manera de hablar tan distinta de la que ellos estaban acostumbrados á oír. Eduardo no se animaba á tratarlos con severidad, porque quería que los niños tomasen gusto á la escuela é indujeran á los demás á venir también. Un día, sin embargo, un chico insolente le hizo perder la paciencia y hubo de aplicarle una ligera corrección. El muchacho escapó llorando y fué á llevar la queja á su padre. Éste, que sin embargo no escatimaba los azotes á sus hijos, se indignó al saber que el maestro se había atrevido á tocar á uno de ellos, y acudió furioso á la escuela para reclamar, declarando que iría á ver al juez de paz.

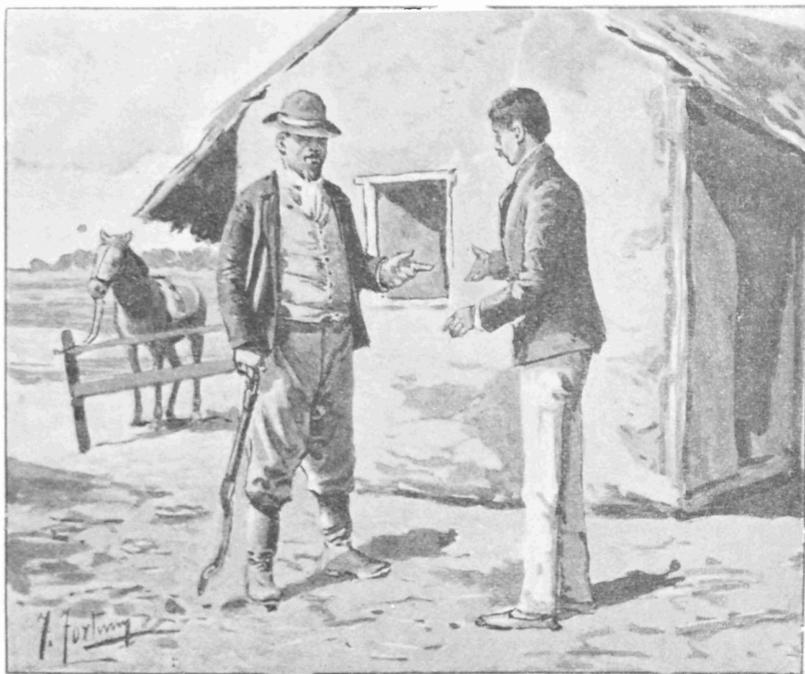
Por la tarde, el juez se apeó en la puerta de la escuela. Era un hombre benévolo, habituado á la vida del campo, gran conocedor de sus gauchos y tenía sobre ellos mucha influencia. Estimaba y quería á Eduardo, cuyos esfuerzos sabía apreciar debidamente.

—¿Cómo es eso, amigo? Me vienen con quejas de usted.

Eduardo le refirió el hecho tal como había ocurrido.

—¿Cómo habría procedido usted en mi lugar?  
—preguntó después.

— ¿Yo? — el juez de paz se rió. — Creo que no habría tenido la paciencia de usted, y en vez de contentarme con sacudir al chico, le habría aplicado algunos rebencazos bien dados. Pero eso, naturalmente, usted no puede ni debe ha-



— ¿Cómo es eso amigo? — Me vienen con quejas de Vd.

cerlo. He hablado con el padre y le he explicado que su hijo es un pilluelo insolente, que merece una paliza, cuando menos, al día y que usted, al castigarle tan levemente, se ha mostrado demasiado benévolo. Se fué rezongando, pero la cosa no pasará de ahí; me ha prometido que volverá á mandar al muchacho á la

escuela. Creo que éste será ahora un poco más respetuoso.

Así sucedió en efecto. El chico volvió con cara hosca, pero sin atreverse á chistar, pues el juez de paz le había atajado en el camino, diciéndole que si volvía á faltar al respeto al señor maestro tendría que habérselas con él. Los demás niños, viendo que su compañero había llevado la peor parte en la contienda y que el mismo señor juez de paz le había amonestado, se mantuvieron quietos. La disciplina comenzó á afianzarse; acudieron más alumnos, elevándose su número á veinte y la escuela empezó á funcionar con regularidad.

### III.

Los días del maestro no fueron por esto más agradables. Echaba de menos la vida civilizada, su familia, sus amigos, el movimiento y las costumbres de la gran ciudad. Entre él y los gauchos, se había formado gradualmente una corriente de antipatía, fundada en la falta absoluta de comprensión mutua.

El que más contribuía á mantener este estado de cosas, era un joven de apellido Juárez, el mismo que, con su observación, provocó la risa de los otros en la pulpería, el día en que llegó Eduardo. No era malo; pero sí pendenciero y presuntuoso. Para darse importancia, comenzó á tomar al maestro por blanco de sus chanzas.

Cuando éste dictaba la clase, Juárez solía de-

tenerse delante de la ventana, escuchaba un momento, imitábalo luego ó dirigiále bromas, con gran diversión de los niños y de los curiosos que se paraban á mirar.

— Usted debe mezclarse más entre las gentes del pueblo — dijo el juez de paz al maestro desalentado y afligido. — Le creen á usted orgulloso y engreído porque viene de Buenos Aires; piensan que usted les desprecia. Créame, hay entre ellos hombres muy buenos, que serían para usted verdaderos amigos. Á usted le corresponde dar el primer paso.

Eduardo no contestó; sólo se pasó la mano por la frente con un ademán lánguido, que con el suspiro que lo acompañaba, era más elocuente que un largo discurso patético.

#### IV.

Llegó el día festivo de la patrona del pueblo. Había carreras y otras diversiones, todo el paisanaje estaba allí. Eduardo, para distraerse, y también para seguir el consejo del juez, acudió al sitio de reunión.

Desde lejos oía gritar á los gauchos delante de la pulpería, donde examinaban los caballos, hacían apuestas y jugaban á la taba. El que más bulla hacía era Juárez, quien blandiendo su talero de cabo de plata, recorría los grupos con aire como si fuese el personaje principal de la fiesta. Fué el primero en divisar á Eduardo cuando éste llegó montado en un caballo tor-

dillo. Acto continuo se volvieron hacia el maestro una cantidad de semblantes risueños, y Juárez le gritó una broma un tanto grosera. Si Eduardo hubiese contestado con otra, bien dicha, la cosa habría parado allí. En lugar de esto, se puso encarnado y siguió adelante sin responder, entre un coro de risas. Juárez, envalentonado con su primer triunfo, comenzó entonces una serie de indirectas más ó menos insolentes y provocadoras, acerca del señorito que venía de Buenos Aires para darse tono con su gran sabiduría, y que ni siquiera sabía ensillar y montar bien un caballo. Eduardo permaneció tranquilo al principio; acabó, empero, por perder su calma y contestó con aspereza á uno de esos alfilerazos, lo que motivó una explosión de risas. Exasperado entonces, se volvió hacia Juárez y levantó el rebenque con gesto amenazador. El otro al punto sacó su cuchillo, arrolló su poncho en el brazo y provocó al maestro á combate singular. Estalló una gritería general y al momento se formó rueda, preparándose los gauchos á presenciar un espectáculo interesante.

El momento era decisivo para Eduardo. Si hubiese saltado del caballo, pedido un cuchillo á uno de los paisanos y hecho frente á Juárez, se habría conquistado el respeto de aquéllos, aunque hubiese resultado vencido.

— ¡Vamos, bájese y venga á pelear si se atreve! — le gritó Juárez.

— Usted sabe que yo no manejo el cuchillo.

— ¡ Ah, sí! El caballero sabe provocar ; pero tiene miedo de pelear.

— Yo no tengo miedo. Además yo no le he provocado á usted ; usted es quien ha estado fastidiándome.

Juárez, que hasta entonces sólo había fingido enojo, comenzó á enfadarse de veras.

— ¡ Empuñe su rebenque entonces ! — gritó.

Pero Eduardo ya había vuelto bridas, convencido de que no debía batirse con un gaucho, él, que representaba á la civilización.

Juárez estaba furioso por el desaire que le había hecho el maestro al no aceptar su reto. Los demás juzgaban á Eduardo de muy diversas maneras ; algunos le llamaban cobarde, otros decían que se había portado con dignidad. El incidente le había colocado en una situación equívoca.

## V.

La fiesta había terminado. Á la luz de la luna, Juárez y dos compañeros, todos más ó menos ebrios, volvían á las estancias donde servían como peones. Gritaban, reían, cantaban, se vanagloriaban de sus hazañas, de las carreras que ganaran sus caballos, de la suerte que habían tenido en el juego de la taba.

De pronto uno le hizo notar á Juárez un jinete que iba delante de ellos al tranco de su caballo, con la cabeza inclinada hacia adelante,

como un hombre fatigado ó distraído en sus pensamientos.

Era el maestro. Juárez lanzó un juramento.  
— ¡ Ahora le voy á enseñar !...



El animal, espantado, saltó á un lado y el jinete...

Pero se detuvo ; en su mente embotada había surgido otra idea.

— Vamos á darle un susto — propuso á sus compañeros.— No está muy acostumbrado al caballo. Voy á espantarle el tordillo.

— ¿ Y si se cae y se mata ? — observó otro, menos ebrio.

— ¡ Qué se ha de matar ! Sólo le voy á dar un susto para hacerle recordar la fiesta de la patrona.

Se adelantó á sus compañeros y se lanzó á la carrera, y, al pasar como una exhalación junto á Eduardo, agitó ante los ojos del tordillo el pañuelo rojo que se había quitado del cuello. El animal, espantado, saltó á un lado y el jinete fué despedido bruscamente de la silla. Se oyó un grito, Juárez soltó una carcajada y siguió corriendo. Á corta distancia se detuvo, preparándose á ver al maestro como lo imaginaba, sentado en el pasto y frotándose los miembros ; pero á la débil claridad de la luna distinguió una forma humana que yacía inmóvil en el suelo.

Juárez experimentó una sensación desagradable. Lentamente se encaminó hacia el lugar donde se hallaba el cuerpo y vió al maestro manando sangre de una profunda herida en la cabeza. Al inclinarse sobre él, Eduardo abrió los ojos y murmuró :

— ¡ Juárez ! . . . ¿ Por qué hizo eso ?

El gaucho se turbó más aún, porque aquél le había reconocido, á pesar de la rapidez con que todo había pasado. Si llegaba á descubrirlo, tendría que habérselas con la justicia.

Disipados los vapores de la embriaguez, comprendió de pronto que había cometido una cobardía, una iniquidad sin nombre.

Entre tanto, se habían acercado los compañeros y rodearon consternados al herido. Convi-

nieron en que era necesario transportarle á su casa y buscar un médico. Uno de ellos recordó que en la estancia de su patrón había un médico de visita, y se encargó de traerlo. Los otros alzaron al maestro que gemía de un modo desgarrador en cuanto lo tocaban, y paso á paso lo condujeron á la comisaría.

—Le hemos encontrado en el camino de la estancia de Morales—declararon;—debe habersele espantado el caballo.

El médico comprobó que, además de la herida en la cabeza, el maestro tenía otras graves lesiones.

Para Juárez comenzó una época de angustia. Si moría el maestro, él era su asesino; y si sanaba, seguramente le delataría, puesto que le había conocido y no tenía por cierto ningún motivo para perdonarle. Juárez era bastante noble para no desear la muerte de Eduardo. Matar á un hombre en duelo, donde se medían en lucha igual las fuerzas y la destreza, no le parecía criminal; pero herir á traición á un hombre indefenso, era una cobardía.

Todas las tardes iba á casa del juez de paz, cuya familia se había hecho cargo del enfermo, á preguntar por éste, y siempre le respondían que seguía muy mal. Una tarde, sin embargo, le dijeron:—Está mejor. El médico cree que salvará.

Juárez sintió al mismo tiempo una alegría muy grande y un violento sobresalto. Pidió permiso para ver al maestro; pero se lo negaron.

Unos cuantos días después, le dejaron entrar. Al lado del lecho se hallaban el médico y el juez de paz. Eduardo, con la frente vendada, tan blanco que su cara se destacaba apenas de la almohada, volvió sus ojos lánguidos hacia el mozo, que permanecía en la puerta dando vueltas á su sombrero.

—Adelante, Juárez—dijo el juez de paz.—Puede felicitar al señor maestro, está fuera de peligro.

Juárez balbuceó algunas palabras. Eduardo no quitaba de él sus ojos, en los cuales había una expresión perpleja, como si en su mente luchase por abrirse paso algún recuerdo, relacionado con ese hombre. Los otros advirtieron esa mirada y la interpretaron mal.

—¿No lo reconoce?—preguntó el médico.

—Sí—murmuró Eduardo, y Juárez sintió un temblor nervioso, pues sabía, mejor que el juez y el médico, lo que el maestro acababa de recordar.

—¿Y cómo fué aquello?—inquirió el juez.—Nos estaba por contar cómo se cayó. No, no se vaya, Juárez. Usted es uno de los que hallaron al señor, ¿no? Pues entonces tendrá interés en saber cómo sucedió la desgracia.

—Yo volvía de la fiesta—dijo Eduardo con voz apagada—y se me ocurrió dar un paseo por el campo. Iba al tranco de mi tordillo cuando... de pronto, al costado mismo, se levantó un avestruz y echó á correr. Mi caballo saltó á un lado y me arrojó al suelo...

Su mirada se cruzó con la de Juárez, quien al pie de la cama jugaba nerviosamente con su talero, presa de la angustia y esperando á cada instante oír la palabra temida. Al encontrarse sus ojos con los de Eduardo, experimentó una sacudida violenta de sorpresa y gratitud, mientras por el semblante pálido del enfermo pasaba una sonrisa, como un rayo de luz.

## VI.

La conducta caballeresca del maestro puso en revolución los sentimientos elevados del gaucho. Semejante nobleza de ánimo en un hombre á quien había mortificado, ofendido y fastidiado sin piedad, le llenó de admiración. Él no quería ser menos. Aprovechó un momento en que sabía solo al enfermo; y al ver que éste le sonreía, se precipitó hacia la cama, tomó en sus manos toscas la blanca y fina de Eduardo, y prorrumpió en estas palabras:

—¡He sido un bruto!...

Eduardo le estrechó la mano con sus dedos débiles.

—Dejemos eso—dijo.

Desde ese día comenzó á acentuarse la mejoría en la salud del maestro. Contribuían á ello las pruebas de cariño que recibía constantemente. Todos sus alumnos, que en el fondo le querían mucho, iban á visitarlo, y no hubo un gaucho que dejara de pasar para preguntar cómo seguía. Juárez había declarado en la pul-

pería, delante del paisanaje reunido, que le clavaría su cuchillo al primero que se atreviera á decir algo contra el maestro, su mejor amigo desde aquel momento. Se admiraron mucho de este cambio: inquirieron, indagaron y aunque no se llegó á descubrir toda la verdad, ésta trascendió lo bastante para captar al joven maestro las simpatías de aquellos hombres, rudos si se quiere, pero que sabían apreciar los sentimientos de honor é hidalguía.

El día que Eduardo pudo volver á su escuela, fué una verdadera fiesta para él. Parado en la puerta veía llegar á los niños que corrían gozosos á saludarle; algunos jinetes, al pasar, le hicieron señas amistosas con la mano. En aquel momento el maestro no se habría cambiado con nadie en el mundo, pues experimentaba la suprema felicidad del que, tras luchas y sufrimientos, recoge el premio de su perseverancia.



## 12.

**El mensajero de San Martín.**

## I.

El general don José de San Martín leía en su despacho en Mendoza algunas cartas que acababan de traerle. Terminada la lectura, se volvió hacia un muchacho que estaba de pie junto á la puerta y le hizo seña de acercarse. Debía tener unos 16 años; era delgado, pero fuerte, con ojos brillantes de inteligencia y fisonomía franca y alegre. Cuadrado como un pequeño soldado, soportó tranquilamente la mirada del general.

—Te he mandado llamar—dijo éste—para encargarte una misión difícil y muy honrosa. Te conozco bien: sé que tu padre y tres hermanos tuyos están en mi ejército y que tú deseas servir también á la patria. Lo que te voy á encargar es peligroso; pero eres de una familia de valientes y antes has dado pruebas de sagacidad y prudencia. ¿Estás resuelto?

—Sí, señor—contestó el muchacho sin vacilar.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, señor.

—Mira que corres peligro.

—Como todos nosotros, señor general.

San Martín sonrió de esta respuesta, por la cual veía que el muchacho se contaba muy decididamente entre los patriotas.

—Debes tener presente que en caso de ser descubierto, te fusilarían—continuó.

—Ya lo sé.

—Entonces ¿ estás bien resuelto ?

—Sí, señor.

—Muy bien. Veo que no me he equivocado. Quiero enviarte á Chile con una carta que por nada ¿ entiendes ? ¡ por nada ! debe caer en manos ajenas. Si llegaras á perderla, costaría la vida á muchas personas. Se la entregarás al abogado don Manuel Rodríguez, á quien encontrarás en Santiago. El señor Rodríguez te dará la contestación y tendrás con ella las mismas precauciones. Si te vieras en peligro, destrúyela ; y si por desgracia fueras descubierto como mensajero mío, supongo que sabrás guardar el secreto. ¿ Me has entendido, Miguel ?

—Perfectamente, señor—respondió el muchacho; y esta contestación sencilla, firme y franca, satisfizo á San Martín, insigne conocedor de los hombres.

## II.

Dos días después, Miguel pasaba la cordillera en compañía de unos cuantos arrieros. Llevaba la carta cosida dentro de un cinturón debajo de la ropa; tenía el aire más inocente y despreocupado del mundo y nadie hubiera sospechado que podría estar pensando en otras cosas sino en niñerías, pues durante todo el viaje no hizo sino cantar, silbar y bromear con los arrieros. Refirió á

éstos que iba á la finca de unos parientes que vivían al otro lado de la cordillera. Todos le cobraron afecto por su buen humor, porque era amable y servicial, y cuando se separó de ellos en territorio chileno, le despidieron con cariño.

Miguel no conocía el contenido de la carta que llevaba, ni al destinatario. Ignoraba que el señor Manuel Rodríguez era uno de los chilenos que más activamente contribuían á preparar la revolución patriota para cuando invadiera San Martín con su ejército. Ignoraba asimismo que él no era sino uno de los innumerables agentes y espías que aquel general tenía en Chile para llevar y traer correspondencia secreta, sembrar noticias, verdaderas ó falsas según le conviniera, y tenerlo al corriente de cuanto ocurriera en Chile y pudiera serle útil.

Nada, pues, sabía Miguel de todo esto. Su encargo era llevar la carta y traer la contestación. El general le había honrado con su confianza y él debía justificarla. Eso le bastaba.

Llegó á Santiago de Chile sin contratiempos, halló al doctor Rodríguez y le entregó la carta, recibiendo la respuesta, que guardó como la otra en el cinturón secreto.

—Mucho cuidado con esa carta—le dijo también el abogado.—Eres realmente muy niño para darte un encargo tan peligroso; pero debes ser muy inteligente y muy guapo, y sobre todo buen patriota, para que el general te juzgue digno de esta misión.

Miguel volvió á ponerse en camino lleno de placer y orgullo con este elogio y resuelto á merecerlo cada vez más.

### III.

Hasta entonces su viaje se había efectuado sin tropiezos. Pero sucedió que tuvo que pasar por un pueblo cerca del cual se hallaba acampada una fuerza realista bastante considerable al mando del coronel Ordóñez.

Los chilenos en aquel tiempo estaban sometidos por parte del gobernador Marcó del Pont, á un régimen terrible. El gobernador sabía que le odiaban á él y á todos los peninsulares; que deseaban asociarse á la gloriosa revolución de Buenos Aires del 25 de Mayo, y que todo un ejército de emisarios y agentes secretos de los patriotas trabajaban entre el pueblo para sublevarlo. Todos los sospechosos eran encerrados en las fortalezas y prisiones, donde el feroz fraile San Bruno se encargaba de martirizarlos de mil modos. Nadie podía ausentarse de su casa para hacer un viaje sin comprar un permiso á las autoridades; á las 7 de la noche las casas debían estar cerradas bajo pena de multa; y como todos los derechos y privilegios eran para los españoles, y todas las humillaciones para los chilenos, era natural que los agentes de San Martín hallasen hombres dispuestos á auxiliarles. Los chilenos esperaban ansiosos el momento en que el ejército argentino pasara los Andes. Reunían

dinero, objetos de valor y armas; aprestaban caballos y ganados; cada cual contribuía en su medida. Los agentes eran siempre bien recibidos y nunca jamás se les hizo traición. Las autoridades sabían que ocurría algo de anormal; pero



—Debes tener presente que en caso de ser descubierto...

ignoraban qué era, de dónde provenía, á quién hacer responsable y á quién aprehender. En la duda consideraban sospechosos á todos los criollos y redoblaban su dureza, lo que naturalmente tuvo por consecuencia hacer más feroz aun el odio de los chilenos.

## IV.

Miguel se acercó al pueblo al caer la tarde, ignorando que hubiera allí un campamento, pues éste no era visible desde el camino que traía. Alrededor de él se extendía la hermosa campiña chilena, fresca, verde y ligeramente ondulada. Un arroyo correntoso bajaba á la izquierda. En la orilla se levantaban las casas, ó mejor dicho, las chozas del pueblecito, grises, tristes y silenciosas, medio envueltas ya en las primeras penumbras del crepúsculo; y dominándolas, cerrando el horizonte, la cordillera gigantesca é imponente, que subiendo en gradas cada vez más grandiosas, semejava una escalinata estupenda que iba á rematar en los maravillosos nevados teñidos de oro rosado por los últimos rayos de luz. Las faldas de las montañas ya estaban en la sombra, y sus huecos y quebradas envueltos en tintes fríos, azul, morado, violeta, mientras el esplendor fantástico de las cumbres se destacaba de un cielo maravillosamente claro y transparente.

Miguel, aunque por lo general poco sensible á las bellezas de la naturaleza, se sintió sin embargo impresionado por aquel cuadro mágico; mas un acontecimiento inesperado vino bien pronto á distraer su atención.

Dos soldados á quienes pareció sospechoso el muchacho que viajaba solo, á esa hora y en dirección á las sierras (ya que cualquier cosa era sospechosa en aquellos tiempos), se dirigieron

hacia él al galope. En el sobresalto del primer momento, Miguel cometió la imprudencia de huir, lo que naturalmente avivó las sospechas de los soldados, quienes, cortándole el camino, consiguieron prenderlo.

—¡Hola!—gritó uno de ellos sujetándole el caballo por el freno;— ¿quién eres y adónde vas?

Miguel había ya recobrado su sangre fría y contestó humildemente que era chileno, que se llamaba Juan Gómez y que iba á la hacienda de sus padres á dos leguas de allí. Mas los soldados no se dieron por satisfechos con esta respuesta, porque conocieron por su manera de hablar, distinta de aquella de los chilenos, que era *cuyano*, es decir, nativo de Cuyo, ó por extensión, del país al otro lado de los Andes. Insistieron en que Miguel era sospechoso y á pesar de su resistencia y de sus súplicas le condujeron al campamento donde lo entregaron á un sargento, y éste á su vez á un oficial superior. El oficial le interrogó y Miguel contestó con serenidad, ocultando su temor de que lo registraran y encontraran la carta. Después de haberlo detenido un rato, le llevaron á una carpa, donde se hallaba en compañía de varios oficiales, el coronel Ordóñez.

—Eres sospechoso de ser agente del general San Martín—dijo el coronel sin preámbulos.— ¿Qué tienes que contestar á eso?

Miguel habría preferido declarar orgullosamente la verdad; pero la prudencia le hizo renunciar á esta idea y como antes, negó la acusación.

—Oye, muchacho—dijo el coronel,—de nada te sirve negar. Más vale que confieses francamente, así quizá pueda aliviarte el castigo, porque eres muy joven.

Miguel no se dejó seducir y volvió á repetir su declaración anterior ; pero al coronel Ordóñez no se le engañaba tan fácilmente. Se le ocurrió que el muchacho pudiera tener una carta ó cualquier objeto sospechoso.

—¿Llevas alguna carta?—le preguntó de improviso.

— No — contestó Miguel ; pero mudó de color y el coronel lo advirtió.

— Regístrenlo — ordenó.

En un abrir y cerrar de ojos dos soldados se apoderaron de Miguel, y mientras el uno lo sujetaba, el otro lo registró á pesar de su resistencia desesperada. No tardó en hallar el cinturón con la carta, que entregó al coronel.

— Bien lo decía yo — observó Ordóñez, disponiéndose á abrirla ; pero en ese momento Miguel se desprendió con un movimiento brusco é imprevisto y saltando sobre el coronel como un pequeño tigre, le arrebató la carta de las manos y en dos segundos la hizo trizas.

Todos permanecieron estupefactos ante la audacia del muchacho. Luego algunos quisieron arrojarle sobre él para castigarle ; pero el coronel les detuvo y dijo con una sonrisa extraña:

— Eres muy atrevido, muchacho. Quizás no sepas que puedo mandarte fusilar sin más trámites.

Miguel no contestó, pero sus ojos chispeantes y sus mejillas encendidas indicaban claramente que no tenía miedo. Ahora podían hacer de él lo que quisieran, la carta ya no existía y jamás sabrían de su boca á quién iba dirigida ni quién la enviaba.

— Hay que convenir en que eres muy valiente — continuó Ordóñez — y en que aquel que te ha mandado sabe elegir su gente. Ahora bien, puesto que eres resuelto y fiel, quisiera salvarte y lo haré si me dices lo que contenía la carta que has roto.

— No sé, señor.

— ¿No sabes? Mira que tengo medios de refrescarte la memoria.

— No sé, señor. La persona que me dió la carta no me dijo lo que contenía.

El coronel reflexionó un momento. Le pareció creíble lo que decía Miguel, pues no era de suponer que éste estuviera enterado del contenido de la carta.

— Bien — dijo, — te lo creo. Pero ¿podrías decirme al menos de quién provenía y á quién iba dirigida?

Miguel calló. Sólo ahora comenzaba la verdadera prueba.

— Contesta — ordenó el coronel.

— No puédo, señor.

— ¿Y por qué no?

— Porque he jurado.

— ¡Oh! Si no es más que eso, un sacerdote podrá desligarte del juramento.

— Podría hacerlo ; pero no por eso yo me consideraría libre de ser un traidor.

El coronel Ordóñez admiraba en secreto á ese niño tan hombre ; pero no lo demostró, y abrien-



... Miguel cometió la imprudencia de huir...

do un cajón de la mesa sacó una gaveta y tomó de ella un puñado de monedas de oro.

— ¿ Has tenido alguna vez una moneda de oro ? — preguntó á Miguel.

— Nunca, señor — contestó el muchacho, cuyos ojos se fijaron involuntariamente en el metal reluciente.

— Bueno, pues, yo te daré cien onzas de oro,

¿entiendes? cien onzas de oro si me dices lo que quiero saber. Vamos ¿te decides? Piensa: ¡ cien onzas de oro! Toda una fortuna. ¡ Cuántas cosas podrías comprar con tanto dinero y cómo te envidiarían todos! Y eso, con sólo decirme dos nombres.

Sobre Miguel el oro obra su fascinación funesta. ¡ Cómo brillaban y con qué dulce retintín chocaban las monedas cuando el coronel las hacía escurrir entre sus dedos y las dejaba caer suavemente en la gaveta! ¡ Cien onzas de oro! Para él una fortuna inaudita.

— Me lo puedes decir despacio, al oído — prosiguió el coronel, observando con atención el efecto que el metal brillante hacía en Miguel. — Nadie sino yo lo oirá.

Entonces por fin, Miguel logró vencer el terrible sortilegio del oro, y apartando con un esfuerzo los ojos, repitió estas tres palabritas que exasperaban al coronel:

— No puedo, señor.

Ordóñez le miró de una manera particular.

— ¿ Has oído alguna vez hablar de San Bruno? — preguntó.

Miguel se estremeció al oír ese nombre, que era pronunciado con espanto en Chile y en Cuyo.

— Á él te entregaré sino confiesas — prosiguió el coronel. — En tus propias manos está tu suerte: si contestas á mi pregunta, te doy la libertad, y sino... — El coronel no terminó su frase; pero trunca como estaba, era terriblemente explícita.

Miguel bajó los ojos y no contestó. Esta resistencia pasiva irritó al coronel.

—Á ver—ordenó,—unos cuantos azotes bien dados á este muchacho.

Llevaron á Miguel afuera y en presencia de Ordóñez, de sus oficiales y muchos soldados, dos de éstos le golpearon sin piedad. El muchacho apretó los dientes para no gritar y dar esta satisfacción á los que así se ensañaban con él. Sus sentidos comenzaron á turbarse á medida que los golpes llovían sobre su cuerpo, sus ideas se confundían bajo la influencia del dolor, ante sus ojos flotaban aún como una visión las cumbres nevadas que ahora resaltaban con blancura lívida de sudario en el cielo diáfano, y luego perdió el conocimiento y se desplomó al suelo.

—Basta—dijo Ordóñez,—enciérrrenlo por esta noche. Apuesto que mañana confesará—agregó hablando con los oficiales;—pero si no lo hace no podré salvarlo y tendré que mandarlo á Santiago, y sería lástima que un muchacho tan guapo fuese á parar á manos de San Bruno. No debemos perder este hilo de la trama que está tejiendo mi astuto ex amigo San Martín.

## V.

Entre los que presenciaron la flagelación se hallaba también un soldado chileno que, como todos sus compatriotas, simpatizaba con la causa de la libertad. Tenía dos hermanos que eran agentes de San Martín, y él mismo esperaba la llegada del

ejército argentino para abandonar las filas realistas. El valor y la constancia del muchacho, que eran el tema de conversación en todo el campamento, le llenaron de admiración y le hicieron concebir el deseo de salvarle si era posible. Resolvió exponerse para dar libertad al prisionero y facilitarle los medios de huir. Sabía que Miguel se hallaba en una choza de la aldea, donde lo habían dejado sin preocuparse más de él, corriendo solamente el cerrojo que aseguraba la puerta por fuera.

Á media noche, el silencio más profundo reinaba en el campamento. Los fuegos estaban apagados y todos dormían, excepto los centinelas que velaban con el arma al brazo.

Miguel acababa de despertar de su largo desmayo. Al principio no pudo recordar bien lo que había sucedido; pero al sentir el escozor de los cardenales que le cubrían todo el cuerpo no tardó en darse cuenta. El pobre muchacho estaba muy débil y dolorido; y solo y prisionero, no era de extrañar que se sintiera desfallecer, pues al fin y al cabo no era sino un niño. Sin embargo, se alegraba de haber soportado las pruebas á que lo habían sometido, y esperaba poder resistir todavía otras peores. No pensaba en la fuga porque ésta le parecía imposible y sólo deseaba que llegara el día para salir de esa terrible incertidumbre.

Entonces, en el silencio de la noche, Miguel sintió un ruido suave en la puerta y luego un chirrido apagado como cuando se descorre con

precaución un cerrojo. La puerta se abrió despacio y en el marco, la figura de un hombre se dibujó en el fondo claro del cielo estrellado. Miguel se levantó sorprendido.

—¡Quieto!—dijo una voz muy baja.—¿Tienes valor para tratar de escapar?

Miguel enmudeció de asombro. De repente no sintió ya dolores, ni cansancio, ni debilidad; estaba fresco y ágil y resuelto á todo con tal de recobrar la libertad. Siguió al soldado y los dos se deslizaron como sombras por el campamento dormido, hacia el corral donde se hallaban los caballos. El de Miguel estaba ensillado y atado á un poste, y el soldado ordenó al muchacho que lo tomara de la brida y le siguiera. Cruzaron el gran corral y llegaron á la orilla del arroyo que corría espumoso entre sus barrancas.

—Éste es el único punto por donde puedes escapar—dijo el soldado.—El único lugar donde no hay centinelas. Ten cuidado, porque el arroyo es muy traicionero. Pronto, á caballo.

Miguel, demasiado aturdido por el cambio repentino de su suerte para preguntar el cómo y porqué de todo eso, obedeció y despidiéndose de su generoso salvador con un apretón de manos y un «¡Dios se lo pague!» bajó la barranca y entró en el arroyo que cruzó con felicidad. Luego, espoleando su caballo, huyó en dirección á las montañas para probar á San Martín, con las llagas de los azotes que desgarraron sus espaldas, cómo había sabido guardar el secreto de la carta.

---

## 13.

**Ángela.**

## I.

La provincia de Buenos Aires, hoy cubierta de ciudades y villas florecientes, tenía á principios del siglo pasado pocos habitantes blancos. Éstos debían estar siempre alerta y prontos para rechazar cualquier ataque de los indios, que recorrían el país hacia todos los rumbos, sorprendían las estancias, mataban á los hombres y se llevaban las mujeres, los niños y los ganados, desapareciendo luego con tanta rapidez como habían venido.

En uno de los fértiles valles de las sierras del Sur, se había formado un núcleo de población bastante importante, con extensiones de tierra labrada y miles de cabezas de ganado, el botín más codiciado por los indios.

Una noche, éstos invadieron el valle y consiguieron llevarse casi todos los animales. Los pobladores, cansados de ser víctimas de tanto atropello, resolvieron castigar á los salvajes, de tal manera que quedasen escarmentados. Organizaron una expedición de 80 hombres y confiaron el mando á un vecino llamado Pablo Vargas, muy respetado por su energía y la rectitud de su carácter. Acompañábale un hijo suyo, Feliciano, mocetón de diez y ocho años, alto, fuerte

y vigoroso, serio y honrado como su padre, y valiente con ese valor tranquilo y sin alardes del que está seguro de su fuerza.

Después de algunos días de marcha, los expedicionarios dieron con una toldería de in-



... á una niñita que tiraba del brazo á la muerta...

dios: en los alrededores se hallaban los animales robados. Se empeñó un combate encarnizado; las armas de fuego hicieron terribles estragos en las filas de los salvajes, que se desbandaron en todas direcciones, dejando el suelo cubierto de muertos y heridos.

Al recorrer el campo, Feliciano encontró junto

al cadáver de una mujer, á una niñita que tiraba del brazo á la muerta, dando voces lastimeras para despertarla. Feliciano se acercó á ella, pero la chica se escapó lanzando gritos agudos. El muchacho la persiguió y logró alcanzarla. Chillaba espantada; pero luego se sosegó y dejó de forcejear. Sucia y desnuda, como todas las criaturas de los salvajes, algo había, sin embargo, en ésta que llamaba la atención. Sus miembros eran finos y delicados, el color claro del cabello y del cutis, se alcanzaba á ver á través de la costra de suciedad que se había formado encima, y los ojos eran de un azul violeta profundo. No cabía duda: era de raza blanca y seguramente había sido robada por los indios en alguna de sus correrías.

Pablo Vargas resolvió llevarla consigo, con gran contento de Feliciano, á quien le había caído en gracia la pequeña salvaje. Ésta, huraña y hostil con los demás, no se apartaba de su lado, le seguía como un perrito y no quería estar sino con él. Parecía haber olvidado por completo á los indios y á la mujer que probablemente hiciera para con ella las veces de madre y á cuyo lado la había hallado el muchacho. La expedición emprendió el camino de regreso y Feliciano llevó á la chica en su caballo.

La mujer de don Pablo, no se manifestó muy contenta cuando le presentaron la criatura; mas ésta, al verla, se soltó de pronto de la mano de Feliciano y corrió hacia ella gritando:

— ¡Mamá, mamá!

Quién sabe qué reminiscencias remotas había despertado en su cerebro infantil la vista de una mujer vestida á la usanza de los pueblos cultos, arrancándole las únicas palabras que sabía fuera del idioma indio.

Doña Manuela se conmovió y desde entonces ya no quiso desprenderse de la pequeña. Como mujer práctica, lo primero que hizo fué limpiarla, operación que llevó á cabo entre gritos, chillidos y llanto de parte de la criatura.

Cuando ésta se presentó ante Feliciano, convertida, al menos exteriormente, en una personita civilizada, el muchacho la miró como si fuese una aparición. Con sus ojos azules y su pelo rubio, era tal como en su niñez había imaginado á los ángeles. Era tan blanca y delicada, que casi no se atrevió á tocarla.

Cuando se trató de darle nombre, Feliciano insistió en que la llamasen Ángela, y así se hizo.

## II.

Bien pronto Angelita se acostumbró á su nueva vida. Soportó con paciencia las ropas y se mostró inteligente y dócil. Quería mucho á sus padres adoptivos; pero sentía un especial y profundo cariño por Feliciano. Nunca era más dichosa que cuando él la acompañaba á trepar por las sierras ó á corretear á caballo por los campos. Era intrépida é infatigable y á menudo Feliciano tenía que moderar los ímpetus de su pequeña compañera. Á pesar de la gran diferencia de edad eran

los mejores amigos del mundo. Angelita—que, dicho sea de paso, no tenía de ángel más que el nombre — era una tiranuela y generalmente conseguía de Feliciano cuanto se le antojaba; pero al mismo tiempo le respetaba mucho. Cuando las cejas de su hermano se contraían de cierta manera, la chica se tornaba humilde y dócil, se estrechaba contra él y le acariciaba hasta que volvía á sonreír.

Creció así en medio de una vida tranquila y feliz. Á medida que pasaban los años, tomaba sobre sí las tareas de su madre. Nada la cansaba, nada le parecía duro. Trabajaba en la casa y en el campo, en la huerta y en el corral, cantando alegre como un jilguero. Con su belleza rubia, parecía un ser de otro mundo. Tenía un ligero acento raro al hablar y un algo indefinible y exótico que hacía pensar en una princesita encantada, á la cual una hada maléfica hubiera relegado al fondo del desierto.

Ignoraba que no era hija de don Pablo Vargas.

Los acontecimientos de su primera infancia se habían borrado por completo de su mente y nadie se los hizo recordar. Sus padres adoptivos le habían cobrado tanto cariño, que no se resolvieron á hacer investigaciones acerca de ella; aparte de que esto era en extremo difícil. Lo fueron aplazando de día en día, de mes en mes y de año en año, hasta que ya no se habló de ello. Mas llegó un día en que la vida se encargó de descorrer el velo.

## III.

Feliciano había visto á la pequeña salvaje convertirse, poco á poco, en una joven encantadora y su cariño de hermano fué transformándose gradualmente en un amor grande y sincero. Vacilaba en confesárselo á Angelita, por temor de arrojarla en un conflicto cruel, pues si lo hacía tendría que decirle también que no era hermana suya y que quizá tenía en el mundo padres que lloraban su pérdida.

Pidió consejo á sus padres y éstos tuvieron los mismos escrúpulos; pero al mismo tiempo, fué tan grande su alegría al pensar que Ángela pudiera llegar á ser la esposa de su hijo, que Feliciano decidió poner su suerte en manos de la niña.

Ésta gustaba de subir por la tarde á uno de los cerros para gozar del fresco y del amplio horizonte.

Las montañas, detrás de cuyos picos ardía el sol poniente, semejaban volcanes en erupción. Las sombras se alargaban, alcanzaban los cerros opuestos, trepaban por sus flancos, invadían sus cumbres y devoraban los últimos rayos oblicuos. Sobre las lomas se tendía entonces una cinta luminosa color verde claro que seguía con maravillosa exactitud los contornos de la cadena.

Angelita sintió ruido y divisó á Feliciano subiendo la ladera del cerro. Vino á sentarse junto á ella, visiblemente turbado; tanto, que llamó la atención de la niña.

—¿Qué tienes? — le preguntó.— De un tiempo á esta parte, te noto preocupado y triste.

Feliciano se pasó la mano por la frente con un ademán perplejo; empero, era necesario hablar.

Hizo un esfuerzo y, lentamente, con muchas pausas, refirió á Ángela, quien creía soñar, lo que había venido á decirle.

—No te exijo una respuesta inmediata—terminó;—sólo te pido que lo pienses y que después me digas lo que has resuelto. Cualquier cosa que decidas, recuerda que siempre seré para ti un hermano cariñoso.

La dejó, y Angelita, completamente aturdida, le siguió con la mirada hasta que desapareció entre las rocas.

En su vida, serena y feliz, algo había cambiado en esos breves instantes. Experimentó esa sensación enloquecedora que tenemos cuando se mueve bajo nuestros pies el suelo que habíamos creído firme y sólido. Desconcertada, no hallaba apoyo ni sostén en ninguna parte. Miró con ojos que no veían el horizonte que resplandecía como en una aurora boreal. Sólo bajó cuando el viento frío la hizo estremecer y la obscuridad permitía apenas ver las piedras de la ladera.

¡No era hermana de Feliciano! ¿Quién era entonces? ¿En qué punto lejano del mundo vivían sus padres, de cuyos brazos había sido arrancada en su más tierna niñez? Esas buenas gentes á quienes hasta entonces había amado como á los miembros de su familia, ¿no

tenían, pues, con ella ni el más remoto parentesco?

Cuando hubo pasado la primera impresión violenta y pudo pensar con calma, Ángela reflexionó.

Era feliz en su valle; quería á sus padres adoptivos; no deseaba otra vida. En ninguna parte á donde fuese, hallaría un hombre más bueno y digno de ser querido que Feliciano. Aunque fuera hija de príncipes jamás sería para ella una degradación ser la esposa de semejante hombre á quien por añadidura debía tanta gratitud. Y si algún día ella llegara á encontrar á sus padres, éstos recibirían con los brazos abiertos al esposo de su hija.

#### IV.

Ebrio de gozo, Feliciano supo la resolución de Ángela. En cuanto á sus padres, no sabían cómo demostrar su alegría.

Se fijó el día de la boda y comenzaron á hacerse los preparativos. Un fraile misionero, que se hallaba de paso en la región, debía casar á los jóvenes.

Una tarde del año 1821 éstos divisaron desde la cumbre de su cerro favorito, unos objetos negros que se agitaban á lo lejos y aumentaban rápidamente en tamaño y en número. Pronto se vió que era un cuerpo de caballería. Más lejos, crecía por momentos una gran masa confusa,

de la cual el cuerpo montado parecía formar la vanguardia.

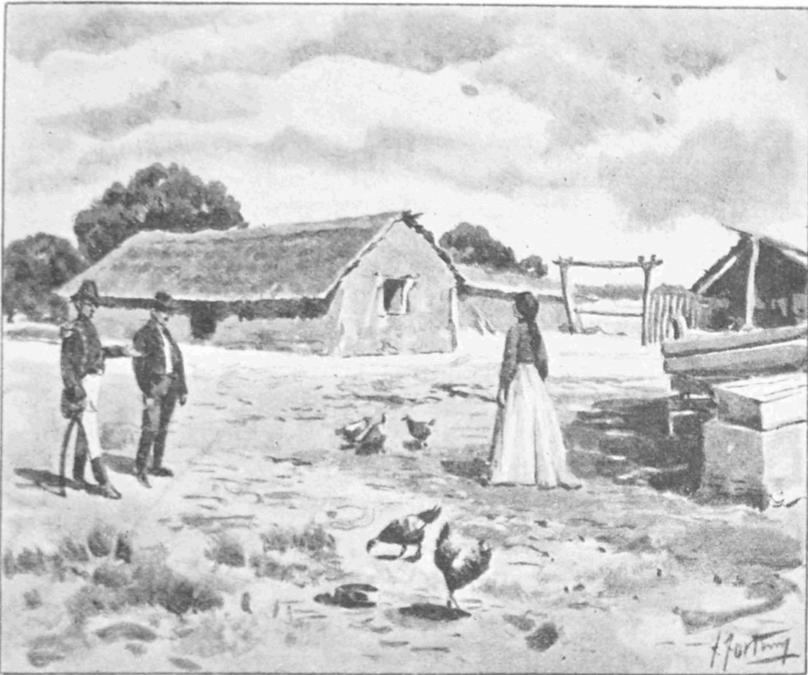
Así era, en efecto.

El gobernador de Buenos Aires, general Rodríguez, había organizado una expedición contra los indios, con la cooperación del rico hacendado Juan Manuel de Rosas, quien empezaba á actuar entonces en la política del país y que tan siniestra fama debía adquirir más tarde. Éste había equipado por su cuenta todo un cuerpo de caballería, uniformado de colorado, compuesto de los peones de sus estancias y de paisanos, entre los cuales mantenía la disciplina más severa.

La tropa debía descansar un día en el valle. Tanto los jefes y oficiales como los soldados, fueron agasajados por los pobladores, contentos con la perspectiva de que quedarían escarmentados por fin los salvajes. Los hombres de tropa recibieron como regalo toda clase de víveres y los jefes fueron invitados á los ranchos de los principales vecinos.

El general Rodríguez mandaba en persona esa división de su ejército, y aceptó, con varios de sus oficiales, la hospitalidad de don Pablo Vargas. Quedaron admirados ante la belleza aristocrática de Ángela; quien, á pasar de su traje basto, tenía todo el aire de una niña de raza noble. Principalmente un coronel no desviaba de ella los ojos. Le parecía haber visto ya ese pelo dorado y esos ojos azules; antes, hacía muchísimo tiempo... ¿Dónde podía él haber encontrado ya esa niña ó su imagen?

Después de la comida, mientras los demás oficiales fumaban y conversaban delante del rancho, el coronel llamó aparte á don Pablo y, señalando á Angelita, preguntó en voz baja :  
— ¿ Es hija suya esa niña ?



— ¿ Es hija suya esa niña ?

— No. ¿ Por qué ?

— Porque... pero dígame ¿ quién es ?

Vargas le refirió la historia de Angelita. El coronel, con los ojos fijos en la niña, compulsaba mentalmente datos y fechas, hechos y suposiciones.

— Debo equivocarme — murmuró. — Pero no; es idéntica.

— ¿Qué dice, coronel?

— Ya le diré.

Cuando el general y los oficiales se hubieron retirado á dormir, la familia de Vargas, reunida en torno del coronel, escuchó asombrada de sus labios la siguiente historia.

## V.

Hacia próximamente veinte años, había venido al Río de la Plata un rico caballero inglés. Su intención era seguir viaje á Mendoza y de ahí á Chile, adonde le llamaba una misión de su gobierno. Llevaba consigo á su esposa joven y bella y una hijita de dos años, imagen de su madre.

Fueron recibidos en Buenos Aires con toda clase de miramientos; se puso á su disposición cuanto necesitaban para el largo viaje y se les dió una escolta que debía acompañarles hasta dejarles en territorio chileno. El jefe de la escolta era el coronel, entonces un joven capitán.

Partieron de Buenos Aires en dirección al oeste y durante días enteros nada vieron sino el desierto verde. Mas un día, la pampa se pobló de seres semidesnudos, jinetes en caballos veloces como el viento. Una horda innumerable de indios armados de chuzos, hondas y arcos cayó sobre el convoy que fué rodeado en un instante. Aunque mejor armados que ellos, los blan-

cos sucumbieron á la inmensa superioridad del número. El caballero inglés cayó defendiendo á su esposa y á su hija. La señora, paralizada de horror al verle morir y que un salvaje se abalanzaba sobre ella, sufrió un síncope del cual no volvió á despertar.

En cuanto á la niña, desapareció, y por más que la buscaron, no lograron dar con ella.

Los pocos sobrevivientes, sombríos y tristes, no pudieron hacer otra cosa sino regresar á Buenos Aires á dar cuenta de la catástrofe.

La noticia se transmitió á Inglaterra y algún tiempo después llegaron cartas encargando se procediera á buscar y rescatar á cualquier precio á la niña robada, única heredera de una inmensa fortuna.

En Inglaterra no sabían lo que significaba buscar en una extensión de miles de leguas cuadradas á una criatura arrebatada por los indios. Las pocas investigaciones que se hicieron fueron inútiles y así se comunicó á los administradores de la fortuna. Desde entonces, de tiempo en tiempo los fieles albaceas dirigían al gobierno de Buenos Aires, por medio de los agentes ingleses, la pregunta de si había aparecido la niña, en cuyo caso podría entrar directamente en el goce de sus derechos.

Bien, pues : Ángela Vargas era la imagen viviente de la joven y desgraciada dama inglesa. Tenía sus mismas facciones, sus mismos ojos ; tenía su cabello de oro y su sonrisa graciosa.

Su edad era la que debía tener ahora la niña desaparecida, y en este caso...

El coronel calló y callaron los demás también. Cada uno completó mentalmente la frase que no había terminado el oficial.

—Recuerdo—prosiguió éste—que para matar el tedio del viaje, el caballero inglés me refirió, entre otras cosas, que casi todos los miembros de su familia tenían una pequeña señal de cuatro puntos negros en forma de cruz, y que su hijita también la tenía en un brazo. Me la mostró por curiosidad. Si la niña quisiera permitirnos...

Ángela con un movimiento rápido, descubrió su brazo, mientras por su mente cruzaba un deseo loco de que la marca hubiese desaparecido; pero ella la tenía.

Mudo y pálido, Feliciano contempló esa pequeña cruz como se mira la cruz sobre la tumba de un ser amado.

Ángela, sin pronunciar una palabra, sin mirar á nadie, abandonó la pieza. Tenía por segunda vez, la sensación de que el suelo temblaba bajo sus pies.

## VI.

Durante todo el día siguiente Ángela anduvo como en sueños. Se movía y ejecutaba su trabajo acostumbrado; maquinalmente como un autómatas. No hablaba á nadie ni los demás le dirigían la palabra: esperaban tristes é in-

quietos su resolución. Feliciano se mantenía apartado; no quería influir sobre Ángela; quería dejarla en completa libertad de resolver por sí sola. Trataba de disimular su mortal angustia para que no sufrieran también los demás, sin conseguir con ello engañar á nadie.

La tropa descansó todo ese día y al alba del siguiente se dispuso á marchar. El coronel había propuesto á Ángela venir á buscarla cuando hubiera terminado la campaña, para conducirla á Buenos Aires y embarcarla para Inglaterra. Ella oyó la oferta sin responder nada.

El momento de partir había llegado. El coronel tendió la mano á Ángela.

—Dentro de dos meses estaré de vuelta, señorita. Esté preparada para venir conmigo. Así ocupará por fin el puesto que le corresponde en el mundo por su belleza, su fortuna y su nacimiento. ¿Me esperará usted?

Ángela miró en derredor suyo. El sol acababa de salir y las nubes de oro y púrpura se desvanecían en lo alto. Las sierras con sus rocas de formas extrañas — entre las cuales asomaban sus cabecitas mil flores pintadas, agitaban los helechos sus hojas de filigrana y serpenteaban hilos delgados de agua como vetas de plata — parecían recortadas sobre el fondo azul. Un viento fresco rozaba las hierbas salpicadas de rocío irisado, llevándose sus perfumes. Allí estaba el valle lleno de sol; el rancho viejo, querido, gris, con techo de cañas... y allí, bajo el alero, con los ojos ansiosos fijos en ella,

sus padres adoptivos y su prometido. ¿Cambiaría todo aquello por unos trajes de seda que no sabría llevar, por alhajas que no sabría lucir, por un país extraño y fantásticamente lejano que no conocía, donde nadie la amaba, cuya lengua ignoraba, cuyas costumbres le chocarían?

Como una serie de relámpagos estos pensamientos cruzaron por el espíritu de Ángela; vaciló pocos segundos, y desprendiéndose del coronel que aun retenía su mano, corrió a echarse en brazos de Feliciano.



## 14.

**La voz de la conciencia.**

## I.

Era la época en que el general San Martín, gobernador de Cuyo, preparaba un ejército para pasar los Andes y llevar la libertad á Chile y al Perú. El grueso de las tropas se hallaba en Mendoza y el resto en San Juan.

En el destacamento que existía en esta última ciudad, había un cabo de nombre Vega, porteño, hombre valiente, pero poco querido entre sus compañeros, á causa de su genio violento, rencoroso y vengativo. Se sabía que jamás olvidaba una ofensa, aunque se le pidiera por ella perdón.

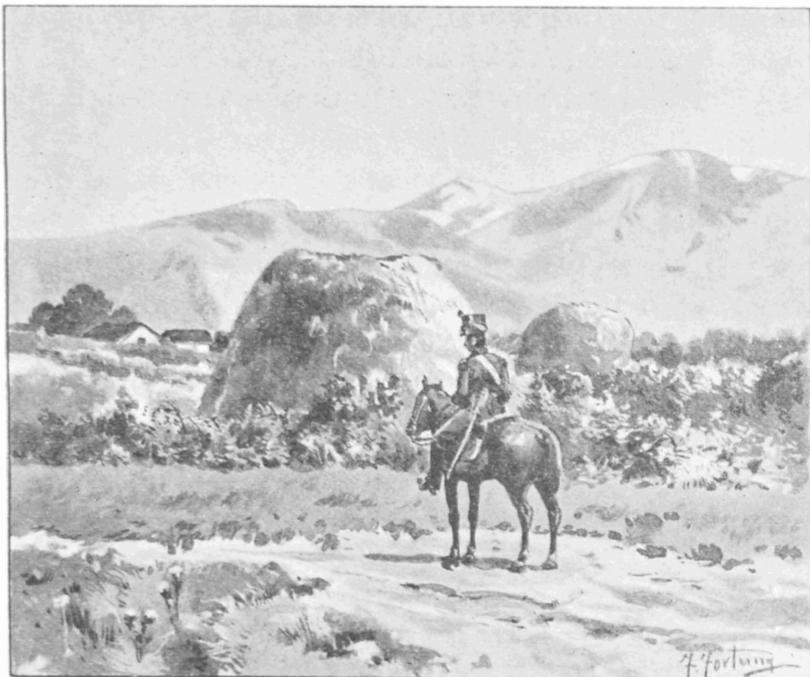
En un baile, dado en una finca cercana á la ciudad, el cabo Vega conoció á una linda muchacha hija de una familia sencilla del campo. Su padre había muerto, dejando la finca cargada de deudas, debido á que durante varios años consecutivos las cosechas se habían malogrado. La propiedad, antes floreciente, se hallaba en un estado tan deplorable, que, cuando su dueño murió, todos creyeron que la viuda no tendría más remedio que venderla; pero conocían mal á doña Ana Quevedo. Ella no pensaba en vender; estaba resuelta á conservar la finca para sus hijos. Se sentía con fuerzas para luchar y trabajar.

Dios favoreció á la valerosa mujer. Las cosechas fueron tan abundantes que al cabo de dos años doña Ana había pagado la mayor parte de la cantidad que debía. Felizmente su acreedor no era hombre cruel y no la apremiaba. Con un buen año más, ella saldría del paso y podría al fin respirar libremente.

Con la hija de doña Ana, Domitila Quevedo, el cabo Vega bailó varias veces. La joven le agradó tanto que tuvo deseos de entrar en relación con su familia. Al fin lo consiguió, por intermedio de un amigo. Doña Ana y su hija le recibieron con la cortesía reservada, propia de las gentes del campo. Cuanto más veía el cabo á Domitila, más se sentía atraído, y acabó por desearla para esposa. No se atrevía, sin embargo, á decírselo, pues nada le indicaba que la muchacha sintiera inclinación por él. Quiso dar tiempo al tiempo, mas pasaron los días sin que ocurriera el cambio deseado en la conducta de Domitila, y el cabo, cansado de esperar, resolvió preguntarle si consentía en ser su esposa. No veía motivo para que ella lo rechazara.

Un día magnífico de verano, fué á la finca de doña Ana, situada á dos leguas de la ciudad, allí donde comienza el pedregal desierto. El sol ardiente hacía vibrar la atmósfera. Las montañas se divisaban con nitidez admirable; color tierra las de la primera cadena, azul, morado, violeta, gris pizarra las de más allá; uno ó dos picos ostentaban su corona de nieve eterna. Se oía el zumbido de los insectos y muy levemente

el susurro de las hojas.<sup>5</sup> De los álamos, el *loconte* colgaba sus velos de seda color plata y oro, de hilos delicados como tejidos de hadas. Al perfume de retamas y rosas, se mezclaba el olor



... el cabo Vega detuvo de pronto su caballo ..

sutil y embriagador del trigo maduro y de la tierra caldeada por el sol.

Vega encontró á Domitila sola, en la galería, alrededor de cuyos soportes trepaban las viñas confundidas con rosas encarnadas de suavísima fragancia.

El cabo había esperado ver en el semblante de la niña algún indicio de sobresalto ó de pla-

cer; pero no hubo nada de esto. Domitila le saludó, le ofreció un asiento y con la mayor compostura continuó su ocupación de ensartar *rosarios* de higos. Un poco desconcertado, Vega no atinó á decir aquello para lo cual había venido. Después de haber conversado un momento de cosas triviales, preguntó por doña Ana.

—Mamá está en los trigales—respondió Domitila.—Hemos empezado á segar.

Vega se despidió y tomó el estrecho sendero que separaba los inmensos campos de trigo, que en su madurez amarilla, parecían arder á uno y otro lado del camino, doblegándose ó irguiéndose como si pasara por ellos una mano invisible y suave. Siguiendo el consejo de algunos amigos, doña Ana había sembrado de trigo su finca casi entera, pues debido á la presencia del ejército, éste era uno de los artículos que alcanzaba mejores precios.

Vega la halló al extremo del sendero, dando órdenes á sus peones, de quienes se hacía respetar como si fuese un hombre. Su cabello entrecano encuadraba un rostro enérgico, arrugado, tostado por el sol y rosado por el aire de la montaña; sus ojos azules miraban con viveza é inteligencia. Tal como estaba allí, con el vestido levantado, un sombrero viejo de fieltro gris en la cabeza y una hoz en la mano, parecía la personificación del trabajo.

Al ver llegar á Vega, salió á su encuentro.

—¿Cómo está, don Joaquín? ¿Viene á vernos trabajar?

--Sí... no... es decir... venía á pedirle algo, doña Ana —repuso el cabo.

— Veamos.

Escuchó tranquila y sin demostrar sorpresa la petición de Vega.

—¿Usted ha hablado con mi hija? — preguntó después de haber reflexionado.

—No; venía á pedirle que lo hiciera usted. Usted me conoce, sabe que quiero á Domitila y quizá pudiera hacer algo por mí...

—Está bien —replicó doña Ana, — diré á mi hija lo que usted me ha encargado, y ella decidirá. Usted debe saber que ella está en completa libertad de hacer en este caso lo que le plazca.

El cabo se manifestó conforme y, después de haber conversado todavía un rato, se despidió, diciendo que al día siguiente volvería para saber la respuesta.

Así lo hizo; doña Ana le recibió sola, y al ver su semblante grave, Vega tuvo un mal presentimiento. No se equivocaba. La señora le comunicó, sin preámbulos, que su hija agradecía la oferta; pero que no podía aceptarla.

—Pero ¿por qué? — preguntó Vega consternado. — ¿Me tiene antipatía?

—No creo. Es sencillamente porque no siente por usted cariño bastante para ser su esposa.

—Pero usted, doña Ana, ¿no puede hacerla cambiar de idea?

—¿Yo? No, ya le dije que mi hija decidiría por sí sola. Lo mejor es que no hablemos más

de este asunto; ó, si usted quiere, háblele usted mismo á Domitila

—No; ¿para qué?—respondió Vega, que iba perdiendo el dominio sobre sí mismo.

Tenía las venas de la frente hinchadas; los ojos comenzaban á inyectársele de sangre. Sentía que si demoraba un instante más, haría algo de que luego se arrepentiría. Doña Ana le pidió que no le guardara rencor por la respuesta franca que le había dado. Vega se despidió murmurando algo de ininteligible, y partió á la carrera de su caballo.

Estaba furioso. ¡Semejante desaire! ¡Rehusarle á él, nada menos que á un cabo del ejército de los Andes, sin decirle siquiera el motivo!

Se creía un hombre extraordinario, moral y físicamente. Había creído hacerle un honor inmenso á la muchacha, y que ésta lo aceptaría con júbilo. Al verse despreciado, se rebelaron todos los elementos malos de su carácter: sólo sintió odio y rencor.

No podía perdonar esta herida infligida á su amor propio, y desde aquel momento no pensó más que en vengarse, en hacer daño á Domitila y á su familia.

## II.

Algunos días después, anduvo vagando alrededor de la finca de doña Ana, sumido en sus pensamientos siniestros. Desde la mañana soplabla el viento Zonda, el terrible *sirocco* sanjua-

nino. El sol, próximo á hundirse detrás de las montañas, parecía una bola roja, cuyos rayos no lograban penetrar los remolinos de polvo color ladrillo que levantaba el viento. La quebrada de Zonda, que era la boca del horno de la cual procedía ese soplo ardiente, desaparecía tras un velo espeso que ocultaba todas las sierras que rodean el valle.

El aspecto de los campos había cambiado: las oleadas amarillas de los triguales habían desaparecido y en su lugar quedaban los rastrojos, tristes y desnudos. En medio de ella se levantaban, una al lado de otra, cinco ó seis parvas enormes. Allí estaba amontonada la riqueza del suelo, la esperanza de doña Ana y de los suyos.

Al ocurrírsele esta idea, el cabo Vega detuvo de pronto su caballo, y en sus ojos brilló una luz maligna. Doña Ana había cifrado en el trigo todas sus esperanzas; fuera del grano sólo había viñas en la finca, y éstas no bastarían para sacar de apuros á la familia.

El cabo Vega luchó un instante consigo mismo. Después examinó el cerco de tunas y cactus que encerraba la propiedad y descubrió un hueco por donde podía deslizarse un hombre. Luego, muy satisfecho, regresó á la ciudad, perseguido por las ráfagas cargadas de fiebre del Zonda, que envolvían el paisaje en nubes de polvo rojizo.

---

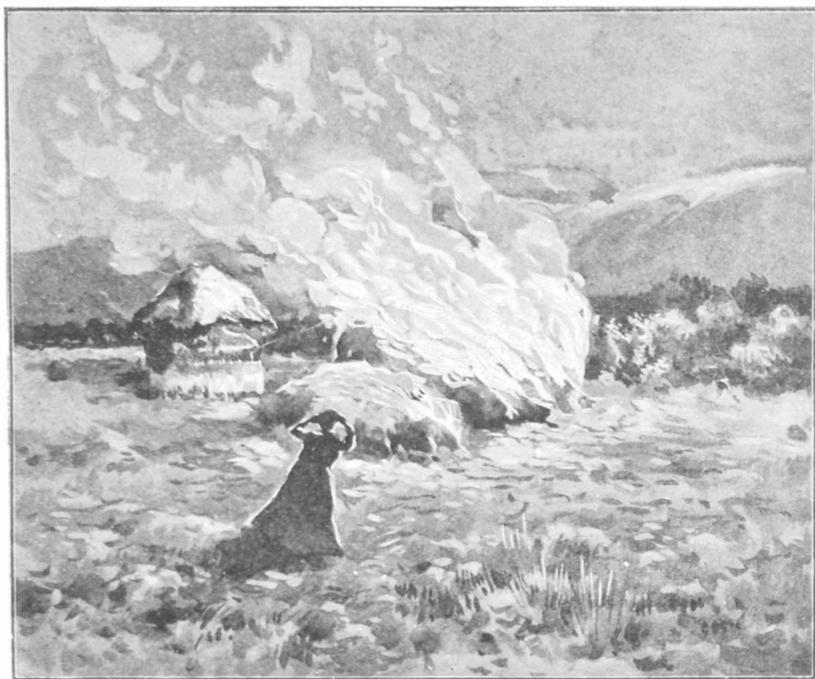
## III.

Por la noche, el cabo Vega volvió á la finca, ocultó su caballo en la sombra y penetró, no sin dificultad, por la abertura del cerco. El Zonda había cesado al obscurecer; el cielo estaba despejado y soplaban un viento sur, puro y frío, uno de esos vendavales frecuentes en San Juan, que silban, aúllan, rugen, se estrellan contra las montañas, penetran por las quebradas y barren el pedregal, imitando ya voces humanas, ya el batir de alas enormes, ya el grave cantar del órgano ó el tañer solemne de inmensas campanas.

Vega se detuvo al pie de la parva mayor, que parecía una montaña negra y amenazadora. Echó en derredor suyo una mirada temerosa. Á lo lejos, en la casa, se veía luz. Vega murmuró un juramento y sacando del bolsillo pedernal y yesca, se preparó á encender fuego. Sus manos temblaban de tal manera que apenas podía tener los útiles. «¡Ni que fuera una vieja!» rezongó entre dientes. Debía ser efecto de ese maldito Zonda que había soplado todo el día. ¿Ó acaso no sería únicamente el Zonda?...

Por fin saltó la chispa y el cabo introdujo en la parva la yesca encendida; pero ésta tardó en prender, pues el trigo estaba tan apretado que formaba como una sola masa. Al fin, empero, corrió por ese montón de riquezas una viborita brillante, con un chisporroteo maligno. Estaba hecho: lo demás sería obra del viento.

En el momento mismo en que el fuego hacía presa de la parva, resonó en lo alto, precisamente encima de la cabeza del incendiario, una carcajada vibrante, prolongada, como la risa de un espíritu maléfico.



¡ La parva grande ardía !

El cabo Vega tuvo la sensación de que le corrieran por las espaldas hilos delgados de agua helada y que se le enderezara cada uno de sus cabellos. Se tapó los oídos con las manos y echó á correr, tropezando entre los surcos del campo, buscando atropelladamente el hueco entre los cactus. Cuando al fin dió con él, con las manos

ensangrentadas y bañadas en sudor, huyó como perseguido por los genios del mal, llevando en sus oídos el silbido siniestro de la pequeña culebra de fuego y la carcajada espectral de la *bruja*. No era, por cierto, miedoso; cien veces había oído, sin la menor emoción, el grito del ave nocturna y burlándose de las especies supersticiosas que al respecto se contaban. Mas esa noche, al oírlo, recordó de pronto aquella que aseguraba que el criminal sorprendido por la «bruja» (nombre que se da á la lechuza) en el momento del delito, caía infaliblemente en manos de la justicia.

Espoleó con furia su caballo y corrió en dirección á la ciudad, para huir de aquel lugar solitario que le espantaba.

#### IV.

Doña Ana acostumbraba dar todas las noches, antes de acostarse, una vuelta por la finca, para cerciorarse de que todo estaba en orden. Aquella noche, al atravesar los viñedos, vió á lo lejos una luz.

— Están quemando yuyos al lado — pensó; pero luego se detuvo de golpe. Desde el punto donde se hallaba, no se alcanzaba á divisar la finca vecina, y sí el campo donde estaban las parvas.

Doña Ana se precipitó hacia allí.

Un soplo furioso de viento la acometió y casi la arrojó al suelo. Al mismo tiempo, de una de las parvas surgió una llama, ondulando en el

viento, inclinándose hacia todos lados y mordiéndolo con sus dientes de fuego el trigo amontonado.

¡La parva grande ardía!

Á doña Ana le pareció que la estuvieran estrangulando; se llevó las manos á la garganta, y prorrumpió en un grito largo, agudo, estridente, desgarrador, que dominando el fragor del vendaval resonó á lo lejos llevando el sobresalto y el espanto.

En pocos minutos todo el vecindario se había reunido, haciendo frenéticos esfuerzos para apagar el fuego, ó por lo menos, salvar las parvas restantes. Mas fué inútil; las chispas volaban en todas direcciones, esparciendo por los aires una lluvia luminosa. No tardaron en incendiarse las demás parvas también, y los que habían ido á salvar, no pudieron hacer otra cosa sino contemplar el cuadro, siniestramente bello, de las llamaradas que ya surgían rectas hacia el cielo, ya se doblegaban ó se arrastraban por el grano seco.

Las vecinas sacaron de allí á doña Ana y la condujeron á casa. Parecía completamente quebrantada. Se dejó caer en una silla, sin lágrimas, con los ojos fijos, sin moverse, sin hacer caso de las mujeres que le hablaban ni de su hija que lloraba desconsoladamente. No parecía ver, ni oír, ni sentir; ni siquiera pensar.

Los demás hablaban en voz baja. Sin duda alguna el fuego había sido intencional; pues no había habido tormenta; pero ¿quién podría ser

el malvado que cometiera semejante acción inicua? ¡Pobre doña Ana! Había perdido el fruto de un año entero de trabajo, de desvelos y de fatiga, precisamente cuando creía librarse por fin de sus obligaciones.

De repente, doña Ana saltó de su asiento.

—¡Pero si es *él!*—exclamó.

—¿Quién? ¿Quién?

—¡*Él*, pues! Para vengarse me ha quemado el trigo. ¡Oh! ¡Me la ha de pagar! ¡Le llevaré ante la justicia, ante el mismo gobernador!

Domitila explicó á los vecinos asombrados lo que quería decir su madre. Desde aquel momento, á nadie le cupo duda de que el cabo Vega era el incendiario. Que el fuego había sido ocasionado por mano criminal, era seguro. ¿Acaso no había reído la *bruja*? Calcularon el tiempo transcurrido desde que oyeron su voz hasta el momento del incendio: era el preciso para que la chispa hiciera presa en el grano y estallase en llamas. ¿Y quién tenía interés en dañar á doña Ana, sino el cabo Vega? Fuera de duda: era él.

## V.

Vega, para aturdirse y olvidar la impresión espantosa que había recibido, entró en un almacén que acostumbraban frecuentar los soldados y en el cual se despachaba el excelente vino de San Juan. Halló á varios compañeros que le invitaron á sentarse á su mesa. Se asombraron

al ver su semblante descompuesto y sus manos ensangrentadas.

—¿Qué le ha sucedido, compañero? Parece que se hubiera caído entre las tunas del pedregal.

Vega explicó que había atado su caballo á un cerco, sin reparar, en la obscuridad, que estaba compuesto de cactus. Los otros se rieron del percance y no se volvió á mencionar el asunto.

En medio de sus compañeros, en un sitio donde había luz y vida, Vega se sintió mejor. Pidió vino y bebió, un vaso, dos, tres, muchos: tantos, que la bebida se le subió á la cabeza. Ya no tenía miedo. ¿Quién podría probarle que él había prendido fuego á la parva? Se había vengado y ahora gozaría. Dió un puñetazo en la mesa, acompañado de un juramento y declaró que la bruja era un mal pajarraco y que él no creía en esos cuentos de viejas. Al principio los demás no hicieron caso de lo que decía; pero al fin les llamó la atención la insistencia con que Vega repetía la misma cosa.

—¿Y por qué no cree en la bruja, compañero?

--Porque son consejas ridículas. ¿Acaso la bruja me va á acusar á mí? ¿Eh? Yo no tengo nada que ver con el incendio—continuó enfureciéndose á medida que hablaba—y al primero que se atreva á decir que yo he prendido fuego á la parva, lo mato.

Se levantó tambaleándose y trató de desenvainar su sable; pero estaba tan ebrio que no podía

tenerse en pie y cayó al suelo como un trozo de leña. Al caer murmuró todavía:

—¡Maldita bruja! Al que se atreva...  
Y se quedó dormido.

## VI.

Pocos días después se presentó inopinadamente en San Juan el gobernador de Cuyo, don José de San Martín. En su corta comitiva venían doña Ana y su hija, quienes habían ido á Mendoza para llevar su queja directamente ante la suprema instancia.

El general era en extremo justiciero, y además mostrábase interesado en que estuvieran satisfechas de su gobierno las provincias de su mando, que eran las que debían ayudarle á organizar la expedición á Chile. Era, pues, necesario mantener en las tropas la disciplina más severa, para que no cometieran desmanes contra el pueblo y para que éste no perdiera á su vez el respeto y el cariño hacia el ejército. San Martín, que proyectaba desde hacía algún tiempo un viaje á San Juan, resolvió realizarlo ahora, y presenciar la instalación del tribunal que debía entender en la causa del cabo Vega.

Éste no había gozado de un solo momento de tranquilidad desde aquella noche fatal.

Cuando cundió la noticia del incendio, sus compañeros recordaron las palabras de Vega en el almacén, las que habían tomado por desvarío de borracho, pero que adquirirían ahora un

significado terrible. La voz pública en San Juan le designaba como incendiario. El cabo se dijo que su única salvación estaba en negar en absoluto su culpabilidad. Nadie le había visto cometer el crimen y sin pruebas no se le podía condenar. Cuando le intimaron orden de prisión, aparentó una serenidad que estaba muy lejos de sentir. Según se había propuesto, se empeñó en negar. Como era hábil y vivo, supo eludir todas las preguntas capciosas y refutar uno por uno á los testigos. Lo que había dicho en el despacho de bebidas eran divagaciones causadas por la embriaguez: había visto un incendio antes de ir al almacén y en su cerebro se había formado probablemente alguna asociación de ideas que él no recordaba, pero que no probaba absolutamente nada. Su semblante descompuesto era debido á que se sentía mal; y en cuanto á sus manos ensangrentadas, repitió la explicación dada á sus compañeros.

La sesión se prolongó hasta muy entrada la noche. Á pesar de los esfuerzos de los jueces, se temía no llegar á ningún resultado, pues no obstante que todas las probabilidades estaban en contra suya, Vega persistía en negar, y se defendía con tanta habilidad, que llegó un momento en que pensaron en sobreseer por falta de pruebas.

Se hizo el silencio; la decisión se acercaba. Nadie se movía en la sala; en la calle todo estaba quieto; ni el más leve soplo de viento entraba por las puertas abiertas.

Entonces, en medio de esa calma momentánea, resonó nuevamente en los aires la carcajada fantástica de la *bruja*.

Vega se estremeció con violencia; no tuvo tiempo para dominarse, tan fuerte y repentina fué la impresión. Su rostro quedó del color de la ceniza; todo su aplomo le abandonó al experimentar de improviso y con tanta intensidad, la emoción del momento del crimen, y al recordar la superstición popular. Su turbación y el cambio repentino de su actitud fueron tan grandes que no pudieron menos de llamar la atención. El Presidente del Tribunal le dirigió una pregunta que ya antes le había hecho. Vega respondió contradiciéndose; quiso rectificarse, se confundió, se enredó más y más, y acabó por confesarse culpable.

Ya no hubo dudas ni vacilaciones. Tras de una deliberación secreta, el tribunal pronunció contra el cabo Vega, convicto y confeso de incendiario, la sentencia de muerte.



## 15.

**La hija del ladrón.**

## I.

En el patio del conventillo pululaba la gente. Como era verano, todo se hacía afuera: cocinar, lavar, planchar, coser. En el suelo se mezclaban fraternalmente niños, perros, gatos y gallinas, con una variedad infinita de objetos. Involuntariamente al caminar se tropezaba con algo que se movía chillando ó cacareando, ó con uno de los innumerables baldes, cajones, escobas y canastos que obstruían el camino.

Era la hora de preparar la cena. El humo de los braseros subía en espirales graciosas hasta perderse más arriba de la enredadera de glicina, que adornaba con su belleza y la fragancia de sus racimos lilas á esas moradas de la pobreza.

Iban llegando los hombres: obreros ó artesanos, solos ó en grupos, cargados con sus útiles de trabajo. Todos venían hambrientos y cansados; pero á pesar de esto, de buen humor. Aumentaron todavía el bullicio propio de la hora y de un lugar donde vive tanta gente reunida, que conoce mutuamente todas sus alegrías y pesares y donde el menor incidente adque-

re las proporciones de un acontecimiento mundial.

Con varios otros entró un italiano albañil, quien se dirigió sin detenerse hacia su cuarto, junto al cual florecían, en latas de kerosene, albahacas, malva-rosa, margaritas y otras plantas modestas. En una sillita delante de la puerta estaba sentada una pequeñuela de cinco ó seis años, delgada, pálida, endeble, con un brillo febril en sus grandes ojos negros. Acariciaba con aire lánguido y distraído un gatito que se le había enroscado cómodamente en la falda.

— ¡ Oh, la Rosina! — dijo el italiano al ver á su hijita; la alzó, se sentó en la silla y colocó á la chica en sus rodillas. Al oír su voz, salió de la pieza su mujer, una rubia del norte de Italia.

— ¿Cómo ha pasado el día Rosina? — preguntó el albañil.

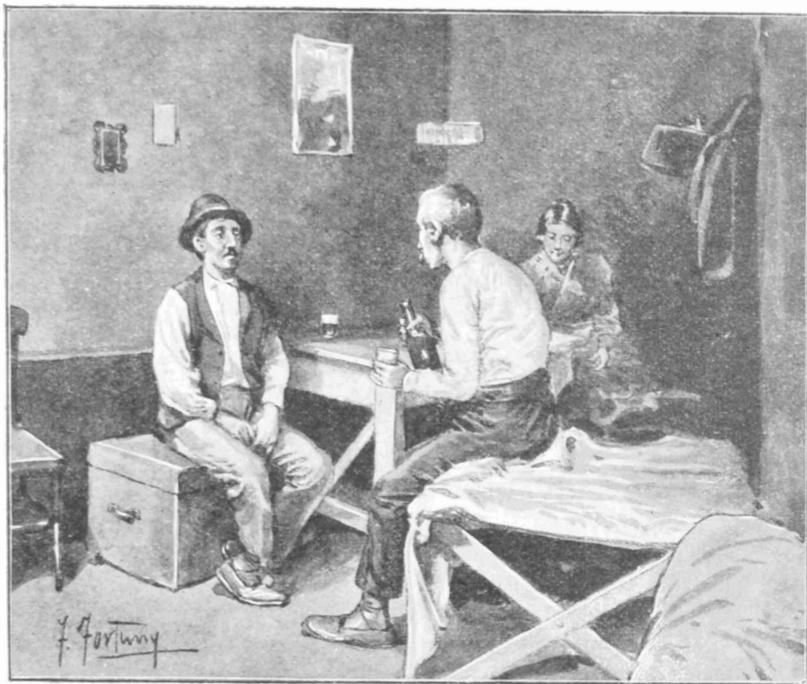
— Como siempre. No quiere comer, no quiere jugar, cada día está más débil. Ya no sé qué hacer.

El padre acariciaba con sus dedos ásperos, llenos de polvo de cal y de ladrillo, el cabello sedoso de Rosina, quien apoyaba la cabecita en su hombro, fatigada é indiferente.

— Mira, allá viene Teresa — dijo de pronto el albañil, poniendo en el suelo á la chica y señalando á una joven que acababa de entrar.— Vé, corre, dile buenas tardes.

Rosina, la cual se había animado un poco,

corrió al encuentro de una linda niña, de veinte años escasos, trigueña y graciosa, en cuyo semblante se veía un aire de dulce resignación. Puso en el suelo su atado y se inclinó para besar á Rosina y darle un paquetito envuelto en



— Un poco más de vino, don Giovanni.

papel blanco. La tomó de la mano y fué con ella á saludar á los italianos.

— ¡Ah, Teresa! Otra vez la está mimando á la Rosina—dijo la madre, chapurreando el español, al ver el chocolate que la chica acababa de desenvolver del papel.—Todos los días le trae alguna cosa, cuando le cuesta tanto ganar el dinero.

— No es nada — objetó Teresa esquivando las muestras de gratitud de la italiana. — Hoy me han pagado en la tienda y he querido traer alguna cosita á Rosina.

— Usted, Teresa, ¿ no sabe algún remedio para la chica ? — preguntó el albañil. el cual, como su mujer, sentía verdadera veneración por la joven y tenía en sus palabras una fe ciega.

— No, don Giovanni. Lo que usted debe hacer es llevarla al médico para que la examine y le diga qué es lo que tiene.

— ¡ Oh! Los médicos son muy caros — objetó Giovanni — y los remedios que dan son más caros todavía.

— Yo le voy á ayudar en lo que pueda -- repuso Teresa ; y tanto dijo é hizo, hasta que logró convencer á los padres. Se retiró llevando la promesa de que irían al día siguiente sin falta á consultar un médico.

## II.

La madre de Teresa González había muerto. Su padre había servido en el ejército en los tiempos en que éste, en vez de ser una escuela moralizadora, era considerado más bien como una institución correccional. Gran número de los soldados estaban condenados á servir durante cierto número de años, por robo ú otros delitos peores todavía.

González se dejó enganchar para no ejercer ningún oficio, pues era sumamente perezoso.

En su regimiento, de guarnición en las fronteras del Chaco, desprovisto de todo, poco menos que abandonado á su suerte, abundaban los malos elementos. No era de extrañar, pues, que González, predispuesto ya al vicio, comenzara á deslizarse por la pendiente fácil del crimen.

Teresa era muy desgraciada desde que murió su buena madre. Hasta entonces siquiera, González, que quería mucho á su mujer, había sofrenado su inclinación al mal; pero muerta ella, se dejó arrastrar.

Ostensiblemente era carrero, y como tal estaba fuera durante muchas horas. Á veces también pasaban varios días sin que apareciera en casa. Cuando volvía, generalmente estaba de muy buen humor y traía mucho dinero.

— He tenido una buena changa — solía decir. — Me han mandado al campo, donde he estado trabajando todos estos días.

Teresa tenía horror instintivo al dinero que su padre traía en abundancia. Le parecía imposible que por su trabajo le hubiesen pagado tanto. Eso, y el hecho de que una vez le sorprendió examinando un reloj de oro que ella nunca había visto en la casa, dieron á Teresa la certidumbre dolorosa y terrible de que su padre era un ladrón.

La pobre niña sufría lo indecible. Parecíale que el pan que comía era robado, que la cama en que se acostaba era ajena, que la ropa que se ponía había sido quitada á otra. Jamás, sin

embargo, Teresa hacía reproches á su padre. No podía probarle nada, nadie parecía sospechar de él, jamás la policía había entrado en su habitación. Además, y á pesar de todo, Teresa adoraba á su padre. No perdía la esperanza de hacerle abandonar el camino tortuoso del crimen. Comprendió que sólo lo conseguiría con una dulzura y cariño invariables y sobre todo con una paciencia sin límites. No dudaba de que vendría su hora. Esperaba y sufría en silencio.

### III.

González llegó á casa de muy mal humor. Teresa tembló al oír su voz áspera, que conocía tan bien y que indicaba que su padre había tenido un mal día. En tales momentos, era peligroso hablarle, pues cualquier cosa solía exasperarlo; y si ella callaba, le preguntaba á qué venía aquella cara de vaqueta. Así sucedió ese día.

— ¿Por qué estás tan callada? ¿Acaso no vale la pena que hables á tu padre, quien ha pasado todo el día trabajando?

Teresa se disculpó tímidamente, diciendo que le veía callado y por eso no se había animado á hablarle. En seguida, esforzándose para conversar, le refirió que los padres de Rosina habían llevado á la pequeña para que la viera el médico. Éste dijo que lo que tenía no era todavía propiamente una enfermedad; pero que descuidándose, podría degenerar en tal y el

cuerpo débil de la niñita no resistiría. Era absolutamente necesario sacar á Rosina del conventillo sucio y mal ventilado y llevarla á orillas del mar, á tomar baños y á respirar los aires puros y vigorizantes. Los pobres italianos estaban, por supuesto, en extremo afligidos, porque ¿cómo harían ellos para proporcionar á Rosina los medios de ir á tomar baños de mar?

González escuchó con indiferencia.

— Ínfulas de «gringos» — dijo brutalmente. — ¿Querrán ir á veranear en Mar del Plata ó en Montevideo, como la gente rica?

Teresa calló, dolorosamente impresionada.

Eran cerca de las nueve, cuando Giovanni vino á golpear en la puerta.

— Entre, don Giovanni—dijo González, á quien algunos vasos de vino habían puesto de mejor humor. — ¿Qué hay de nuevo?

El albañil entró.

Venía á decir á Teresa, que se hallaba fuera de apuros. Irían todos á Mar del Plata, donde se edificaba mucho, porque la gente rica empezaba á frecuentar ese pueblo. Así no tendrían que separarse. Rosina podría tomar baños de mar y correr cuanto quisiese al aire libre. El dinero para el viaje se lo había facilitado el patrón que solía emplearlo, hombre muy bueno y que siempre lo protegía.

— ¿Ah, sí?— dijo González, escuchando con más atención y sirviendo un vaso de vino para Giovanni. — ¿Ya tiene la plata?

— Sí — repuso el italiano, radiante de alegría.  
— No es mucho, pero somos gente modesta; nos basta para el viaje y para los primeros días hasta que encuentre trabajo.

— Guárdela bien — aconsejó González. — ¿Otro vasito de vino?

Y Giovanni tomaba y se animaba cada vez más. Explicó donde tenía guardado el dinero y empezó á hacer proyectos para cuando Rosina estuviese buena, vacilando entre si permanecería en Mar del Plata ó si volvería á Buenos Aires.

— Un poco más de vino, don Giovanni — decía González; y el otro ni se apercibía de que el padre de Teresa le llenaba el vaso. Lo veía lleno y lo apuraba de un trago y continuaba hablando. Por fin se levantó para retirarse, con la vista nublada y las piernas inseguras, y se fué dando traspiés.

En un rincón de la pieza, Teresa, blanca hasta los labios, había escuchado la conversación y observado á su padre.

#### IV.

Por la mañana, el conventillo fué de pronto alarmado por un grito que procedía del cuarto de don Giovanni. Todos los vecinos acudieron y el italiano, desesperado, casi llorando, explicó que le habían robado el dinero prestado por su patrón.

Teresa se precipitó en la pieza llena de veci-

nas que vociferaban como una bandada de gansas espantadas, rodeando á la italiana, que sollozaba sin consuelo. La tomó en brazos, la acarició y con palabras dulces trató de calmarla. Sin embargo, el que hubiera observado con atención á Teresa, habría visto que ella misma necesitaba tanto consuelo, al menos, como la italiana. Estaba pálida, tenía los ojos hundidos y la voz fatigada de una persona enferma. Y en efecto, Teresa estaba enferma de cuerpo y de alma. Sabía quien era el ladrón y el horrible secreto casi la aplastaba bajo su peso.

En el patio divisó los kepis de los agentes de policía y un señor que debía ser el comisario. La joven sintió frío en el corazón. Si Giovanni recordaba su conversación con González, las sospechas recaerían inmediatamente sobre éste; pero el italiano parecía haber olvidado por completo todo cuanto había dicho bajo la influencia de la bebida.

González no estaba en casa. Había salido muy temprano, como de costumbre, antes que Teresa se hubiera levantado.

Á la hora del almuerzo, los habitantes del conventillo se habían sosegado un poco y vuelto cada cual á su ocupación habitual, menos Giovanni. El pobre no tenía ánimo para ir al trabajo y confesar á su bienhechor que ya no tenía el dinero. ¿Qué diría aquél? Que lo había malgastado, que había jugado, que... ¡quién sabe qué diría!

Teresa preparaba el almuerzo cuando sintió

los pasos de su padre. Cerró un momento los ojos, se aferró al respaldo de una silla y resuelta, aunque temblando, esperó el momento decisivo.

— Tata, ¿sabe que le robaron la plata á don Giovanni ?

Ante esta pregunta á quemarropa, González se detuvo y contempló á su hija con sobresalto primero, luego con asombro y por último con una mirada de desafío mezclada de inquietud.

— ¿Cómo? — empezó, tratando de fingir; pero Teresa no desviaba de él los ojos y González se olvidó de sí mismo.

— ¿Qué me miras así? — prorrumpió.— ¿Acaso crees que yo le he robado ?

En seguida se contuvo; comprendió que se había traicionado. Los ojos de su hija tomaron una expresión de doloroso reproche; luego se llenaron de lágrimas. Teresa se cubrió la cara con las manos y abandonó la pieza. González lanzó una maldición, se encasquetó el sombrero y salió á la calle.

## V.

Toda la tarde estuvo vagando por las calles y plazas, furioso consigo mismo y con todo el mundo. Á donde quiera que fuese, siempre veía los ojos llenos de mudo reproche de su hija. Comprendió de pronto que ella lo sabía todo, que siempre lo había sabido y callado por amor á él. Recordó su bondad, su cariño, su dulce paciencia cuando la trataba con rudeza. La

venda se le cayó de los ojos y vió el tesoro inmenso, precioso de amor que, sin saberlo, tenía en su poder y que sólo esperaba su voz para desplegarse en todo su esplendor.



...arrojó á través de un vidrio roto, el papelito que traía en la mano.

En el corazón del criminal, el único punto que no había invadido la corrupción, era el cariño por su hija. Al pensar que ella podría retirarle su ternura, rechazarlo, despreciarlo, González sintió escalofríos de dolor y de ira.

No se atrevió á ir á su casa á la hora de la cena. Temía encontrarse con el semblante pálido y la mirada triste de Teresa.

Era tarde ya, cuando se resolvió á volver al conventillo.

Todo estaba obscuro y callado: los vecinos, gente pobre y trabajadora, se recogían temprano, para levantarse con el alba.

González entró despacio en su pieza, prendió luz y comenzó á pasearse de arriba abajo. Se detuvo junto al tabique de lienzo y papel que dividía en dos la habitación y detrás del cual dormía Teresa. Desde el otro compartimiento llegaban á su oído sollozos convulsivos y ahogados, como si la persona que lloraba tratase de contenerlos.

González estaba vencido. No trató de luchar por más tiempo contra aquello que, á la vez tan dulce é imperiosamente, llamaba á las puertas de su alma, evocando los tiempos cuando aun el crimen no había hecho presa en él.

Cerró bien la puerta y levantó una baldosa del piso, debajo de la cama. Apareció un hueco y en él un cajoncito de madera, del cual González sacó algo que envolvió cuidadosamente en un papel. Después, quizá con mayor precaución que la noche anterior, cruzó el patio obscuro y se dirigió al cuarto de don Giovanni, donde golpeó en la ventana. Al punto se oyó adentro un movimiento, después hubo un instante de silencio. En seguida se sintieron cuchicheos y al último Giovanni preguntó desde adentro:

—¿Quién es?

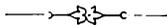
Nadie contestó, pero los golpecitos se repitieron. Giovanni entreabrió el postigo y enton-

ces González arrojó á través de un vidrio roto, el papelito que traía en la mano. Luego desapareció como una sombra en la noche. Al cerrar su puerta oyó, medio apagada, una exclamación que procedía de la habitación de los italianos.

Muy despacio, González separó la cortina que hacía las veces de puerta en el tabique. Fué á sentarse en el borde de la cama de su hija é inclinándose hacia ésta, le dijo en voz baja algunas palabras.

Teresa se enderezó y con un grito inarticulado que era á la vez de pena, de alivio y de alegría, echó los brazos al cuello de su padre.

En seguida, todo quedó en silencio, un silencio profundo y solemne como la calma dulce y sagrada que reina en los templos.



## 16.

**La tentación del crimen.**

## I.

En la estancia reinaba una animación extraordinaria. Los peones que habían venido arreando las tropas de animales para la hierra, se entretenían luciendo sus habilidades en el manejo del lazo y en el arte de montar. Era una mañana espléndida: cada hoja, cada brizna de hierba tenía un ribete luminoso; la laguna fruncía ligeramente sus aguas azules al soplo del viento fresco, formando graciosas olitas entre las cuales rielaba la luz. Ninguna nube empañaba el brillo del cielo.

De pronto cesaron los juegos y la algarabía. Montado en un hermoso caballo negro, que tascaba impaciente el freno, llegó el patrón, hombre de hermosa presencia y facciones que revelaban una voluntad férrea: era descendiente de una antigua familia colonial y llamábase Juan Manuel Rosas. Las inmensas estancias de su propiedad, debido al orden y á la disciplina que en ellas reinaba, eran modelos en su género. Con su talento organizador las había convertido en una especie de estado feudal, donde él era el señor de horea y cuchillo. Los peones y empleados estaban ligados á él por vínculos de gratitud, pues muchos perseguidos

por la justicia á causa de alguna «desgracia», es decir, un homicidio, ó por otro motivo, habían hallado refugio en las estancias de Rosas. Allí estaban en salvo, pero quedaban sujetos á la disciplina rígida del establecimiento. El que se rebelaba era expulsado; y como esto equivalía á librarlo á sus propios recursos, ninguno pensaba en desobedecer.

El patrón impartía sus órdenes, breves, claras y concisas. Se le obedecía en silencio. Parecía un general en medio de su ejército; mejor aún, un príncipe en medio de sus vasallos.

Mientras estaba ocupado, se acercaron dos jinetes, uno de ellos capataz de la estancia; el otro era un desconocido. Ambos se detuvieron frente á Rosas y saludaron.

—¿Qué hay?—preguntó el patrón.

—Le traigo este mozo, señor—contestó el capataz.—Viene huyendo y pide asilo.

Rosas clavó sus ojos penetrantes en el desconocido. Era un joven de figura gallarda y mirada brillante é inquieta, en la cual había en ese momento bastante ansiedad.

—¿Por qué le persiguen?—preguntó Rosas.

—Por una «desgracia», señor—respondió el joven, con el sombrero en la mano y en actitud sumisa.

—¿Y entonces vino aquí?

—Porque dicen que usted acoge á los que tienen que huir y no los entrega.

—Á condición de que trabajen y obedezcan. Los que se asilan en mis tierras tienen que hacer

cuenta de que son soldados; de otro modo, se les retira la protección.

—Yo estoy pronto á someterme á todas las reglas de la estancia —repuso el joven.— Sé trabajar y también sé servir como es debido á un buen patrón.

—Está bien, entonces. ¿Cómo se llama usted?

—Martín Lista.

—Le tomo á mi servicio —dijo Rosas y, dirigiéndose al capataz, agregó:— Hágase cargo de este mozo.

Luego, le volvió la espalda y continuó dando sus órdenes.

## II.

Martín Lista permaneció, pues, en la estancia de Rosas, donde pronto se halló á sus anchas. Nadie le incomodaba ni le hacía preguntas acerca de su vida pasada. La mayoría de sus compañeros se hallaban en el mismo caso que él y en las propiedades de Rosas nadie se preocupaba de los antecedentes de los peones.

Lista, por su seriedad y contracción al trabajo, se captó poco á poco la confianza del patrón, quien estaba siempre al corriente de todo y sabía lo que valía cada uno de sus empleados.

De simple peón, Lista llegó á ser puestero. Vivía tranquilo en su rancho, muy apartado del edificio principal, entregado á su trabajo y preocupándose poco de lo que pasaba afuera.

Rosas, entre tanto, comenzaba á salir de su

obscuridad. Hasta entonces había sido sencillo comandante de campaña; pero su ambición le impulsaba á subir. Tomaba parte activa en la política, uniéndose al partido federal que en oposición al unitario proclamaba la autonomía de las provincias. La guerra civil devastaba el país.

### III.

Una tarde, Martín Lista fumaba delante de su rancho. El jovenzuelo que compartía su vivienda y su trabajo, había encendido fuego y estaba preparando el asado. Las llamas apenas oscilaban y el humo subía recto en el aire sereno. La luz se iba haciendo opaca, el horizonte, al parecer, menos vasto. Una franja de colores esfumados cubría el poniente. Subiendo hacia el cenit, flotaban vapores que semejaban gasas transparentes: gris oscuro, gris claro, gris perla, heliotropo, lila apenas perceptible, hasta perderse la gama de tintes en una faja de azul luminoso y ésta á su vez en el azul profundo y sombrío de la cúpula inmensa. Comenzaban su canto estridente y monótono las chicharras y las ranas. Era la hora en que la naturaleza se recoge para descansar: la hora dulce y triste cuando muere la luz.

Sobre una ondulación del terreno apareció un jinete; su silueta se destacaba con nitidez maravillosa sobre el fondo claro. Bajó lentamente, como cansado y se detuvo junto á Lis-

ta, saludando y pidiéndole hospitalidad para la noche.

Poco después, Lista, el forastero y el muchacho, sentados alrededor del fuego, comían el sabroso asado. El viajero dijo llamarse Matos,



Sobre una ondulación del terreno apareció un jinete...

y refirió que se hallaba de paso para una estancia donde le habían ofrecido el puesto de capataz. Habló mucho de los trabajos del campo, del ganado, de caballos, de cosecha; luego de Rosas y sus establecimientos; después conversó de política y de mil otras cosas. Lista, quien rara vez tenía ocasión de hablar con perso-

nas de fuera, gozó mucho con la compañía de Matos.

— Usted está en excelente situación — le aseguró éste. — Más de uno podría envidiarlo. Sin embargo ¿no le parece á usted que lo están explotando?

Lista le miró sin comprender.

— ¿Cómo explotando? — preguntó.

— Sí, pues. ¿No ve que está trabajando para su patrón y que se cansa para él?

— Bueno, sí; pero también para mí, puesto que parte de la ganancia es mía.

— ¿Y qué es su parte? No es nada en comparación con su trabajo. Usted debería tener la mayor parte.

— Pero el patrón da los animales.

— Y usted da su trabajo. Su patrón cobra su dinero sin cansarse, mientras que usted se mata trabajando y sólo recibe una fracción de lo que le corresponde.

— Pero el patrón también trabaja.

— ¡Oh sí! Concedido. Trabaja, pero cuando quiere; y al fin y al cabo, si lo hace, es en provecho propio; en cambio usted lo hace por el ajeno. Dígame usted, compañero, si no trabajaría con más gusto siendo patrón en vez de puestero.

Á esto Lista no supo qué responder. El hecho era que jamás se le había ocurrido pensar en semejante cosa. Matos, que le observaba atentamente, se echó á reír.

— Vaya, dejemos eso — dijo. — No son más que ideas mías y todo está muy bien tal como está.

Ahora, con su permiso, voy á dormir, porque mañana tengo que ponerme en camino antes del alba.

Diciendo esto se envolvió en su poncho y se tendió al lado del muchacho, quien dormía profundamente y no había oído una palabra de la conversación precedente. Lista también se acostó; pero al principio no pudo conciliar el sueño. Le preocupaban las observaciones de su huésped. Mirándolo bien, éste no dejaba de tener alguna razón. Se revolvía incómodo en su catre. ¿Para qué habría venido ese forastero á hablarle de cosas que jamás se le habían ocurrido á él?

Malhumorado, se dió vuelta y al fin se durmió.

#### IV.

Á la mañana siguiente, Matos se despidió sin mencionar más el asunto consabido. En cuanto á Lista, un buen sueño le había hecho olvidar por completo su principio de descontento con la suerte.

Pasaron algunas semanas y un día volvió á presentarse Matos. Le enviaban á otra estancia á inspeccionar una tropa de novillos que su patrón pensaba adquirir. Como la vez pasada, pidió hospitalidad á Lista. Por la noche, mientras tomaban mate, abordó de nuevo el tema del trabajo y la ganancia.

Al principio Lista hizo un gesto de fastidio; pero muy luego, á pesar suyo, escuchó con atención. Su huésped hablaba de una manera tan convincente que fácil era darle la razón. Cuando se marchó, Lista quedó cavilando en que su suerte no era realmente tan digna de envidiarse como hasta entonces le había parecido.

Á la vuelta, Matos paró otra vez en el rancho de Lista.

—¿Todavía de puestero?—preguntó.

—¿Y qué le hemos de hacer?

—Nada, es verdad, sino aguantar. Es decir, los hombres guapos, cuando realmente quieren algo, lo consiguen. Por supuesto que hay que andar muy listo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¡Oh! Nada de particular. Sólo se me había ocurrido que quizá...

—¿Quizá qué?—preguntó Lista, entrando en curiosidad por las vacilaciones é interrupciones del otro.

—Nada. Estaba pensando en que un hombre como usted vale demasiado para ser simple puestero y merecería ser propietario.

Lista comprendió que Matos tenía algo que decirle y que no lo hacía por prudencia ú otro motivo. Le instó para que hablara.

—No—repuso el otro.—¿Por qué hablar de este asunto á un hombre contento con su suerte y que no desea otra cosa?

—Pero ¿qué es, qué hay?—insistió Lista, más y más interesado.

Matos vaciló un momento y luego pareció resolverse.

—Yo sé de una chacra bastante grande, en excelente estado, que sería regalada á un hombre resuelto que se animase á adquirirla. Al enterarme de ello, me acordé de usted, y lamentaré que no vaya á parar á sus manos la propiedad.

—¿Y por qué no podría venir á parar á mis manos? —preguntó Lista, cada vez más intrigado.

—Porque... porque... en fin, hay que llenar una condición.

—¿Y yo no podría llenarla?

—Poder, sí podría, pero....

—¿Pero?

—Mire, compañero, no me pregunte más; es mejor que no le diga nada.

Á todas las instancias de Lista para que hablara, sólo contestó:

— Amigo, no insista. Siento haberle dicho algo.

El puestero permaneció intrigado y descontento, pensando en la chacra que se regalaba y en la condición que habría que llenar. ¿Por qué no podría él hacerlo? ¿Acaso no le creían bastante guapo y valiente?

Matos se fué, suplicándole que no pensara más en lo que él le había dicho.

---

## V.

No tardó Matos en volver bajo un pretexto cualquiera. Durante todo el tiempo transcurrido desde su última visita, Lista no había hecho más que pensar en las palabras misteriosas de su visitante. Cuando le vió llegar otra vez, resolvió firmemente no dejarle partir sin haberle arrancado su secreto, si secreto era. Matos hizo como antes, aparentando vacilar; pero al fin, viendo que había llegado el tiempo de lograr su objeto, confió á Lista lo siguiente:

Que habiendo estallado otra vez la guerra civil y siendo necesario para el progreso y bienestar del país que aquélla cesara, algunos hombres que amaban á su patria, habían deliberado acerca del mejor medio para conseguirlo. Después de mucho reflexionar, convinieron en que era preciso que desaparecieran las causas de la guerra. Estas causas no eran otras que algunos jefes, caudillos, y principalmente Rosas. Era, pues, una dolorosa necesidad eliminarle, acción que sería un verdadero mérito para el que se atreviera á acometerla. Para que no faltara el estímulo de la recompensa, se había destinado una chacra como premio al que se encargara de la obra.

Lista escuchó absorto, atónito. Comprendió que se trataba de asesinar á su patrón. Al principio esta idea le indignó. Ciertamente que había matado una vez á un hombre; pero en lucha igual y no alevosamente. No era un malvado. Rosas podría

ser federal ó unitario, podría hacer daño ó bien á su patria, podría ó no ser un peligro para ella: Lista sólo le debía beneficios. Rosas le había acogido en su estancia, poniéndole al abrigo de toda persecución, le había proporcionado los medios de vivir honradamente y sin privaciones: sólo le merecía gratitud. ¿Iría él á asesinarlo en premio?

El primer impulso de Lista fué arrojarle sobre su tentador; mas éste había sacado como al descuido su cuchillo y con aire distraído pasaba el dedo por el filo. El otro, que carecía de armas, por estar prohibido su uso en las estancias de Rosas, se contuvo.

—Naturalmente—prosiguió Matos,—ese negocio es sólo para un hombre animoso y dispuesto á jugar el todo por el todo.

Viendo que Lista callaba, siguió hablando.

—He visto la chacra; es magnífica. Un hombre trabajador é inteligente, podría labrar su fortuna. Realmente es lástima que otro la obtenga. Vea, amigo...

Y así, gradualmente, fué trabajándolo, incitando su codicia ya despierta, haciéndole ver que la acción sería meritoria y creer que la instigación procedía de los generales Paz y Lavalle, quienes, sin embargo, no tenían ni aún conocimiento de ese proyecto.

El resultado fué que, después de largas vacilaciones y luchas contra sus instintos más nobles, Lista sucumbió á la tentación y se prestó á asesinar al hombre á quien sólo debía beneficios.

## VI.

Rosas, nombrado general en jefe de las tropas de Buenos Aires, había establecido su campamento á la espera de los sucesos.



... se levantó y exclamó con voz vibrante: — ¡Martín Lista!

Se hallaba escribiendo en la casa que le servía de alojamiento, cuando entró un ayudante.

—Allí está un hombre que dice tener asuntos con el señor general.

—¿Dió su nombre?

—Dice llamarse Ramón Pasos.

Rosas se aseguró de que sus pistolas estuvieran en buen estado y luego repuso tranquilamente:

—Está bien, que entre.

En seguida se presentó un hombre vestido de paisano, de barba negra y espesa, bajo la cual sus facciones desaparecían casi por completo. Sombreados por las cejas tupidas, brillaban los ojos negros é inquietos. En ellos clavó Rosas la mirada.

—¿Usted es el hombre de confianza de quien me han hablado?

—Sí, señor, yo soy Ramón Pasos, para servir á usted.

—Me lo han recomendado mucho como persona inteligente y fiel y que tiene el deseo de serme útil.

—Sí, señor; trataré de merecer su confianza.

—Es lo que necesito: ¿alguien de quien pueda fiarme—continuó Rosas; y bajando la voz como para que no le oyesen afuera, y clavando con más intensidad su mirada en los ojos del otro, agregó: —¿Sabe? He recibido noticia segura de que los unitarios piensan asesinar-me.

Á Ramón Pasos se le cayó de la mano el rebenque con que había estado jugando. Se inclinó para recogerlo, en lo cual tardó algunos instantes.

—Oh, no—dijo luego con voz un poco insegura; —no creo que proyecten una cosa tan infame.

—¿No? Pues yo sé que es así como yo lo digo. Por eso es que necesito un amigo que vele por mí,

un hombre que esté siempre alerta, para que yo pueda dedicarme á mis numerosos asuntos sin tener que preocuparme de mi seguridad. Creo que usted es el hombre que me conviene. |

—Usted puede confiar en mí—repuso Ramón Pasos, ya completamente tranquilo.

Conversaron todavía un rato y luego Pasos se levantó para despedirse.

—Entonces quedamos convenidos—dijo Rosas. —Usted entra á mi servicio.

El otro inclinó la cabeza en señal de asentimiento y á la vez para saludar y se retiró. Rosas le siguió con la vista hasta que hubo llegado á la puerta. De pronto se levantó y exclamó con voz vibrante:

—¡Martín Lista!

El hombre se estremeció violentamente y se dió vuelta, fijando en Rosas unos ojos en que se mezclaban el espanto y la sorpresa.

—¿Conque á usted le habían elegido como asesino? — preguntó Rosas.

Lista no acertó á responder.

—¿Se acuerda usted — continuó Rosas — de aquella mañana durante la hierra, hace cuatro ó cinco años, cuando vino con el capataz á pedirme asilo porque había tenido una «desgracia»? ¿ En premio de haberle protegido me quería usted asesinar?

Lista se pasó la mano por la frente cubierta de sudor. Era inútil negar ya. Su codicia le había arrastrado al abismo ; estaba perdido.

—En toda mi vida — continuó Rosas con los ojos

chispeantes—he visto un hombre más despreciable que usted. Merecería que le fusilara; pero usted no vale siquiera la bala que lo ha de matar. Váyase y diga á sus amigos unitarios que si quieren matarme, que me manden un hombre valiente que ataque de frente y no una víbora que hiere á escondidas. ¡Fuera de aquí, asesino!

Un instante después, Lista se hallaba afuera, mareado como si todo girara alrededor de él, aturrido por la rapidez con que se habían sucedido los hechos, abrumado para siempre bajo el peso de la vergüenza y la infamia.

## 17.

**La cruz en el campo.**

## I.

Cuatro ó cinco chicos alegres y retozones, volvíamos á la estancia con don Miguel, el capataz. Habíamos pasado el día en la propiedad vecina y aprovechábamos el fresco de la tarde para galopar á nuestro gusto. Los rayos del sol caían ya tan oblicuamente que se tendían á ras del suelo y el pasto verde y fresco reflejaba la luz como si cada una de sus hojas fuese un espejito. Era imposible mirar el horizonte, cuyo resplandor cegaba la vista. Todo lo que aparecía sobre ese fondo incandescente semejaba sombras chinescas que se agitaran frente á una pantalla de oro.

Galopábamos hacia el Este y el brillo no nos incomodaba. Nos sentíamos ligeros y frescos como los pájaros. Nuestros caballos marchaban velozmente conociendo que volvíamos á casa, y si uno de los muchachos hacía chasquear su látigo alguna vez, era por lujo y para lucir el cabo de plata.

Á lo lejos divisamos un objeto que el sol hacía brillar como si tuviese luz propia. No alcanzábamos á distinguir lo que era.

—¿Eso?—dijo don Miguel al ser interrogado, dirigiendo hacia el punto indicado sus ojos pe-

netrantes de campesino. — ¡Ah! es « la cruz en el campo ».

— ¿Qué es eso? — preguntamos, interesados por el nombre sugerente.

— Es una tumba — repuso el capataz; — ¿no sabían?

— No, no, no sabemos nada, don Miguel.

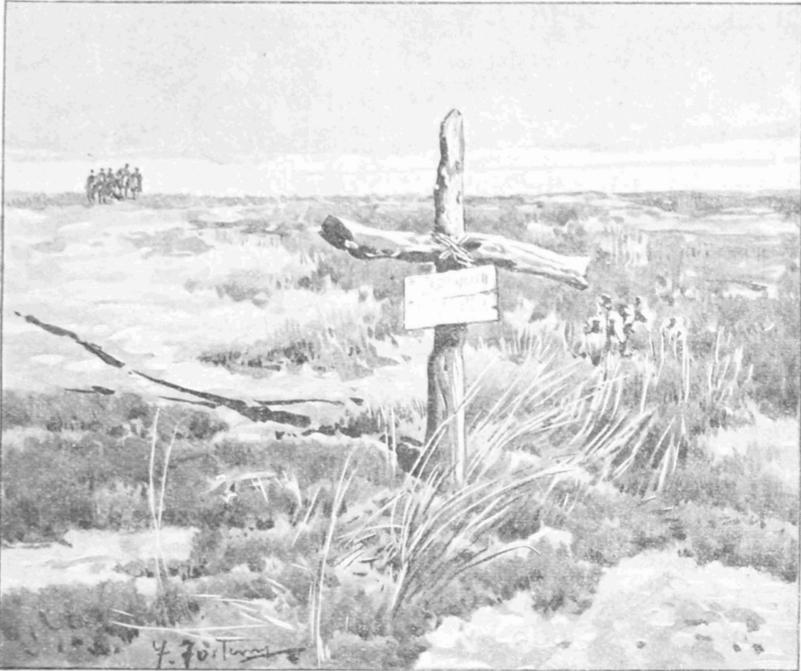
Entre tanto, nos habíamos acercado á la cruz. Estaba formada por dos leños torcidos, sujetos por un alambre; una tablita en la cual debió haber alguna leyenda, ininteligible ahora, se hallaba desclavada. Fuera de eso, nada indicaba que allí hubiera una tumba; los pastos y yuyos cubrían el suelo como en todas partes y sólo el trébol perfumado y la delicada margarita tejían una corona fúnebre al ser que dormía allí el sueño que no tiene ensueños.

Nos detuvimos. Don Miguel y los muchachos se descubrieron, las niñas se santiguaron. Una tumba, sea un suntuoso monumento de mármol ó una cruz humilde, es un misterio; exhala un no sé qué de solemne, que hace callar las risas y recogerse el alma. Y ese leño retorcido con su leyenda indescifrable, plantado en medio del campo, rodeado de flores silvestres, hablaba un lenguaje dulce y poético, lleno de una melancolía serena que nada tenía de común con la tristeza abrumadora que se siente como una losa de plomo en los grandes cementerios lujosos.

— Cuéntenos la historia de esta cruz, don Miguel — le instamos, cuando volvimos á ponernos en marcha.

— Es una historia corta — repuso el capataz, — y la contaré tal como á mí me la refirieron.

Nos pusimos en fila y continuamos al tranco, para escuchar la narración.



Estaba formada por dos leños torcidos sujetos por un alambre...

## II.

— Estos campos — comenzó don Miguel — pertenecían, allá por el año 60, á un tal don Pedro Zorrilla, quien vivía con su familia en un rancho junto á la laguna. Una tarde de invierno, gris y helada, con el cielo lleno de nubarrones que parecían huir ante el viento del sur, se detuvo

delante de la casa un individuo de dudosa catadura. Era viejo; su barba larga y rala volaba al viento, á la par que la crin y la cola de su caballo flaco. Su poncho y chiripá debían datar de tiempos inmemoriales. El color subido de sus facciones curtidas y arrugadas, traicionaba el apego del viejo al aguardiente.

Don Pedro le examinó con desconfianza, cuando el forastero le pidió hospitalidad; pero considerando que se acercaba una noche tormentosa y que el vecino más próximo vivía á dos leguas de distancia, no tuvo valor para negársela.

El viejo desensilló, pues, y permaneció humildemente parado en la puerta, hasta que doña Ramona, la dueña de casa, le invitó á pasar y tomar asiento, proponiéndose al mismo tiempo encerrar bien el poncho nuevo de su marido, así como algunas prendas de plata y el poco dinero que había en el rancho.

Mientras el forastero esperaba que sirvieran la cena, el menor de los hijos de don Pedro se estableció frente á él en el suelo, para contemplarlo á sus anchas, con esa mirada de los niños, seria y escrutadora, que todo lo ve. El huésped se echó á reír, llamó al chico y al cabo de un cuarto de hora los dos eran los mejores amigos.

—Mira qué raro —observó doña Ramona en voz baja á su marido; —Julio, tan huraño siempre, ya le ha tomado confianza al forastero.

—Buena señal—repuso don Pedro; —los niños distinguen en seguida á los buenos de los malvados y no se equivocan nunca.

Al día siguiente, el hombre quiso ensillar y seguir viaje. Hizo sus preparativos despacio, con resignación, como quien quisiera quedarse y bien sabe que tiene que marchar. Don Pedro lo miraba hacer, indeciso; el viejo le daba lástima y, sin embargo, no tenía ningún motivo para hacerle quedar.

Cuando Julito, que no se había separado del lado de su nuevo amigo, advirtió que éste se disponía á partir, puso el grito en el cielo y le asió del poncho con sus dos manecitas, como resuelto á no soltarlo de ninguna manera. El viejo le alzó y le preguntó si quería irse con él.

—¡No, no!—gritó el chico,—que no se vaya, no quiero que se vaya!

—Vea—observó don Pedro, resolviéndose;—¿á dónde va ahora?

El otro hizo un gesto vago hacia el horizonte gris y encapotado.

—Porque, si no tuviera apuro, podría quedarse aquí unos cuantos días más, hasta que mejore el tiempo. Siempre hay algún trabajito. ¿Qué le parece?

El viejo murmuró con voz ronca que estaba bien; pero en sus ojos enturbiados por la bebida, brilló un rayo de luz.

Pasaron los días y el paisano no se marchaba. Siempre había algún trabajo que hacer, siempre lo necesitaban para algo. Sin saberse bien cómo, había entrado á formar parte de la familia. Se llamaba don Francisco; su apellido no hace al caso. No siempre había sido un vagabundo;

había conocido tiempos buenos, pero la desgracia, el juego y la bebida le hicieron bajar de grada en grada la escala de la sociedad, hasta que arribó, como el náufrago á una isla salvadora, al rancho hospitalario de don Pedro Zorrilla. Le estimaban en la casa por su buen corazón; y si alguna vez vaciaba la botella de caña que no había sido comprada para él, se lo perdonaban. Profesaba gratitud y verdadero cariño á todos los miembros de la familia; pero su predilecto era Julito, á quien quería con ternura. El niño retribuía con creces ese amor.

Llegó el año 1861. Las tropas de Buenos Aires se estaban concentrando en la capital. Las fronteras quedaron poco menos que desguarnecidas, pues casi todos los hombres de armas llevar iban á incorporarse al ejército, unos por patriotismo, otros por cambiar de vida, otros, en fin, porque les habían ofrecido buen enganche.

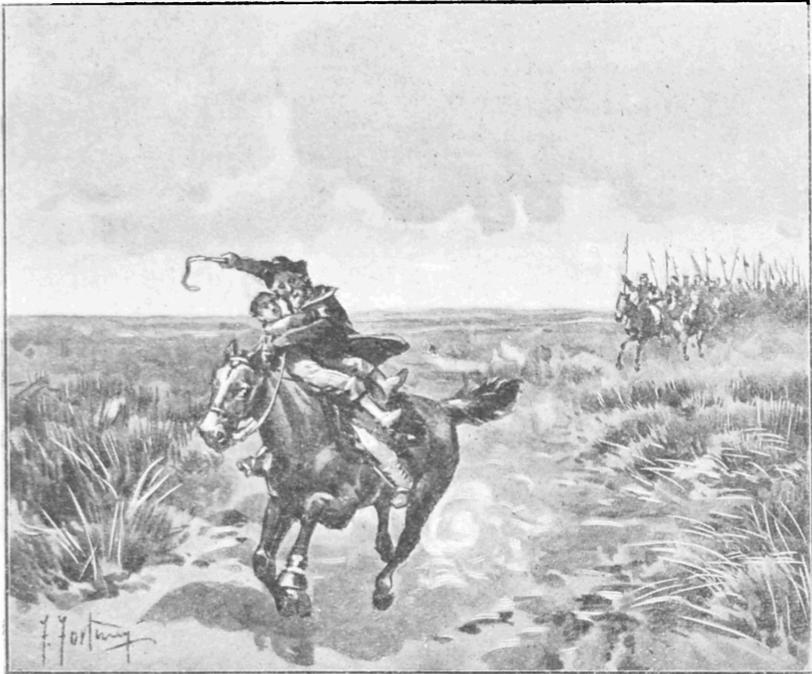
Los indios no tardaron en aprovecharse de esta circunstancia. Hicieron una incursión, y como hallaron poca resistencia, pronto volvieron en mayor número, saqueando, matando y arreando los ganados.

Sin embargo, á las tierras de Zorrilla no habían llegado aún y parecía difícil que llegaran, pues este punto quedaba bastante retirado de la frontera, dentro de la región poblada.

Por eso don Pedro y su mujer no tuvieron reparo en asistir á una fiesta que debía celebrarse en el pueblo más cercano, es decir, á varias leguas de allí. Resolvieron llevar á los

niños mayores y dejar en casa á Julito con don Francisco. Pensaban pasar ocho días en el pueblo.

Á Julito le importaba poco que no le llevaran, con tal de que le dejaran con don Francisco.



Sólo haciendo un esfuerzo tremendo logró escapar...

Los primeros días pasaron tranquilos. Al amanecer del tercero, el viejo despertó sobresaltado por un ruido semejante á trueno lejano que se acercaba rápidamente.

Don Francisco miró afuera. Aclaraba apenas; no se distinguía todavía ningún objeto. Una vaga semiclaridad gris blanquecina llenaba unifor-

memente todo el espacio. Ni el más débil tinte rosado coloreaba aún el oriente.

De aquel vapor gris é informe procedía ese rumor. Don Francisco comprendió pronto: eran los indios que llegaban en carrera desenfrenada. Dentro de pocos instantes la avalancha estaría sobre él.

Si el viejo hubiese estado solo, no habría pensado en la fuga. La vida le valía bien poco para pensar en huir de la muerte. Poco le importaba prolongar de algunos días su existencia descalabrada. Habría permanecido en su puesto hasta caer muerto defendiendo la propiedad que su bienhechor había dejado á su cargo. Pero allí estaba Julito, ese niño en el cual había concentrado todo el amor de que era todavía capaz su corazón marchito por muchos desencantos. Debía salvarlo á todo trance.

El viejo beodo halló en ese instante toda su serenidad, su aplomo, sus fuerzas de antes. Se proveyó de armas, ensilló el mejor caballo y sentando en él á Julito, emprendió la fuga, á tiempo que en la claridad que aumentaba por momentos, aparecían los primeros de la horda salvaje.

Ocupados en registrar y saquear el rancho, no le vieron al principio; sólo le advirtieron cuando estaba á punto de desaparecer detrás de una loma. Inmediatamente se lanzaron en su persecución.

Don Francisco tenía bastante ventaja y su caballo era fresco y brioso. Sin embargo, no se

hizo ilusiones sobre lo que significaba desafiar á una carrera á esos jinetes alados.

Descargó su trabuco sobre los que le seguían más de cerca matando é hiriendo á varios. Los demás se dispersaron, pero eso no era más que una estratagema, pues luego don Francisco vió que trataban de rodearlo. Sólo haciendo un esfuerzo tremendo logró escapar á las dos puntas del semicírculo fatal que ya amenazaban unirse encerrándolo.

Su intención era llegar á la estancia vecina, distante dos leguas, espacio insignificante en circunstancias ordinarias; pero que se vuelve enorme cuando la muerte viene cabalgando detrás del que la tiene que recorrer. Y además dos leguas á carrera tendida es mucho aún para un buen caballo.

Los indios aumentaban continuamente en número. El viejo los sentía ganar terreno y oía sus gritos desaforados. Cubría con su cuerpo al niño espantado, resguardándolo de las flechas que silbaban alrededor de ambos.

Ya se veían á lo lejos los árboles y sauces de la estancia; y de pronto, un numeroso grupo de hombres armados se desprendió de la sombra precipitándose al encuentro de los fugitivos y de los indios. Cuando éstos se vieron tan inopinadamente atacados por una fuerza respetable, lanzaron gritos de despecho y volvieron grupa, no sin haber disparado antes una verdadera lluvia de flechas. Una de ellas hirió á don Francisco en la espalda. El viejo estuvo á punto de des-

plomarse al suelo, pero con esfuerzo supremo de su voluntad, se mantuvo firme, hasta encontrarse en medio de los peones de la estancia. Le quitaron de los brazos al niño ileso, al cual seguía sujetando convulsivamente y le bajaron con precaución del caballo, pues no podía sostenerse más. Fué conducido á la casa, donde expiró poco después. Su último movimiento fué acariciar la cabeza de Julito.

Le enterraron en el campo y sobre su tumba colocaron esa cruz primitiva que hoy todavía se ve. En una tablilla se inscribió el nombre del muerto, la fecha y las circunstancias de su fallecimiento.

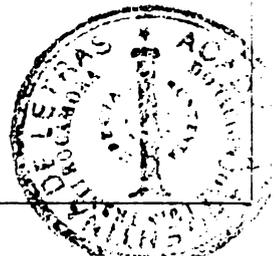
Sobre la tumba se rezaron muchos padrenuestros y avemarías. La superstición empezó á tejer alrededor de ella sus leyendas. Se decía que los indios temían la vista de esa cruz; y el hecho es que jamás volvieron á aparecer en estas regiones.

Julito, con el tiempo, se hizo hombre; sus padres murieron y él y sus hermanos abandonaron el viejo rancho. Los campos cambiaron de dueño; pero la cruz fué siempre respetada y el nombre de don Francisco no ha sido olvidado.

### III.

Habíamos escuchado en silencio la narración del capataz. Sencilla como era, nos había impresionado. Al emprender el galope, me volví para mirar una vez más la cruz en el campo,

que se dibujaba vagamente, á lo lejos, entre las brumas delicadas de la tarde. Á pesar de ser un sepulcro, nada tenía de tétrico ni siniestro el lugar donde descansaba el pobre viejo, que con una última acción nobilísima, salvó la vida al niño que le había abierto las puertas de un hogar y sembró en el corazón de los paisanos sencillos y fuertes de la comarca, la semilla siempre fecunda de la abnegación, virtud que redime las almas y las glorifica con su triunfo sobre la muerte.



## 18.

**El documento perdido.**

## I.

Un día de Diciembre del año de 1869 Buenos Aires amaneció de fiesta. Las calles embanderadas, estaban llenas de un gentío alegre y bullicioso. Donde había más aglomeración y mayor profusión de adornos era en el muelle de pasajeros que avanzaba su línea recta y gris en el río azul, cuyas aguas encrespadas por una fresca brisa, parecían confundirse á lo lejos con el cielo. La luz de oro del sol bañaba ese cuadro hermoso y animado.

Se esperaba la llegada de los guerreros del Paraguay. Durante cinco años, esos valientes habían mantenido bien alta la bandera de la patria, combatiendo entre selvas y pantanos, en un país donde hasta la naturaleza les era hostil, á las tropas de Solano López, tirano del Paraguay. Habían soportado heroicamente fatigas y penurias, privaciones y enfermedades, lluvias, marchas abrumadoras y calores tropicales. Regresaban por fin, victoriosos, á recibir los homenajes bien merecidos del pueblo y la recompensa de la patria.

Mas no todos los habitantes de Buenos Aires estaban de fiesta. Muchas familias lloraban la pérdida de uno que había marchado lleno de en-

tusiasmo y que dormía ahora para siempre, á la sombra de naranjos y palmeras. Otras se preparaban para recibir á un herido ó á un mutilado.

Afuera, en las calles, veíanse banderas destrozadas por cien balas, paseadas en triunfo entre las aclamaciones de una muchedumbre delirante; armas que reflejaban el sol, bandas militares que lanzaban al aire sus notas vibrantes como las voces de la gloria. En las casas cerradas, estaba el reverso de la medalla: rostros pálidos, sollozos, crespones.

## II.

En este caso se hallaba la familia del comandante Castro, uno de aquellos que no venían entre las tropas victoriosas. Después de la toma de Humaitá, este oficial desapareció y ni la más leve noticia llegó de él desde aquel día. No se sabía si estaba muerto ó prisionero. No figuraba en la lista de los caídos; pero esto no significaba nada pues en la guerra existen mil posibilidades. Los suyos habían perdido casi toda esperanza de volver á verle, después de tanto tiempo transcurrido. Ese día, la dolorosa herida sangraba de nuevo, y no era de extrañar que corriesen las lágrimas.

Componíase la familia de Castro de la señora y dos niñas. Una de ellas era ya una señorita y la otra una encantadora chicuela de once años, de cabellos como hebras de luz solar y ojos

que hacían recordar esos pensamientos grandes, oscuros, aterciopelados que se ven en los jardines.

Celia lloraba, porque veía llorar á su madre y á su hermana ; pero allá en el fondo de su corazoncillo tenía la firme convicción de que su padre no había muerto. Con la carita bañada en lágrimas, cubrió de besos á su madre, asegurándole que su papá volvería. La señora tomó en brazos á la deliciosa criatura ; Elena, la mayor, se estrechó contra ellas, y así, abrazadas, lloraron las tres, mientras afuera vibraban las dianas de las tropas vencedoras.

— El señor Mendoza pide permiso para saludar á la señora — anunció una sirvienta.

Un momento después apareció un caballero de hermosa presencia, alto, moreno, de barba corta y negra y ojos negros también. Se adelantó vivamente hacia la señora y, besándole la mano, exclamó :

— ¡ Mis pobres amigas ! ¡ Qué día triste es este para ustedes !

— Más triste de lo que puede expresarse con palabras — repuso la señora de Castro. — Hoy que todos son felices, sentimos doblemente nuestra desgracia.

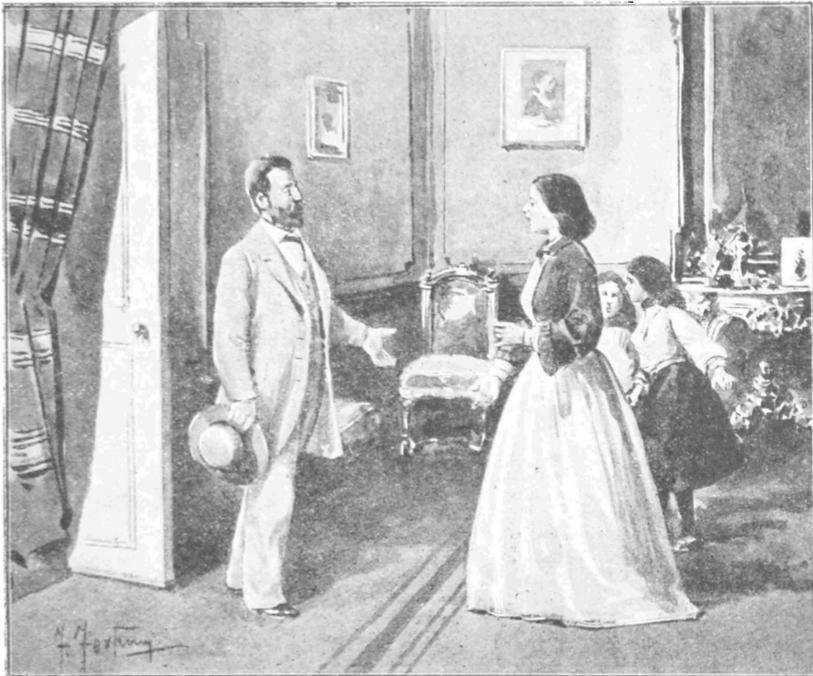
— Lo sé, y por eso he venido, para que ustedes vean que aún les queda un amigo para acompañarlas en su dolor.

— Se lo agradecemos, Alberto, de todo corazón. ¡ Oh, si pudiésemos salir de dudas ! ¡ Quién sabe si mi pobre esposo no está prisionero allá

en el fondo del Paraguay, sufriendo sin que podamos socorrerlo!

—Pero yo estoy segura de que papá va á volver —interpuso Celia con su vocecita clara.

— ¡Pobrecilla! —dijo el señor Mendoza cari-



— ¡Mis pobres amigas, qué día triste es este para ustedes!

ñosamente, inclinándose para atraerla á su lado ; mas ella esquivó la caricia. Su madre la reconvinó ; pero Celia, sin hacer caso, fué á sentarse en un taburete, en un rincón, desde donde clavó los ojos en el caballero, sin desviarlos por un instante, con la mirada intensa de los niños que

es á veces más penetrante que la mirada de las personas mayores.

— No quiero molestarla hoy con asuntos de negocio — dijo Mendoza á la señora ; — pero...

La señora hizo un gesto de alarma.

— No se asuste, Sofía — continuó aquél ; — respeto demasiado su dolor para tener tan poca delicadeza. Pero usted comprende... en fin, ¿ cuándo podríamos conversar sobre este asunto?

— Mañana, si usted quiere.

— Muy bien. Usted no sabe lo desagradable que es para mí tener que causarle esta pena.

Se despidió de la señora y de Elena y quiso besar á Celia.

— Celia, da la mano á Alberto — ordenó su madre.

La chica obedeció de mala gana, sufrió con marcada expresión de disgusto el beso de Alberto y luego, con disimulo, se paso el revés de la mano por los labios.

### III.

Alberto Mendoza era pariente lejano de la familia de Castro. El comandante y los suyos le querían mucho, á excepción de Celia, la cual sentía por él una aversión instintiva y profunda.

Próximamente un año antes de la guerra, el comandante, contra toda costumbre, se dejó tentar por los naipes, perdiendo una gruesa suma. En su angustia — pues no tenía tanto dinero en

efectivo — recurrió á su pariente, quien se lo facilitó á un interés elevado. Cuando venció el plazo, se vió felizmente en condiciones de pagar. Todo el negocio se hizo en secreto, de amigo á amigo. Castro sentía tanta vergüenza por su falta, que no quiso enterar á su esposa. Mendoza le prometió guardar reserva, y para que nadie lo descubriera, el comandante guardó el recibo firmado por aquél, en un cajón secreto de su escritorio; al menos, tal fué su intención.

En 1865, López, presidente del Paraguay, provocó la guerra, apoderándose repentinamente de algunos buques argentinos. El comandante tuvo que marchar, encargando á Mendoza que velara por su familia.

Pasó el tiempo y, según se ha dicho, nada más se supo de Castro, después de Humaitá.

En la mente maligna de Alberto germinó entonces un plan infame. Había malgastado su fortuna y codiciaba desde hacía tiempo la de su pariente. La señora de Castro nada sabía de aquel préstamo. Ignoraba por tanto que existiera un recibo comprobante del pago de la deuda. Si él conseguía apoderarse de este papel, podría, mediante un documento falso exigir á la señora la devolución de aquella suma, con todos los intereses acumulados en tantos años. Sabía perfectamente que ella se despojaría de todo para pagar la deuda de honor y salvar el buen nombre de su esposo. En su calidad de amigo y consejero de la señora, fácil le fué convencerla de que sería bueno revisar los papeles del co-

mandante. De esta manera pudo registrar el escritorio y todos los lugares donde era probable que se hallara un documento de tanta importancia. Sin embargo, por más que buscó, no encontró nada. El comandante debía haberlo destruído ó llevado consigo, y en ambos casos no había peligro, pues era seguro que Castro había perecido.

#### IV.

—¿Cuánto dijo usted, Alberto?

—Un millón quinientos mil pesos moneda corriente, Sofía.

—¡Pero eso es imposible!

—Aquí está el recibo y en este papel he hecho los cálculos. Puede usted revisarlos.

— Al decir esto, colocó ante los ojos azorados de la señora un pliego cubierto de cifras.

La desgraciada dama no dudó ni un momento. Ante los ojos tenía un papel firmado por su esposo, comprometiéndose á pagar dentro de tal plazo una gruesa suma de dinero. Estaba forjado con tal maestría que era imposible distinguir la letra de la del comandante. Alberto explicó con emoción bien fingida que, hasta entonces, había callado en la esperanza de que volviera el comandante, y que sólo se había decidido á cobrarle por tener obligaciones apremiantes que cumplir. En fin, no era hombre cruel; daría á la señora un mes más de plazo. Si hasta entonces no ha-

bía reunido la suma, se vería en la dolorosa necesidad de proceder al remate; ó si la señora temía el escándalo público, harían sencillamente una transferencia, de suerte que sus bienes pasarían á manos de él.

Esto último era un golpe hábil y audaz. Sabía muy bien que la señora haría cualquier sacrificio antes de dejar que el asunto trascendiera, y cayera una mancha en el nombre de su esposo. Así se haría dueño de la fortuna de Castro sin ningún esfuerzo.

## V.

El mes de plazo tocaba á su fin y la señora veía llegar, con el corazón lleno de angustia, el día fatal en que quedaría en la indigencia con sus hijas.

Su único consuelo era la pequeña Celia, la cual le aseguraba con insistencia que su papá volvería y que entonces se arreglaría todo.

Había leído un cuento de hadas, de una niñita cuya madre estaba muy enferma. Desesperada, pidió consejo á una anciana que vivía en medio del bosque, y ésta le dijo que tomara el objeto que más apreciara y se lo regalase á la persona que lo deseara ó que más necesidad tuviera de él; que después se arrodillara y rezara mucho, y que entonces Dios, si la consideraba digna de esa merced, devolvería la salud á su madre. Pero para eso se necesitaba ser muy buena, muy

buena... La niña lo hizo así, y al otro día su madre estaba sana.

Este cuento hizo profunda impresión en Celia y le inspiró una idea audaz: la de hacer algo análogo. Pero ¿era bastante buena? Hizo examen de conciencia y con un poquito de vanidad infantil se convenció de que había sido siempre obediente, aplicada y amable. Ya sabía también de qué objeto debía desprenderse. Era un precioso libro de cuentos, magníficamente ilustrado é iluminado, que había leído y releído infinidad de veces, siempre con el mismo placer. También sabía Celia á quien debía regalárselo, si quería ser digna de que Dios colmara sus deseos. En la misma calle vivía una lavandera que tenía una hijita más ó menos de la edad de Celia. Ésta recordó con un poco de vergüenza cuantas veces había enseñado el libro á la chica, nada más que para gozar de su admiración.

Su resolución estaba tomada. Para aumentar el mérito del sacrificio, puso entre las páginas del libro su señalador más bonito, y después, atisbando el momento propicio, se escabulló y echó á correr por la calle. La chica de la lavandera estaba sentada en el umbral de su casa. Celia hizo un esfuerzo heroico y, poniéndole el libro entre las manos:

—Toma, para vos—dijo, y sin detenerse volvió corriendo á casa. Oyó todavía el grito de sorpresa y alegría de la chica. Se encerró en su cuartito y se puso á rezar con toda su alma, cuantas oraciones sabía y otras que improvisaba. No le

cabía duda de que Dios la oiría, si no al instante, al día siguiente ó más tarde: pero con toda seguridad.

## VI.

El día fatal había llegado. Á las dos debía venir el notario con los testigos, para hacer la transferencia. La señora y Elena recorrían la casa querida, que debían abandonar dentro de pocas horas, mientras Celia se había apostado cerca de la puerta de la calle desde temprano. Cada vez que entraba alguien saltaba como electrizada. ¡Seguramente su papá vendría á tiempo para impedir que tuviesen que dejar la casa! No se daba bien cuenta del cómo; pero su padre ya sabría.

Golpearon. ¿Sería...? ¡Ay, no! Ese hombrecito flaco con cara de carancho que miraba á todos lados, como si temiese ser perseguido, debía ser el notario y los dos caballeros vestidos con raída elegancia, los testigos. Mendoza salió á su encuentro y los condujo al escritorio. El notario era amigo suyo, acostumbrado á manejar negocios turbios. Á juzgar por el brillo de sus ojitos oblicuos, no debía salir perdiendo en el que tenía entre manos. En cuanto á los testigos, eran de la misma categoría.

Alrededor de la mesa se instalaron ellos, Mendoza, la señora y Elena. El notario ya traía escrito el documento al cual sólo faltaban las firmas, y se puso á leerlo con voz gangosa y monótona, como quien está habituado á leer con la

mayor indiferencia las cosas más importantes. Á las damas se les antojaba el murmullo de un rezo fúnebre. Cuando calló, ambas despertaron como de un ensueño. Mendoza ofreció una pluma á la señora para que firmase.

—¡No, no! ¡No quiero firmar!—exclamó la pobre madre, como asfixiada y con un sollozo seco.

—Vamos, Sofía, mi pobre amiga, abreviemos este momento doloroso—dijo Mendoza, tratando de ponerle la pluma entre los dedos.

—Firma, mamá, ya que Dios lo quiere así—dijo Elena con dulzura.

Su madre, obrando como bajo una voluntad extraña, tomó la pluma y, siempre maquinalmente, la mojó en el tintero.

En ese instante, pasos precipitados se acercaron en la galería, la puerta se abrió con estrépito y apareció un hombre de elevada estatura, vestido con un uniforme viejo y con el cabello y la barba enmarañados. Al mismo tiempo Celia se precipitó hacia su madre, exclamando con su vocecita atiplada y fuera de aliento:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ha venido papá...!

Durante largos instantes nadie se movió.

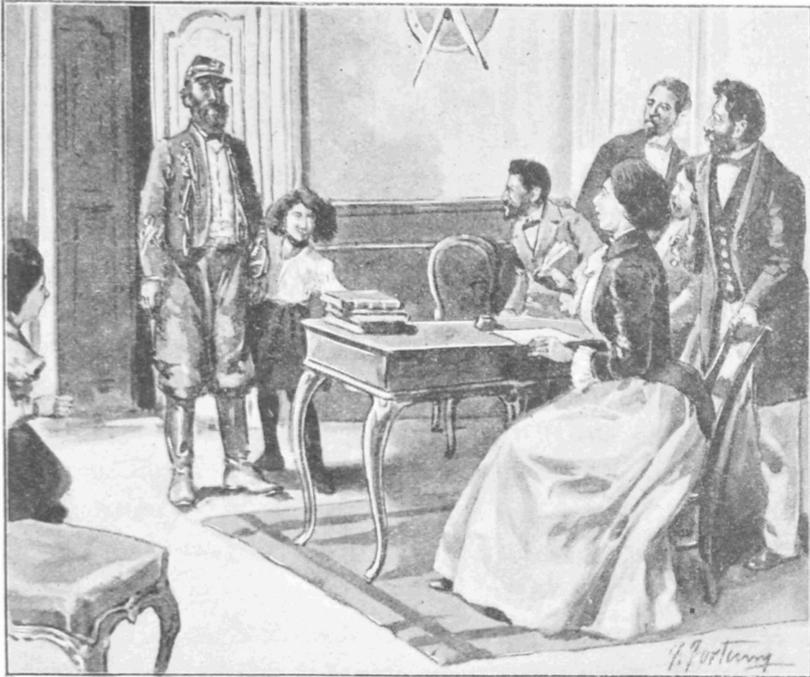
Luego, con gritos inarticulados de alegría, Elena y su madre se arrojaron en brazos del comandante.

Alberto, en cuyo semblante, fuera de su palidez, nada traicionaba lo que pasaba en su interior, saludó efusivamente al recién llegado.

—Pero ¿qué sucede aquí?—preguntó éste al fin, reparando en el notario y los testigos.

Elena explicó el asunto.

Primero el comandante no comprendió nada. Al fin recordó el asunto del cual trataban y fijando los ojos en Mendoza, dijo con asombro más que con enojo :



... apareció un hombre de elevada estatura ...

—¡Pero si yo le he devuelto la cantidad prestada!

—Yo no he recibido nada—repuso fríamente el otro, resuelto á jugar el todo por el todo.

—¡Es Vd. un miserable!

—No me insulte. Aquí tiene el papel firmado por Vd. mismo.

El comandante reconoció con asombro su propia letra, y por un momento dudó, mas luego comprendió que el papel era falsificado.

—Esta es una impostura—exclamó con los ojos chispeantes,—yo le he pagado á Vd.

—Pues entonces debe existir un recibo; muéstrémelo.

—Al punto; está entre mis papeles.

El comandante abrió el cajón secreto, donde creía haber guardado el recibo y palideció al verlo vacío.

—Sin embargo, debo tenerlo —murmuró, y ayudado de su esposa y Elena, se puso á registrar con manos febriles la mesa, los estantes, los armarios. Mendoza, con los brazos cruzados, permanecía impassible; el notario y los testigos, desconcertados é inquietos, se mantenían á un lado.

No quedaba cajón por registrar. El recibo no había aparecido. Mendoza triunfaba y el notario se frotaba las manos, cuando se oyeron voces delante de la puerta.

—Le digo que la señora está ocupada.

—No la voy á detener, quiero solamente entregarle esto.

La señora abrió la puerta y se halló frente á frente con la lavandera.

—Señora — dijo ésta, — la niña Celia le ha regalado un libro á mi chica y entre las hojas estaba este papel. Se lo traigo porque talvez tenga importancia para Vd.

La señora lo desdobló. Era el recibo extraviado.

Cómo, de qué manera, por qué descuido un papel de tanta importancia había ido á dar en un libro de cuentos de Celia, era un misterio inexplicable. El hecho era que había llegado á tiempo para impedir que un miserable despojase de lo suyo á la familia de la niña.

El notario y los testigos creyeron prudente desaparecer cuanto antes. En cuanto á Mendoza, ni el comandante ni los suyos volvieron á verle jamás.

Herido en la toma del fuerte de Humaitá, Castro había sido arrastrado al interior de las selvas según el bárbaro sistema de Solano López. Sufrió penurias sin nombre y sin número y presenció escenas indescriptibles de miseria y padecimientos.

Al fin pudo evadirse y después de una peregrinación inverosímil á través de aquel país, entonces salvaje é inculto, llegó, terminada ya la guerra, á orillas del Paraná, pasando á territorio argentino.

Ínútil es decir que Celia fué la heroína del día y que estaba firmemente convencida de que todos los acontecimientos felices, eran mercedes que Dios le había concedido expresamente á ella.



## 19.

**El prisionero de San Luis.**

## I.

La vida monótona y tranquila de los habitantes de San Luis, fué bruscamente interrumpida en 1817, y otra vez en 1818, por la llegada de un gran número de oficiales españoles tomados prisioneros en las batallas de Chacabuco y Maipo, que debían ser confinados allí.

Había entre ellos hombres de cultura y posición, como el ex gobernador de Chile Marcó del Pont, el bravo coronel Ordóñez, el capitán Carreteros y otros. Se les concedió una libertad relativa; algunos vivían solos y otros se hospedaban en casas de familias puntanas, donde eran acogidos con la consideración que merecía su desgracia y su valor. No estaban sometidos á ninguna vigilancia; se les permitía vestir el uniforme, tener sus ordenanzas y moverse sin restricción, dentro de los límites de la ciudad. La guarnición de San Luis se componía de unos pocos hombres. Tampoco se necesitaban más. Los prisioneros no podían escapar, pues, ¿á dónde habían de dirigirse? San Luis, al pie de una sierra escarpada en medio de la llanura inmensa, no era entonces más que una aldea, el único punto de escala en el larguísimo trayecto entre Buenos Aires y Mendoza. Alrede-

dor se extendía la pampa, el desierto, la *travesía*, la soledad absoluta, el centinela más seguro y fiel.

Entre los confinados, se hallaba un joven teniente de caballería, llamado Julián Valera, que había caído prisionero en Chacabuco, peleando heroicamente.

Frente á la quintita donde se había instalado, vivía una familia puntana, de apellido Torres, acomodada, tranquila y sencilla como todas las de San Luis: componíanla una señora con sus hijos, un joven de treinta y una niña de diez y seis años. Valera, que por vía de entretenimiento cultivaba su jardín, veía á menudo á su vecinita cuando regaba las flores. Le gustaba observarla, y ella también sentía por el joven prisionero una compasión y simpatía vivas y profundas; pero, aunque ambos experimentaban al verse un secreto placer, jamás habían cambiado ni siquiera un saludo.

Una tarde, Valera salió á caminar, y al entrar en una senda extraviada flanqueada de huertas, vió de pronto á la señora sentada en el suelo y su hija al lado, mirando alrededor de ellas con aire de consternación. Al ver á Valera, la niña salió á su encuentro. El joven comprendió que había sucedido algún percance, y, descubriéndose, preguntó respetuosamente si podía ser de utilidad.

—Mamá se ha caído y recalcado un pie,—repuso la niña,—y ahora no puede caminar. Hace más de una hora que estamos aquí, esperando que

viniera alguien, pero por este lugar solitario no ha pasado nadie. Tampoco he querido dejar sola á mamá para ir á buscar socorro. ¡Gracias á Dios que usted ha venido! — y pidió á Valera fuera á buscar un carruaje para trasladarla.

— Señora — repuso el teniente, — eso tardaría mucho y el movimiento del coche le haría daño. Si usted quiere confiarse á mí, yo la llevaré á su casa sin que sufra nada.

La señora no quiso aceptar este servicio; pero Valera la alzó entre sus brazos fuertes y, con tanto cuidado como si fuese su propia madre, la llevó hasta la casa. Ella le dió las gracias en términos afectuosos, rogándole que fuera de vez en cuando á pasar un rato. También Isabel expresó su agradecimiento, y cuando su madre le ofreció la casa, Valera creyó ver en los ojos de la niña una expresión de placer.

Se retiró contento por haber podido prestar un servicio á la madre de Isabel y conversar con ésta, que de cerca le parecía aun más encantadora que á la distancia.

## II.

Al otro día fué á informarse del estado de la señora. Esta se hallaba en el comedor, reclinada sobre cojines, en compañía de sus hijos. Isabel no ocultó su alegría al ver entrar al teniente; pero su hermano Antonio, aunque correcto y cortés, se mostró reservado y frío.

Hablaron de todo, menos de la situación política. para no tocar al huésped la herida que siempre había de dolerle; y él, por su parte, supo agradecer debidamente esta delicadeza.



... vió de pronto á la señora sentada en el suelo y su hija al lado ..

Cuando se había retirado, la señora se volvió vivamente hacia su hijo.

—Parece que no estás conforme, Antonio. Estuviste muy serio y reservado con ese joven. ¿Le tienes antipatía?

—No, precisamente; pero no puedo olvidar que es español y enemigo de mi patria.

—Los vencidos no son enemigos — interpuso

Isabel con viveza. — Es un desgraciado á quien hay que tratar con dulzura, para hacerle más llevadera su triste situación.

Antonio la miró de una manera particular, pero no dijo nada y el asunto terminó allí por el momento.

Desde entonces, cuando Valera veía á Isabel en el jardín, la saludaba con una profunda reverencia, á la cual ella respondía inclinándose su cabecita coronada de pesadas trenzas negras.

Al principio las visitas del joven fueron raras, pues temía molestar; pero gradualmente se hicieron más frecuentes. Iba dos veces por semana, después día por medio, y acabó por ir todas las noches. Isabel le deleitaba con su conversación graciosa. Tenía, además, una hermosa voz y á menudo acompañaba á Julián cuando tocaba en la guitarra alegres canciones españolas ó *yaravies* melancólicos.

Antonio lo observaba todo sin decir nada. Cegado por su patriotismo, veía en cada español un enemigo á quien era necesario odiar. Sin embargo, la cultura de Valera, sus modales caballerescos y el servicio que había prestado á su madre, así como su propio sentimiento de honor, le impidieron tratar con dureza al joven. Á éste se le había hecho llevadero el cautiverio desde que entrara en aquella familia. Al lado de Isabel, olvidaba que era prisionero, que no tenía voluntad propia, que una orden de las autoridades podía alejarlo de allí y llevarle á cien

leguas de distancia, sin darle explicaciones y sin que él tuviera ni aun el derecho de protestar.

### III.

La familia de Torres estaba de fiesta; era el santo de Isabel. Valera, invitado expresamente, fué temprano, llevando á su amiguita un ramo de rosas. La halló en el jardín, del brazo de su hermano, risueña y contenta.

—Siempre he dicho que las rosas de usted son más hermosas que las nuestras — dijo agradeciendo el regalo. — El jardinero se indigna cada vez que se lo digo, pero hoy tendrá que convenirse. Á propósito — continuó charlando, — me han colmado de obsequios, ahora se los voy á enseñar. Sólo este pícaro no me ha regalado nada — añadió dando á su hermano un tironcito de orejas. — ¿Oyes? ¿Se trata así á una hermanita única?

—Tuya es la culpa — repuso Antonio. — Te dije que me pidieras algo y hasta ahora no has podido decidirte.

—Es que quiero algo de especial, extraordinario, algo que salga completamente de lo vulgar. Valera, deme usted un consejo.

—Yo no conozco sus gustos, señorita.

—¿Quieres que te compre ese caballo negro, que te gustó tanto el otro día? — preguntó Antonio.

— ¡Gran cosa, un caballo! Eso lo puedo comprar todos los días.

— Te traeré unos pendientes de perlas la próxima vez que vaya á Buenos Aires.

— Mamá me ha prometido los suyos, que son espléndidos, para cuando cumpla diez y ocho años.

— Entonces, hermanita mía, hay que convenir en que eres muy difícil de contentar. Vaya, piénsalo y cuando se te haya ocurrido algo me lo pides.

— ¡Ah! Eres muy bueno — exclamó Isabel abrazando á su hermano llena de gozo. — Entonces ¿me concederás cualquier cosa que te pida?

— Como no sea un imposible.

— ¿Palabra de honor?

— Sí.

— ¿En serio?

— Una palabra de honor es siempre seria — replicó su hermano poniéndose grave.

— ¡Esto es magnífico! — exclamó Isabel batiendo palmas. — Voy á imaginar algo de inaudito.

Valera escuchaba sonriendo este coloquio entre los hermanos. Isabel se le mostraba franca y amistosa, como de costumbre, y su hermano, saliendo un poco de su reserva habitual, conversó con él más que de ordinario.

Ese día se habló por primera vez de la situación del teniente. Lo motivó una observación sobre el general San Martín, hecha por Antonio y á la cual respondió Valera hablando en tér-

minos de admiración y respeto del « gran capitán. » Al propio tiempo hizo alusión á su cautiverio.

— En su mano está ser libre — dijo Antonio.

— ¿Cómo ?

— Muy sencillo. Solicite ingresar en el ejército argentino. Á un valiente oficial como usted no se le negará.

Julián Valera miró á Antonio como si no le hubiese entendido bien:

-- ¿Cómo dijo usted?—preguntó.

-- Digo que usted debiera sentar plaza en el ejército argentino.

El prisionero sintió hervir su sangre española. Con las mejillas encendidas se inclinó un poco hacia Antonio y exclamó:

— ¡Yo soy español, señor!— Y tras una breve pausa añadió:— Hacer traición á su bandera y combatir contra su propia patria, eso no lo hace ningún hombre de honor.

Antonio comprendió de pronto que cometía una grande injusticia concentrando en un individuo aislado su odio hacia una raza entera. Aquel vibrante « ¡Yo soy español! » resonaba en sus oídos y, cediendo á un impulso caballeresco, en silencio tendió á Valera la mano.

---

## IV.

Hacía algún tiempo que los Torres notaban á su amigo preocupado y caviloso, triste é inquieto. Interrogado, contestó evasivamente. No tenía nada; eso debía ser la consecuencia de su situación anormal, de la inactividad forzada, de la continua sobreexcitación y de la incertidumbre acerca de su suerte.

Lo que preocupaba á Julián era en verdad muy grave, demasiado grave para comunicárselo á nadie.

Los prisioneros encabezados por el capitán Carreteros, venían fraguando hacía tiempo una gran conspiración. Su plan consistía en apoderarse del gobernador y poner en libertad á los presos de la cárcel, quienes, no lo dudaban, harían causa común con ellos. Luego, provistos de armas y de caballos, se dirigirían al sur de Chile ó al Alto Perú, á reunirse con las tropas realistas. Sólo unos pocos no estaban comprometidos en el complot, entre ellos el ex gobernador de Chile, Marcó del Pont, á quien temieron iniciar, á causa de su carácter irresoluto. Á los otros, el fogoso Carreteros los arrastró con su voluntad de hierro y su elocuencia apasionada.

Julián Valera fué arrojado en un violento conflicto. Se dió cuenta de pronto de que era más feliz en el cautiverio de lo que había sido jamás cuando libre. Sorprendióse en el deseo, indigno de un hombre, de permanecer prisionero. Al mis-

mo tiempo, la libertad le sonreía y le llamaba con voces seductoras. Además, ¿podría él abandonar á los compañeros en la hora del peligro?

Así, dudando, indeciso, desorientado, sin ideas ni rumbos fijos, presa de sentimientos encontrados, dejándose arrastrar por la corriente como un barco sin timón, Valera se hallaba á la expectativa, sin saber qué partido tomar.

En esos días, el gobernador expidió un bando prohibiendo á los prisioneros salir de noche, y al mismo tiempo se difundió el rumor de que serían separados y distribuidos en distintos puntos del territorio argentino. Esto acabó de exasperar á los españoles.

En la tarde del 7 de Febrero de 1819, el ordenanza del capitán Carreteros llevó á todos los oficiales una invitación para tomar el desayuno en casa de aquél, á las 8 de la mañana siguiente, y ayudar después á destruir unos insectos que habían invadido su huerta. Á todos se les suplicaba encarecidamente que no dejasen de ir.

Antes del obscurecer, Valera atravesó el camino que separaba su casita de la finca de Torres. Siguió á lo largo de la pared de adobe, en la esperanza de hallar á Isabel. De pronto la vió, de codos sobre la tapia baja, contemplando la puesta del sol. Saludó con su gentileza acostumbrada á Julián, quien se detuvo junto á ella. Era un crepúsculo singular. El día había sido nublado y el sol desaparecía entre vapores amarillentos, que envolvían el paisaje en un extraño reflejo azufrado; y esta iluminación fantástica daba á

la hora, triste en sí, algo de desconsoladamente melancólico. Eso, y un presentimiento de que se acercaba una acción decisiva, algún hecho trascendental, hicieron á Julián más pensativo aun de lo que acostumbraba estarlo en estos últimos tiempos.

—¿En qué piensa usted, Julián?— preguntó Isabel.

—¿Qué diría usted si yo tuviese que irme?— preguntó él á su vez.

La niña no comprendió en seguida. Luego hubo en sus ojos una expresión repentina de espanto. Esta pregunta á quemarropa la hizo pensar de pronto en una posibilidad, en la cual hasta entonces no había pensado ni remotamente: la idea de la separación.

—¿Usted piensa irse?— preguntó con voz que enronquecía la emoción.

—No... pero usted habrá oído hablar de que se piensa trasladarnos — repuso Julián, temeroso de haber traicionado su secreto.

—Sí; pero mi hermano dice que no es más que un rumor. Usted no se irá, ¿no es cierto?

Julián no respondió. Inclinándose sobre las manos de Isabel juntadas encima de la tapia, posó en ellas los labios.

Una ráfaga de viento frío pasó doblegando las copas de los árboles. La luz amarillenta se había apagado y un tétrico velo gris envolvía en sus pliegues el paisaje. La noche llegaba.

## V.

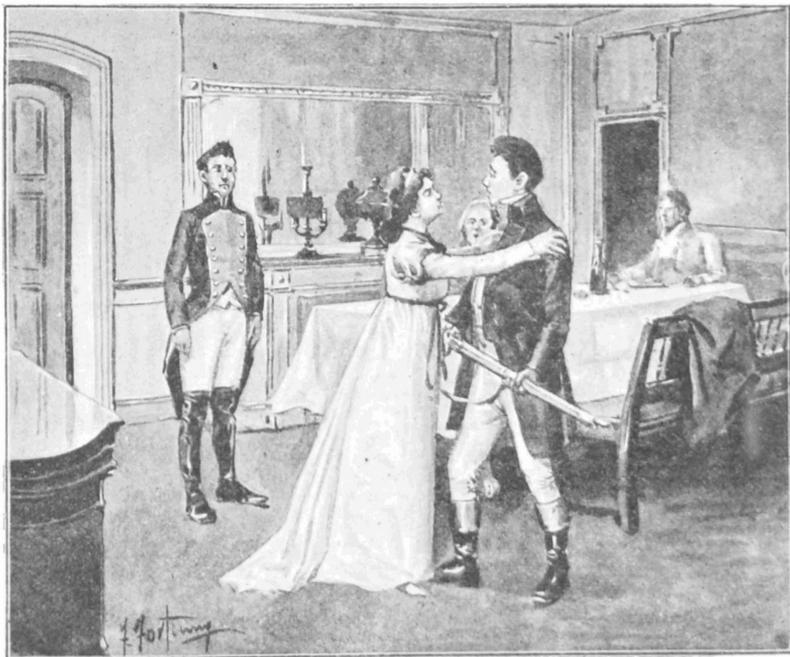
Al día siguiente, 8 de Febrero de 1819, á las 8 de la mañana, unos veinte oficiales se reunieron en la quinta de Carreteros. Éste les hizo servir un ligero desayuno, y luego, sacando de pronto un puñal, declaró que había llegado el momento de ser libres ó morir; explicó su plan y concluyó amenazando de muerte al cobarde que no lo siguiese.

Mientras Valera, arrastrado por la fuerza de las circunstancias, corrió con sus compañeros á ejecutar las órdenes recibidas, Carreteros, Ordóñez, Primo de Rivera y Morgado se dirigieron á casa del gobernador, D. Vicente Dupuy, solicitando una audiencia que les fué concedida al punto. Al cabo de un momento de conversación se arrojaron de repente sobre el gobernador. Éste, tomado por sorpresa, se defendió, sin embargo, heroicamente; pero eran muchos contra uno é iba á sucumbir, cuando se oyó un tumulto en la calle, golpes en la puerta y el grito de « ¡Maten godos! ¡Mueran los revoltosos! »

El asalto á la cárcel y al cuartel había fracasado. Los soldados, sorprendidos, reaccionaron inmediatamente y los presos hicieron causa común con ellos. Los infelices españoles tuvieron que pagar bien cara su osadía. Muchos fueron muertos á balazos, á puñaladas, á garrotazos ó arrastrados á lazo. Murieron

Ordóñez, Carreteros, Morgado; Primo de Rivera se suicidó.

Julián Valera, rechazado con su gente, huyó de la turba furiosa, dirigiéndose á su casa. Por todos lados oía los gritos y el tumulto. Le per-



— ¡No le matarás! No es un criminal.

seguían de cerca; pero tuvo tiempo de doblar la esquina. En el delirio de la fuga se le ocurrió: ¿qué haría en casa? No tenía ningún medio de defensa.

— ¡Á casa de Isabel! — una voz parecía decirsele al oído. Penetró en la quinta, y se precipitó en el comedor, donde halló á todos reuni-

dos. Antonio, con un fusil en la mano, se disponía á salir.

—¡Cómo! ¡Usted se atreve!—exclamó al ver entrar á Valera, levantando el fusil; pero Isabel le sujetó el brazo.

—¡No le matarás! No es un criminal. Hay que salvarle.

—¡Es un rebelde!

—Me has prometido el otro día concederme lo que te pidiera, ¿recuerdas? Te pido ahora que salves á Julián. Me has dado tu palabra de honor... ¡tu palabra de honor, Antonio!

Se había dejado caer á los pies de su hermano y, mientras le interpelaba con frases entrecortadas, le sacudía nerviosamente del brazo.

Afuera se oyeron pasos, voces, ruido de armas.

—Ahí vienen — dijo la señora.

Antonio miró á su hermana á sus pies, miró al oficial mudo y pálido... y de pronto le faltó valor para entregarlo á sus verdugos. Hizo una señal á Isabel, y ésta arrastró consigo á Valera á tiempo que hacía irrupción en la pieza un grupo de hombres armados.

—¿Qué buscan ustedes?—preguntó Antonio.

—El teniente Valera debe estar aquí.

—El teniente Valera vive en la casa de enfrente.

—Sí; pero debe haberse refugiado aquí.

—Entonces, á buscarlo —exclamó Antonio saliendo al jardín.— Debe estar en la quinta.

## VI.

Pasaron las horas; en la lobreguez estrecha de su escondite, Valera no supo decir cuántas habían transcurrido. Estaba aturdido, sus nervios vibraban. Había estado en muchas batallas, cien veces había mirado á la muerte en los ojos sombríos; pero aquellos segundos de agonía, mientras Isabel imploraba la clemencia de su hermano, mientras tenía ante los ojos una muerte ignominiosa, sin honor y sin gloria, sin provecho y sin venganza... ¡esos momentos no los olvidaría jamás!

Cuando por fin vino Antonio á sacarle de su escondrijo, era de noche. Grave y sombrío como de costumbre, el joven Torres le hizo seña de seguirle. En un aposento interior, había una mesa dispuesta. Valera, que había pasado el día entero sin alimento, comió y luego, por orden de Antonio, cambió su ropa por un traje de peón de campo. En pocos minutos fué imposible reconocer al gallardo oficial de antes.

—Y ahora— dijo Antonio,—usted debe saber que voy á anticipar de algunos días un viaje que pensaba hacer á Buenos Aires y que he prometido á mi hermana llevarle á usted y embarcarlo para Europa. Para esto exijo yo una condición.

—Diga usted.

—Exijo que me dé usted su palabra de caballero de no volver nunca á este país.

Julián vaciló un instante. Luego dió con voz desfallecida la promesa que debía separarlo para siempre de América y de Isabel.

En el comedor estaba la señora. El teniente se inclinó y besó las manos de aquella anciana que le había acogido con el cariño de una madre:

— Señora — dijo, — que Dios colme á usted y á los suyos de bendiciones, por lo que han hecho por mí.

— Que él sea con usted, hijo mío — repuso la señora con lágrimas en los ojos.

Isabel no estaba allí y Julián no se atrevió á preguntar por ella. Era una gota más de amargura en el cáliz que debía apurar.

Atravesaron la quinta oscura. Ante una puerta lateral, que daba al campo, esperaba la carretela con cuatro caballos impacientes y briosos. El cochero era un indio, antiguo y fiel servidor de la familia.

Entre las sombras surgió de pronto una figura humana. Era Isabel.

Julián dió rápidamente un paso hacia ella. Á la luz de las estrellas, vió su lindo rostro bañado en lágrimas. La muchacha alegre y juguetona había desaparecido para siempre ante el soplo recio y frío del viento de la vida. Sin poder contenerse, Julián estrechó por primera y última vez entre sus brazos, á aquella niña á quien debía la libertad y la vida, y á la que no volvería á ver jamás.

Nadie pronunció una palabra; sólo se oían los sollozos de Isabel.

Un momento después, los caballos arrancaron al trote. Al doblar la esquina el joven español miró hacia atrás. Le había parecido oír una voz que le llamaba por su nombre; mas vió tan sólo las sombras de la noche, y nada oyó sino el murmullo de los árboles al sacudirlos el viento. . .



## 20.

**Los Inmigrantes.**

## I.

El ministro don Bernardino Rivadavia, iniciador de toda una era de progreso é ilustración, propuso en 1823 al gobernador de Buenos Aires, traer un número de familias europeas para formar con ellas pueblos nuevos en los vastos desiertos de la Pampa.

El general Martín Rodríguez acogió favorablemente la idea de su ministro y le autorizó á llevarla á cabo.

Rivadavia puso en movimiento á sus agentes en Europa y éstos hablaron á los labradores y artesanos, de un país más allá de los mares, donde hacían falta brazos fuertes para manejar el arado y el martillo, donde el suelo guardaba riquezas inmensas para los que supieran arrancárselas, donde el bienestar reemplazaba á la pobreza de la vieja Europa asolada por las guerras, donde la libertad más amplia reinaba en lugar de la tiranía de los reyes.

Numerosas familias prestaron oídos á los agentes y se aventuraron á cruzar el océano para fundar un nuevo hogar en las Provincias Unidas del Sur.

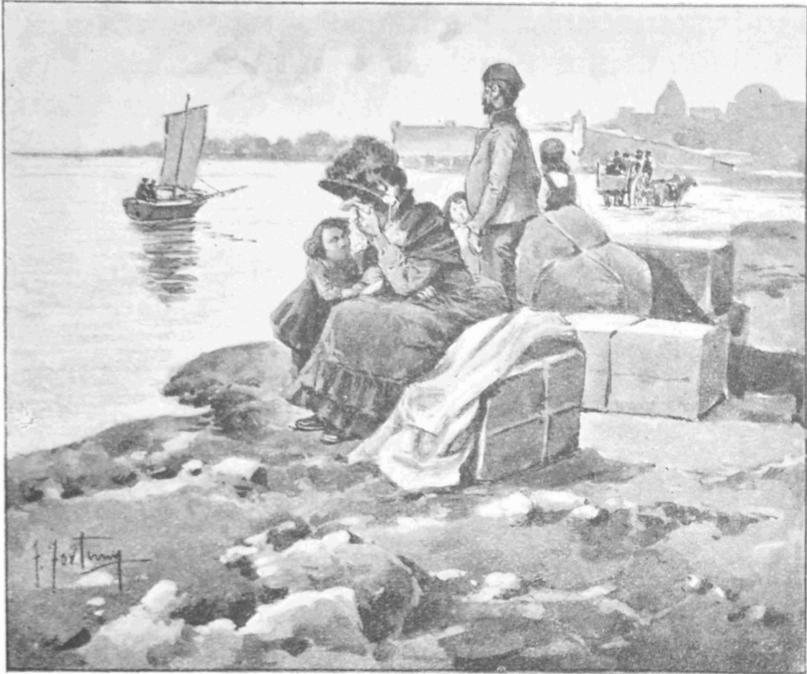
---

## II.

De una de las lanchas que conducían á tierra á los pasajeros y equipajes de los buques fondeados en la rada, acababa de desembarcar una familia de inmigrantes alemanes. El padre era un hombre joven, alto y fornido, de espesa barba rubia y en cuyas facciones varoniles había una expresión de cansancio y ansiedad. Tenía en brazos á un chiquitín que lloraba todavía asustado al recordar al marinero negro que le había llevado á tierra. Dos niñas de cuatro y ocho años, rubias como el trigo maduro, se habían tomado de las manos y, sentadas sobre un cajón, miraban con sus grandes ojos azules asombrados, aquella escena tan nueva para ellas. El hijo mayor, un muchacho de doce años, serio y formal, todo un hombrecito, apretaba en el bolsillo el mango de un pequeño cuchillo que tenía pronto para el caso de que los atacaran los indios, de los cuales referían en la aldea, allá en Alemania, las historias más espeluznantes. La madre, por fin, joven, de facciones agradables, pero prematuramente envejecida por la miseria y el trabajo, se había dejado caer sobre un lío y, resignada, esperaba que sucediera lo que hubiera de suceder: todo le era indiferente! Después de la cruel despedida en su aldea natal, aumentaron su pena el viaje por mar en un buque incómodo, las fatigas, el mareo, las angustias, y ahora que habían llegado, la incerti-

dumbre, pues nadie estaba allí para recibirlos. Sin embargo, el agente les había dicho que cuando desembarcaran, alguien les esperaría para atenderlos y conducirlos á su destino.

Casi una hora hacía que estaban esperando.



Casi una hora hacía que estaban esperando.

Los demás pasajeros se habían diseminado por la ciudad. Los hombres que descargaban las lanchas no se ocupaban de los inmigrantes.

Las niñas se impacientaban.

— Padre, ¿ por qué no nos vamos ?

— Madre, ¿ qué estamos esperando ?

— Madre, yo tengo hambre.

—Padre, vamos á casa.

¡ Á casa! El padre, que ocultaba bajo un aspecto áspero y severo todo el inmenso cariño por su familia, se estremeció. ¡ Á casa! ¿Dónde era su casa ahora? ¿Cómo explicar á esas criaturas inocentes que no tendrían adónde ir si no venía un agente en su busca, como se lo habían prometido?

—Ya vamos, Elsa. Ten paciencia un ratito más. Toma estos bizcochos; da también á Hans y á Leni.

Las chicas se conformaron, tanto más cuanto que Hans (Juancito), el mayor, renunció generosamente á su bizcocho, en favor de sus hermanitas.

Continuaron esperando, con el río azul á sus pies, y á sus espaldas una alta barranca verde, las murallas amenazadoras del fuerte, y arriba, torres, campanarios y casas bajas de extraños techos planos. ¡Todo era tan diverso de cuanto habían visto hasta entonces! El cielo era más puro, el sol más brillante; el aire, cálido; las plantas, diferentes de las que conocían. Herían su oído los sonidos de una lengua extrañamente dulce y musical. En el torreón del fuerte flotaba una bandera desconocida, celeste y blanca, en cuyo centro resplandecía un sol.

Se acercaba el mediodía: las sombras se acortaban, el calor se volvía insoportable y el río reflejaba con brillo eneguedor los rayos solares.

Los inmigrantes esperaban con angustia cada vez mayor. Nadie venía. Los habían inducido á abandonar su patria y venir á un país desconocido donde nadie entendía su lengua y donde perecerían de miseria...

De pronto, un hombre bajó rápidamente la barranca y después de mirar en derredor suyo, se dirigió sin vacilar hacia la familia.

—¿Usted es el señor Enrique Fries? — preguntó en alemán.

¡Oh Dios! ¡Ese hombre hablaba el alemán!

Es preciso haber estado en país extraño para saber lo que sintieron los inmigrantes al oír de improviso su propio idioma querido. Rodearon al desconocido como si fuese un antiguo amigo, por el sólo hecho de que hablaba en alemán. Aquél les explicó que era el agente encargado de recibirlos y que por causas ajenas á su voluntad se había retardado. Los invitó á seguirle, pues les había preparado alojamiento.

### III.

Un mes después hallamos á Enrique Fries y su familia en una carreta, camino de su nuevo hogar. Esta palabra « hogar » no debe, empero, tomarse en el sentido literal, pues sólo existía el campo liso y virgen, esperando la mano del hombre para trabajarlo. Debían establecerse en un punto del oeste de la provincia de Buenos Aires. Habían recibido una extensión de tierra,

cierto número de animales, las semillas para la primera siembra y los útiles de labranza.

En la misma carreta viajaban otras familias europeas, que iban á poblar distintos puntos de la campaña.

Todos estaban llenos de esperanza. Se oían risas y cantos, bromas y conversaciones alegres. Sólo Fries y su mujer callaban. Tenían el carácter grave y pensativo de los alemanes del norte; eran lentos en el pensar y en el obrar, pero firmes como las rocas una vez tomada su resolución.

Á su alrededor nada veían sino la llanura, el horizonte siempre igual. Caía la tarde, la luz se apagaba como cubierta por un velo color heliotropo que se cerraba por todos lados; y los esposos sintieron por primera vez la abrumadora tristeza de la Pampa.

En aquel momento prorrumpieron en coro las voces claras de los niños:

« ¡Gozad de la vida mientras brille la luz! . . . »

La linda y fresca canción, mil veces oída, tuvo un efecto calmante sobre los esposos. Fries estrechó la mano de su mujer y ella reclinó la cabeza sobre su hombro. Estaban todos reunidos, todos sanos, y Dios los vería en el país nuevo como los veía en Alemania. ¡Ánimo, pues, y adelante, al encuentro de lo desconocido!

---

## IV.

Á través del campo serpenteaba un lindo arroyo, flanqueado de sauces que mojaban en el agua sus cabelleras verdes, entre las cuales los racimos encarnados del ceibo trenzaban adornos de coral.

El terreno formaba allí una hondonada y se elevaba luego suavemente en loma redondeada y graciosa. El paisaje semejava un mar inmovilizado de grandes olas verdes. El rico campo estaba labrado y los sembrados de trigo y maíz asomaban ya sus tiernas cabecitas. Un día radiante de primavera bañaba en luz la escena apacible y hermosa.

La señora de Fries estaba lavando en el arroyo, junto á su casita, y mientras trabajaba, canturreaba á media voz un aire de su tierra. Estaba rosada y fresca, la expresión de fatiga había desaparecido de sus facciones, sus ojos azules habían vuelto á adquirir su brillo; parecía mucho más joven que en el día aquel en que, triste y descorazonada, esperaba en Buenos Aires la llegada del agente.

Á lo lejos oyó carcajadas y gritos agudos y divisó á tres ó cuatro niños que bajaban por la hondonada al escape de sus caballos, vadeaban el arroyo y desaparecían más allá de la loma.

María Fries sonrió. Recordó uno por uno los momentos principales de los dos años pasados desde su llegada.

Al principio había llorado mucho. No podía acostumbrarse al nuevo ambiente que la rodeaba. Echaba de menos la aldea natal con sus manzanos y cerezos, su campanario puntiagudo y el viejo tilo en la plaza delante de la iglesia, donde los domingos por la tarde iban á bailar los jóvenes, á jugar los niños y los viejos á charlar y fumar sus pipas. Buscaba en vano el bosque de robles y, en el horizonte, las siluetas de las montañas. Desconfiaba de la gente del país, pues en su aldea se aseguraba que en América mataban á uno por un sí ó un no, y que todos eran paganos. Esto último, sobre todo, alarmaba á María. Prohibió á sus hijos jugar con los niños de la chacra vecina, propiedad de una familia criolla, porque seguramente no eran cristianos.

Pero sucedió que ella cayó enferma de tristeza, de nostalgia y de fatiga.

Entonces se abrió suavemente la puerta del rancho y entró la mujer del vecino. María miró con recelo su cara tostada, rodeada de trenzas tan negras como rubias eran las suyas. Mas su desconfianza cedió pronto á una profunda gratitud. No entendía lo que le decía la vecina, pero comprendía, sí, su ademán cariñoso y solícitos cuidados. Cuando advirtió, por añadidura, que la mujer llevaba al cuello una crucecita de plata, su conciencia se tranquilizó del todo, pues no podía ser pagana quien llevaba como adorno una cruz.

También Fries tuvo mucho que agradecer á

los vecinos, siempre prontos á ayudar, no sólo con buenos consejos, sino con hechos. Le ayudaron á levantar la casa, á cercar el corral, á enlazar los animales, que eran la desesperación del pobre alemán. Creía entender algo de ganado, acostumbrado á manejar el de su tierra, grande, pesado y paciente. Pero estas vacas bravas que distribuían cornadas, los caballos ariscos, veloces, rebeldes al freno, que mordían, se encabritaban y de pronto huían relinchando, con las crines al viento ; esos no eran animales sino demonios !

Un día se le escaparon todos los caballos y Fries no sabía cómo hacer para cogerlos. Los vecinos se echaron á reir al ver su desconcierto, se pusieron en persecución de los fugitivos y al cabo de una hora los trajeron á todos sin que faltara uno.

Fries no sabía aun decir « gracias » en español ; pero se quitó la gorra y ese ademán fué comprendido tan bien como María comprendió la bondad de la vecina.

Los niños, á pesar de la prohibición, ya habían trabado relaciones con los pequeños criollos, y entre las dos familias, tan distintas en raza, lengua, costumbres é ideas, germinó una verdadera y firme amistad.

La chacra de los alemanes prosperó, las cosechas fueron abundantes, los ganados se multiplicaron. El bienestar comenzó á reinar en el rancho construído al borde del arroyo.

Desde el campo, María oyó silbar un aire mi-

litar alemán. Era su marido que anunciaba de esta manera su llegada. Ella alzó de su trabajo la cara encendida y sonriendo observó á Fries que caminaba con paso firme y rápido, saludándola alegremente desde lejos.

Sí, eran felices: habría sido una ingratitude negarlo.

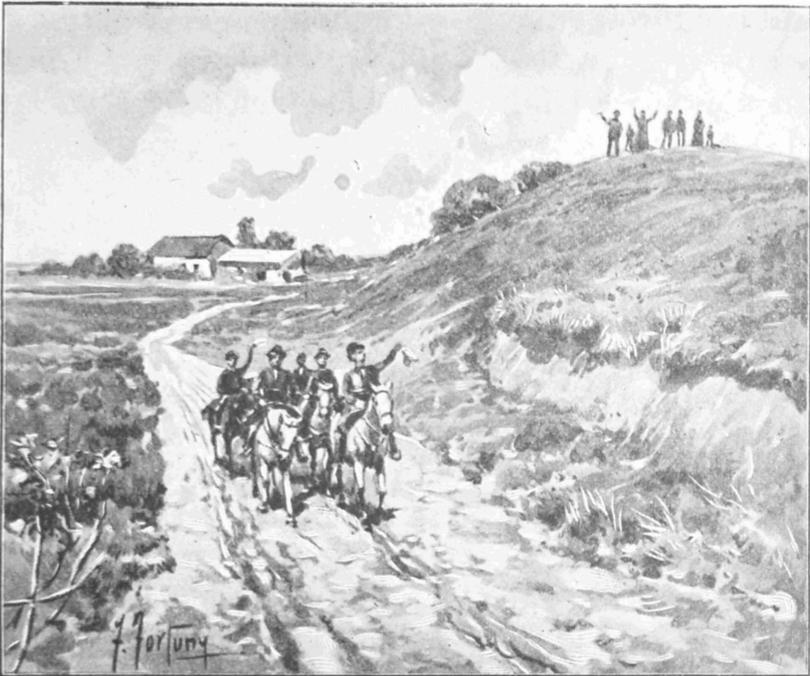
## V.

Corrieron los años. Los Fries seguían viviendo en su propiedad, que habían ido aumentando con el tiempo hasta convertirla en una hermosa estancia. Enrique Fries vestía á la usanza del país y era jinete como el que más. María se había convencido de que no todos eran indios salvajes en la República Argentina. Los hijos crecieron robustos y alegres, acostumbrados á todo trabajo. Los cuatro mayores decían con orgullo que eran alemanes y los tres menores —una niña y dos varones— nacidos en el país, afirmaban con no menos orgullo que eran argentinos, sin que esto produjera la discordia en la familia. Respetaban y querían por igual al país de su origen y al que hospitalario les abrigaba en su seno.

Y la rueda del tiempo continuó girando. La riqueza de Fries aumentaba. Había comprado las tierras lindantes; en muchas leguas á la redonda, todo le pertenecía.

Los años habían emblanquecido sus cabellos y los de su mujer, sin haber conseguido, empe-

ro, quebrantar sus fuerzas. Los hijos mayores se habían casado con mozos y niñas del país y la multitud de chicuelos que llenaba la estancia con sus gritos y sus risas, ostentaban cabellos rubios y ojos negros, ó bien pelo negro



Un día los vió partir en compañía de otros mozos...

y ojos azules, mezclando los dos tipos de su origen en uno nuevo, hermoso, una raza fuerte, vigorosa y sana.

La República Argentina había sufrido todas las convulsiones de un pueblo en formación. Á la época de progreso y reforma, de las administraciones de Rodríguez, Las Heras y Rivadavia

sucedió otra vez el desorden, la guerra civil y la anarquía y, por fin, la dominación de Rosas.

Durante diez y siete años este hombre sujetó con mano de hierro la libertad, la justicia y el progreso del país, principalmente de Buenos Aires. Combatiéndole perecieron ó emigraron mil hombres valientes, virtuosos é ilustrados.

✦ Por fin, en 1852, el general Urquiza reunió un ejército en las provincias del litoral y marchó contra Rosas.

Al momento acudieron los jóvenes de Buenos Aires, acogiendo con júbilo al libertador y poniéndose á sus órdenes.

Enrique Fries había sufrido relativamente poco de la tiranía; pero había oído y visto lo suficiente para hacerle odiar al opresor.

La noticia de que venía el ejército libertador corrió por la provincia y llegó á la estancia de Fries. Los jóvenes se pusieron en conmoción, anunciando su propósito de ir á la guerra; entre ellos los dos hijos menores del dueño. Éste dió su consentimiento sin vacilar. ¿Acaso él mismo no había luchado en 1813 para arrojar de su patria á Napoleón? Que sus hijos argentinos, pues, combatieran por la libertad de su patria, como él había peleado por la de Alemania.

Dió á los jóvenes los mejores caballos de la estancia, los equipó perfectamente y, un día brillante de verano, los vió partir en compañía de otros mozos que marchaban al mismo destino.

Toda la familia y demás habitantes del establecimiento los acompañaron hasta la altura de

la loma, desde donde podían seguirles con la vista hasta muy lejos.

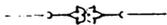
Cuando los demás se retiraron, Fries retuvo á su lado á su esposa que lloraba. Ciñéndola el talle con el brazo, la condujo al pie de un gigantesco ombú, cuya sombra ofrecía grato abrigo contra el sol abrasador de Enero. Alrededor de los esposos todo callaba; reinaba el bochorno del mediodía. La naturaleza irradiaba luz; del cielo bajaban torrentes de resplandor blanquecino, que reverberaban en el aire y en los campos. Á lo lejos, en medio de un monte de árboles frutales, asomaba la casa. Los maizales amarillos se extendían hasta perderse de vista; el trigo, ya segado, esperaba en parvas enormes el momento de la trilla. Los alfalfares dibujaban cuadros color esmeralda entre el oro del maíz y el tono obscuro de los rastrojos. Aquí y allí chispeaba el arroyo, de curso tortuoso, como una cinta azul salpicada de diamantes. En las praderas, tropas innumerables de ganado pacían ó rumiaban, echados perezosamente en el pasto. Las ovejas parecían copos de nieve sembrados entre el verde. En otro campo, retozaba una manada de hermosos potros. Todo indicaba opulencia; pero opulencia adquirida con el sudor de la frente, á fuerza de trabajos y desvelos.

— No llores, María — dijo Fries y, abarcando con un amplio ademán el vasto y hermoso panorama, continuó: — Todo eso es nuestro: los campos, las cosechas, los rebaños, la casa, la

huerta ... ¿Recuerdas aquel día en que nos resolvimos á emigrar, cuando los niños nos pedían pan y nosotros no lo teníamos? ¿Quién nos hubiera dicho entonces que aquí hallaríamos la felicidad, el bienestar del alma y del cuerpo para nosotros y nuestros hijos, á quienes en vez de verlos crecer en la miseria, hemos podido ofrecer una suerte feliz? Buscábamos pan y hallamos riquezas; vinimos con sólo la fuerza de nuestros brazos y hoy somos dueños de una gran fortuna. Debemos nuestra dicha á este pueblo que nos ha llamado á contribuir á su progreso y recibir sus dones en cambio de nuestro trabajo. ¿No es verdad, María, que hemos contraído para con él una deuda sagrada: que le debemos un tributo? Pues bien, hoy pagamos ese tributo, cancelamos esa deuda: damos á la República Argentina, á nuestra segunda patria, nuestros hijos nacidos en ella.

Y María secó sus lágrimas y, estrechando la mano de su esposo, repuso sencillamente:

— Tienes razón, Enrique. ¡Bendita sea esta tierra!



# ÍNDICE

---

	Pág.
<b>Homenaje</b> .....	v

## LEYENDAS

I. <b>La cadenita de oro</b> (1816, administración de San Martín en Mendoza).....	1
II. <b>El camino de la muerte</b> (1816, defensa de Salta por los gauchos de Güemes)....	12
III. <b>El premio</b> (administración del general Las Heras).....	23
IV. <b>Promesa sagrada</b> (Revolución del Sur, 1839)..	38
V. <b>Una lección de nobleza</b> (comienzos de la época constitucional).....	51
VI. <b>La última fiesta</b> (en un aniversario nacional).	64
VII. <b>La laguna del oro</b> (época de la conquista del Perú y Alto Perú).....	79
VIII. <b>De vasallo á hombre libre</b> (1810-1816).....	90
IX. <b>La huérfanita</b> (1871, fiebre amarilla).....	104
X. <b>El deber</b> (1809, Representación de los Hacendados).....	120
XI. <b>El maestro de escuela</b> (1870, presidencia de Sarmiento).....	131
XII. <b>El mensajero de San Martín</b> (1816).....	146
XIII. <b>Ángela</b> (1821, expedición al desierto).....	160
XIV. <b>La voz de la conciencia</b> (1816, en la provincia de San Juan).....	175
XV. <b>La hija del ladrón</b> .....	191

	<u>Pág.</u>
XVI. <b>La tentación del crimen</b> (1834, principios de Rosas).....	204
XVII. <b>La cruz en el campo</b> (guerra de fronteras)...	219
XVIII. <b>El documento perdido</b> (llegada de los guerreros del Paraguay á Buenos Aires, 1869).....	230
XIX. <b>El prisionero de San Luis</b> (sublevación de prisioneros españoles, 1819).....	244
XX. <b>Los inmigrantes</b> (1823-1852). ....	261



